

Lucy Gordon

3º Serie Amores italianos

UN MARAVILLOSO PRESENTE

Un maravilloso presente (2006)
Título Original: The wedding arrangement (2006)
Serie: **3º Amores italianos**
Editorial: Harlequín Ibérica
Sello / Colección: **Jazmín 2079**
Género: Contemporáneo
Protagonistas: Luke Rinucci y Minnie Manfredi

Argumento:

Quería ser él quien consiguiera que ella volviera a sentirse completa y feliz…

Luke no esperaba que Minnie Manfredi, la inquilina del edificio que poseía en Roma, fuese una joven rubia y maravillosa. Entre ellos surgió una atracción inmediata pero, a pesar del empeño de la familia de Minnie en organizar la boda del año, Minnie se sentía incapaz de olvidarse del pasado.

Cuanto más tiempo pasaba con ella, más cuenta se daba Luke de que, debajo de esa apariencia distante, había un corazón roto y un alma atormentada por dolorosos recuerdos…

CAPÍTULO 1

AL DÍA siguiente del compromiso de su hermano Pietro, Luke empezó a hacer su maleta.

-Esto es una locura -murmuró- Debería quedarme y luchar por ella.

A pesar de todo, subió a su moderno coche deportivo y enfiló hacia la autopista en la que podría correr dentro de los límites permitidos y llegar a Roma en menos de tres horas.

Luke se registró en un lujoso hotel en Parioli, la parte más elegante y cara de la ciudad. Más tarde, se mimó con la mejor comida y vino de Roma que bebió sumido en sus reflexiones.

«Debí haberme quedado», pensó con el rostro de Olympia en su mente, tal como la había visto por última vez, con los ojos extasiados en Pietro, su novio, que muy pronto sería su marido. Sin embargo, Luke se vio obligado a reconocer que nunca había tenido la menor oportunidad con ella.

Estaba pensando en recogerse temprano cuando sintió que una mano le daba unas palmaditas en el hombro.

-Debiste haberme avisado que venías -dijo una voz en tono afectuoso.

Era Bernardo, el gerente del hotel, un hombre gordo, de unos cuarenta y cinco años y buen talante. Luke solía hospedarse allí cuando iba a Roma y siempre habían mantenido una buena relación.

-Fue una decisión de última hora -Luke intentó responder en tono risueño-. De pronto me he convertido en el propietario de una finca que necesito visitar.

-¿Propiedades? Creía que lo tuyo era la industria.

-Y lo es. Me cedieron la finca como pago de una deuda.

-¿Queda en este sector?

-No, en el Trastevere.

Bernardo alzó las cejas. Si Parioli era el barrio más elegante de Roma, Trastevere era el más pintoresco.

-Tengo entendido que no está en buenas condiciones, así que pienso hacerle algunas reparaciones y luego venderla.

-¿Y por qué no la vendes tal como está? Deja que otro se ocupe de las obras.

-La *signora* Manfredi nunca me lo permitiría. Es una letrada que vive y trabaja allí. Ya me ha notificado lo que espera de mí a través de un bombardeo de cartas.

-¿Y piensas hacer lo que esa mujer te dice?

-No es una mujer, es un dragón. Por eso no te avisé de que venía a Roma. Primero quiero echar un vistazo al lugar antes de que ella empiece a escupir fuego por la boca.

-¿Ésa es la única razón de tu viaje? ¿No hay ninguna mujer que te haya destrozado el corazón? -inquirió Bernardo, con una mirada perspicaz.

-Nunca permito que eso suceda -respondió, tajante.

-Muy prudente por tu parte.

-Aunque debo confesar que me aficioné bastante a una joven, a sabiendas de que estaba enamorada de mi hermano. Fue un error, aunque los errores se pueden corregir.

-¿Y lo corregiste con tu acostumbrada eficacia? Se te conoce como un hombre que valora el orden, tranquilo e invulnerable. Te envidio. Lo que necesitas ahora es emborracharte con unos buenos amigos que más tarde te traigan al hotel.

-¡Cielo santo, Bernardo! ¿Cuántas veces me has visto borracho?

-Muy rara vez.

Luke rió a su pesar.

-Uno hombre debe ser responsable de su vida, y eso es lo que importa. Buenas noches.

Luke se marchó a su habitación, repentinamente inquieto. Durante un momento se vio a sí mismo a través de los ojos de su amigo: un hombre que apreciaba el orden y el control de sí mismo sobre todas las cosas. Un hombre frío y duro que daba poco, y tras cuidadosas consideraciones. Esa visión de sí mismo no estaba lejos de la verdad, aunque nunca le había causado problemas.

Luke observó que en su móvil había un mensaje de Hope Rinucci, su madre adoptiva, y la llamó de inmediato.

-Hola, *Mamma*. Sí, llegué sin novedad.

-¿No has visto a la *signora* Manfredi?

-Pero si acabo de llegar. Por lo demás, antes de enfrentarme a ella debo armarme de valor.

-No me digas que le tienes miedo.

-Sí, te juro que estoy temblando.

-Irás al infierno por embustero, y te lo mereces.

Luke se echó a reír. Ella siempre le hacía sentirse bien. En su mente podía verla en la Villa Rinucci, enclavada en lo alto de una colina que miraba a la bahía de Nápoles.

-¿Estás cansada después de todos los festejos?

-No he tenido tiempo para cansarme. Ahora estoy planeando la fiesta del compromiso de

Pietro y Olympia.

-Pensé que había sido anoche.

-No, lo de anoche fue sólo un brindis por ellos al final de la boda de Justin. Seguro que querrán su propia celebración.

-Y si no fuera así, de todos modos la organizarías -observó con afectuosa ironía.

-Bueno, no puedes esperar que pase por alto una fiesta.

-Nunca se me ocurriría.

-Y luego celebraremos la boda.

-Espero ese día con ilusión. Por nada del mundo me perdería la oportunidad de recrearme con la caída de Pietro.

-Luke, encontrarás a la mujer adecuada para ti.

-Tal vez no. Puede que me convierta en un viejo solterón y cascarrabias.

Hope se echó a reír.

-¿Un chico tan apuesto como tú?

-¿Chico? Tengo treinta y ocho años.

-Siempre serás un niño para mí. Tu esposa es la próxima en mi lista, así que no lo olvides. Y ahora ve a divertirte.

-*Mamma*, son las once de la noche.

-¿Y qué? Una hora perfecta para... lo que quieras.

Luke sonrió. Su madre nunca había sido mojigata, y en gran parte sus hijos la adoraban precisamente por eso. Toni, su marido, era más estricto.

-Necesito tener la cabeza despejada para tratar con la *signora* Manfredi.

-¡Tonterías! Saca a relucir todo tu encanto y te la ganarás.

Hope Rinucci estaba convencida de que sus hijos eran encantadores y que ninguna mujer se les resistía. Luke pensaba que tal vez sus hermanos menores lo fueran. En cuanto a él, era un hombre alto, de constitución atlética y facciones regulares, aunque sonreía poco y su expresión era autoritaria.

Con Olympia había sido diferente. Bajo su influencia, hasta había llegado a ser encantador. Aunque dudaba que volviera a sucederle una segunda vez.

Cuando cortó la comunicación, volvió a sentir aquel extraño desasosiego y optó por refugiarse en el trabajo. Así que se puso a examinar la carpeta que contenía los detalles de su nueva propiedad no deseada.

Se llamaba *Residenza* Gallini. Era una finca de cinco plantas que ocupaba los cuatro lados de un patio interior. La *signora* Manfredi había abierto las hostilidades a través de una carta razonablemente comedida en la que se interesaba por saber cuándo iría a Roma a fin de dar comienzo a las obras indispensables para mejorar las condiciones deplorables en que vivían sus clientes. Luke respondió que iría cuando fuera oportuno y, con toda delicadeza, aventuró que tal vez se exageraban las malas condiciones del inmueble.

Al parecer, ella hizo caso omiso de su delicadeza y lo bombardeó con una lista de reparaciones imprescindibles y su correspondiente presupuesto cuya suma final dejó a Luke muy impresionado.

Luego pensó que los autores del presupuesto tal vez fueran amigos o parientes de la letrada y se sintió ofendido por el modo en que ella pensaba que podía someterlo a su voluntad.

Volvió a asegurarle que iría a Roma cuando lo considerara oportuno. Y así había continuado la correspondencia, cada cual más contenido que el otro a medida que aumentaba su propia irritación.

Luke se la imaginaba como una cincuentona hecha de granito que gobernaba el mundo con inflexible eficacia. Hasta su nombre era alarmante. Minerva era la diosa de la sabiduría, famosa por su brillante intelecto, aunque también por llevar armadura y empuñar una lanza.

Iría a Roma y se comportaría como un propietario responsable, aunque no aceptaría órdenes de nadie.

De pronto, Luke se sintió oprimido en aquella lujosa estancia. Así que dejó a un lado la carpeta, sacó dinero del billetero y lo puso en el bolsillo trasero del pantalón junto con la tarjeta de plástico que hacía de llave de la habitación. Luego guardó el billetero en la caja fuerte empotrada en la pared y bajó a la calle.

La noche era cálida y Luke se sintió a gusto en mangas de camisa. Entonces hizo parar un taxi.

-Déjeme aquí -pidió cuando llegaron al puente Garibaldi, sobre el Tíber.

Se encontraba en el Trastevere, la parte más antigua y pintoresca de la ciudad. Las estrechas calles del barrio, llenas de bares y restaurantes, estaban muy animadas a esa hora. Por todas partes se oían canciones y risas y Luke disfrutó el apetitoso aroma a comida que invadía el ambiente.

Más tarde entró en un bar y luego en otro, donde bebió un vino exquisito. Tres bares más tarde, empezó a sentir que la vida era buena. Después se detuvo en una callejuela y se quedó arrobado contemplando la luna llena. Minutos después, volvió a mirar la calle y en ese instante cayó en la cuenta de que no tenía idea de dónde se encontraba.

-¿Buscas algo?

Luke giró la cabeza y vio a un joven sentado en una terraza. Su rostro era expresivo, con unos animados ojos oscuros. Al sonreír dejó al descubierto una blanca y brillante dentadura.

-¡*Ciao*! -dijo Luke al ver que el joven alzaba su copa en señal de saludo-. Acabo de darme cuenta de que me he perdido -añadió al tiempo que se sentaba a la mesa junto al chico.

-¿Eres nuevo por aquí?

-Acabo de aterrizar en Roma.

-Bueno, ahora que te has aventurado por este barrio, debes quedarte. Bonito lugar, gente agradable.

Luke hizo una seña a un camarero. Muy pronto apareció con una botella de vino y dos vasos limpios, recibió el dinero que el recién llegado le tendía y se marchó.

-Tal vez no debí haberlo hecho -dijo Luke, con un repentino sentimiento de culpa-. Me parece que ya has bebido demasiado.

-Si el vino es bueno, nunca es suficiente -replicó el joven al tiempo que llenaba los vasos. Muy pronto habré bebido demasiado y todavía no será suficiente. Soy un hombre muy juicioso, o al menos lo parezco.

-Sí -convino tras saborear el vino-. A propósito, me llamo Luke.

-¿Luke? ¿Lucio?

-Bueno, Lucio si lo prefieres.

-Yo soy Charlie.

-¿Un italiano que se llama Charlie? Querrás decir Carlo.

-No, Charlie. Diminutivo de Carlomagno. No se lo digo a todo el mundo, sólo a mis buenos

amigos.

-Entonces cuéntale a este buen amigo por qué te pusieron Carlomagno.

-Porque soy descendiente del Emperador, desde luego.

-Pero él vivió hace doce siglos. ¿Cómo puedes estar tan seguro?

-Porque mi madre me lo dijo.

-¿Y tú crees todo lo que tu madre te dice?

-Es mejor creerla, porque de lo contrario puedes lamentarlo.

-Comprendo, mi madre también es así -replicó Luke, con una mueca divertida al tiempo que hacían chocar las copas.

-Bebo para olvidar -comentó Charlie mientras volvía a llenar la suya.

-¿Olvidar qué?

-Lo que sea. ¿A quién le importa? ¿Por qué bebes tú?

-Porque necesito ánimos para enfrentarme a un dragón. De lo contrario, ella me comerá.

-Ah, es un dragón femenino. Son los peores. Pero la matarás.

-Creo que esa dama no se intimida tan fácilmente.

-Limítate a decirle que no vas a tolerar tonterías. Es el único modo de tratar con las mujeres.

Tras visitar otros dos bares, llegó la hora de volver a casa.

En ese mismo momento, oyeron un grito en la próxima calle acompañado del llanto de un niño y el chillido de un animal. De pronto, un grupo de jóvenes emergió desde las sombras dando traspiés. El cabecilla llevaba un perrito que luchaba por escapar. Con ellos iba un chico de unos doce años que intentaba rescatar al cachorro, pero el patán lo lanzó a uno de sus compinches.

-¡*Bastardi*! -exclamó Charlie con violencia.

-Lo mismo pienso yo -dijo Luke al tiempo que echaban a correr hacia el grupo.

Al ver que iban a arremeter contra ellos, los mozalbetes se pararon en seco y Charlie aprovechó la ocasión para arrebatar el perrito al cabecilla. Otros dos intentaron recuperarlo, pero Luke se ocupó de ellos mientras Charlie entregaba el cachorro a su dueño quien, al verlo en sus brazos, echó a correr a toda prisa.

Dos contra cuatro era una batalla desigual, pero Charlie estaba furioso y Luke era fuerte. Así que entre los dos se las ingeniaron para evitar que siguieran al niño. De pronto, se oyó el sonido inconfundible de la sirena de un coche policial, muchos gritos y los seis se vieron rodeados de agentes que los condujeron a la comisaría más cercana.

A juzgar por el modo en que llamaban a la puerta, no podía ser otra persona que *Mamma* Netta Manfredi. Con una sonrisa, Minnie fue a abrir.

-¿No es muy tarde? -Netta preguntó de inmediato.

-No, todavía no es mi hora de ir a la cama.

-Trabajas demasiado. Todas las noches te quedas hasta tarde. Te he traído la compra porque sé que no tienes tiempo para hacerla.

Era una ficción que mantenían durante años. Minnie había puesto un lujoso bufete en la Via Veneto y tenía una secretaria que podía hacerle la compra. Sin embargo, la costumbre de confiar en Netta había comenzado a sus dieciocho años, cuando era novia de Gianni Manfredi y esa cálida y sonriente mujer la había abrazado por primera vez.

Entonces estudiaba Derecho y el ritual continuó durante las prácticas y se mantuvo hasta el presente, cuando Minerva ya era una abogada de éxito. Hacía cuatro años que Gianni había fallecido. Sin embargo, Minnie no se mudó a un piso más lujoso ni tampoco se debilitaron sus lazos afectivos con Netta, a quien quería como a una madre.

-Jamón, queso parmesano y tu pasta favorita -canturreó Netta al tiempo que dejaba las bolsas sobre la mesa-. Revisa la cuenta.

-No es necesario, siempre está correcta -dijo Minnie con una sonrisa-. Siéntate y toma algo. ¿Un café? ¿Un whisky?

-Whisky -respondió Netta con una risita al tiempo que acomodaba su voluminosa figura en una silla.

-Yo tomaré té.

-Todavía eres inglesa. Hace catorce años que vives en Italia y todavía tomas té inglés.

Minnie apartó las bolsas e hizo una pausa al ver un pequeño ramo de flores.

-Pensé que te gustarían -dijo Netta en un tono fingidamente casual.

-Me encantan -respondió Minnie al tiempo que la besaba en la mejilla-. Se las vamos a poner a Gianni.

Luego arregló el ramo en un florero lleno de agua y lo colocó en una estantería, junto a la fotografía de Gianni. Se la habían hecho una semana antes de su muerte y mostraba a un joven con una amplia boca sonriente y ojos de brillante mirada. El pelo rizado, más bien largo, le caía sobre la frente y el cuello, lo que aumentaba su encanto. Junto a aquélla, había una fotografía de la jovencita que había sido Minnie a los dieciocho años. Sus facciones eran suaves, redondeadas, todavía sin definir y con una mirada llena de ilusiones. Aún no conocía las penas y la desesperación.

En la actualidad, su rostro era más fino, de rasgos más marcados, pero todavía abierto al buen humor. Los largos cabellos rubios de la joven de la fotografía se habían transformado en una melena que apenas le rozaba los hombros.

Minnie cambió dos veces la posición de las flores antes de quedar satisfecha.

-Le gustarán. Siempre le han gustado las flores -comentó Netta-. ¿Te acuerdas que siempre te las regalaba? Flores para tu cumpleaños, flores para la boda, flores para vuestro aniversario...

-Sí, nunca se olvidaba.

Ninguna de las dos se daba cuenta de que hablaban tanto en presente como en pasado cuando se referían a él. Para ellas era natural.

-¿Cómo está *Pappa*?

-Siempre quejándose.

-Normal -comentó Minnie y ambas se echaron a reír-. ¿Y Charlie?

Netta dejó escapar un gemido al oír el nombre de su hijo menor.

-Es un chico malo. Cree que ya es un hombre porque llega tarde por las noches, bebe demasiado y frecuenta demasiadas chicas.

-De lo más normal en un joven de dieciocho años -repuso Minnie, con suavidad.

De hecho, ella también se había inquietado un poco a causa de los hábitos exuberantes de su joven cuñado, pero había evitado mencionarlo por la tranquilidad de Netta.

-Se comportaba mejor cuando estaba enamorado de ti -se lamentó la madre.

-*Mamma*, no estaba enamorado de mí. Recuerda que tiene dieciocho años y yo treinta y dos. Sólo fue una ilusión ingenua, propia de la adolescencia, que me encargué de apaciguar; al menos

eso espero. Y naturalmente que no me interesa en ese aspecto.

-Ningún hombre te interesa. Eso no es normal. Eres una hermosa mujer.

-Soy una viuda.

-Llevas siéndolo demasiado tiempo. Ya es hora de cambiar.

-¿Y lo dice mi suegra?

-No, una mujer que habla a otra mujer. Hace cuatro años que eres viuda y todavía no te interesas por un hombre. ¡*Scandaloso*!

-No es del todo cierto que no haya habido hombres en mi vida -dijo Minnie, con cautela-. Y lo sabes bien porque vives en la misma finca.

-De acuerdo, los veo entrar y los veo salir. Pero no veo que se queden.

-No los invito a quedarse -dijo Minnie con calma.

-La esposa de ningún hombre podría ser mejor que la que tuvo Gianni -puntualizó al tiempo que la abrazaba-. Ahora es tiempo de que pienses en ti. Necesitas un hombre en tu vida, en tu cama.

-Netta, por favor...

-A tu edad yo tenía...

-Un marido y cinco hijos -le recordó Minnie.

-Es cierto, pero... bueno, eso fue hace mucho tiempo.

-Estoy muy bien sin un hombre -insistió Minnie.

-Tonterías. Ninguna mujer es feliz sin un hombre.

-Y si quisiera uno, no sería Charlie. No soy una asaltacunas.

-Desde luego que no. Pero puedes hacer que te escuche. ¿Dónde ha ido esta noche? No lo sé. Aunque podría asegurar que anda en malas compañías.

-Y yo estoy segura de que cuando llegues a casa lo encontrarás con una expresión de niño tímido y culpable.

-Entonces me voy. Y le diré que debería avergonzarse por preocupar a su madre de esta manera.

-Yo también se lo diré. Vamos, te acompaño.

El hogar de Minnie se encontraba en la tercera planta y daba al patio. Algunos de los otros pisos también estaban ocupados por miembros de la familia Manfredi, porque siempre les había gustado vivir en cercanía. Luego subieron la escalera de hierro que recorría la fachada del edificio que daba al patio y llegaron a la cuarta planta, donde estaba el piso que Netta compartía con su marido, su hermano y Charlie, el hijo menor que, por cierto, no estaba en casa.

-Pronto llegará. Está probando sus alas, como todos los jóvenes.

Minnie besó a su suegra y volvió a su pequeño apartamento. Como siempre, estaba muy silencioso. Desde el día que su joven marido había muerto en sus brazos.

De pronto, se sintió muy cansada. La charla con Netta le había hecho recordar cosas en las que normalmente intentaba no pensar.

Minnie sonrió a la fotografía de Gianni para encontrar el consuelo que siempre sentía al mirarlo. Sin embargo, esa vez no lo consiguió.

La mesa de la cocina estaba llena de papeles. Sin mayor entusiasmo, se sentó con la intención de acabar su trabajo pero, incapaz de concentrarse, fue un alivio oír el timbre del

teléfono.

-¡Charlie! La *Mamma* está preocupada por ti. ¿Dónde te has metido? ¿Dónde?

CAPÍTULO 2

CUANDO Minerva entró precipitadamente en la comisaría, el joven agente la miró con admiración.

-*Buona notte*. Siempre es un placer verla por aquí, *signora*.

-Ten cuidado, Rico -le advirtió Minerva-. Esa observación puede ser interpretada como un recordatorio de que mis familiares siempre se buscan problemas con la policía. Y eso se llama hostigamiento.

-No, sólo decía que siempre que la veo está más bonita que la vez anterior.

Minnie se echó a reír. Le agradaba Rico, un joven ingenuo, recién llegado del campo y todavía abrumado por su designación a Roma. Todo lo miraba con los ojos muy abiertos, incluso a ella.

-¿Siempre?

-Bueno, cada vez que uno de sus parientes se busca un lío. No sé cómo una abogada tan importante como usted puede estar emparentada con tantos delincuentes.

-Basta -dijo con severidad-. Puede que algunos sean un poco rebeldes, pero nunca violentos.

-Me atrevería a decir que el *signor* Charlie ha intervenido en una pelea a juzgar por su aspecto. Su camisa está desgarrada y con manchas de sangre. Y el tipo que lo acompaña se encuentra en peor estado. Es grande y con una cara desagradable. Un mal hombre. No tiene documentación. Ni carné de identidad ni pasaporte.

-Bueno, no siempre llevamos el pasaporte en el bolsillo.

-Pero ese hombre habla italiano con acento. Creo que es inglés -cuchicheó, horrorizado.

-Mi madre también lo era -replicó Minnie, tajante-. No es un delito que merezca la horca.

-Pero no tiene documentación y se niega a decirnos dónde vive, así que es posible que duerma en la calle. Está muy borracho.

-¿Y se peleó con Charlie?

-No, creo que estaban en el mismo bando, aunque es difícil asegurarlo porque su hermano también está muy ebrio.

-¿Dónde se encuentra?

-En una celda con el otro. Creo que le tiene miedo. No dirá una palabra en su contra.

-¿Y ese tipo tiene nombre?

-Se niega a dar su nombre, aunque Charlie lo llama Lucio. La acompañaré a la celda.

Minerva conocía el camino, acostumbrada como estaba a sacar a un pariente del calabozo de la comisaría cuando alguna vez se veía envuelto en un lío. Incluso así, se quedó espantada al ver el aspecto sucio y magullado de su joven cuñado, sentado contra la pared y dormitando.

Rico había olvidado la llave de la celda, así que tuvo que regresar a buscarla. Minnie se quedó mirando a Charlie y al otro hombre que, efectivamente, estaba en peor estado. Era como si hubiese peleado con diez hombres a la vez. Alto, atlético, con la barba crecida, parecía ser lo suficientemente fuerte para enfrentarse a cualquier cantidad de adversarios. Al igual que su cuñado, su camisa estaba desgarrada y tenía la cara magullada y un corte en una ceja. Aunque, a diferencia de Charlie, no parecía abrumado por lo sucedido.

Así que ése era Lucio, un hombre habituado a utilizar la fuerza de sus puños para conseguir lo que quería. Minerva se estremeció de repugnancia.

Charlie despertó a medias. Tras frotarse los ojos, se inclinó con las manos entre las rodillas y bajó la cabeza con un gesto de desaliento. Lucio se sentó junto a él y, con una mano en el hombro, lo zarandeó con suavidad. Charlie dijo algo que ella no pudo oír y Lucio respondió en voz baja, aunque Minnie notó que le hablaba en un tono comedido. Y entonces sonrió. Un gesto que sorprendió a Minerva. Era una sonrisa maliciosa, burlona y amable que conmovió al chico.

Rico volvió con la llave.

-Lo dejaré salir y podrán hablar en la sala de reuniones, lejos de ese otro.

Al oír el sonido de la llave en la cerradura, los hombres alzaron la vista.

-*Signor* Manfredi, su hermana se encuentra aquí. Y también su abogada -anunció tras abrir la puerta de la celda. Y luego añadió con la intención de mostrarse ingenioso-: Han venido juntas.

Con el rabillo del ojo, Minerva vio que Lucio, estupefacto, lanzaba una brusca mirada a Charlie y luego a ella. Le pareció ver en esa mirada una cierta agresividad y también una interrogación mientras la recorría de arriba abajo con tanta atención que a ella le pareció casi insultante. Sin embargo, Minerva se equivocaba en ese punto. Luke estaba muy lejos de pensar en nada sino en que aquello no podía ser posible.

¿Manfredi? ¿Abogada? ¿Ésa era la *signora* Manfredi? ¿Esa delicada criatura rubia era el dragón?

Y él, que había hecho planes para doblegarla, se encontraba en una celda con un aspecto lastimoso y borracho. Y lo peor de todo, dependiente de ella.

Charlie intentó abrazarla.

-Aléjate de mí, rufián -lo rechazó con firmeza-. Pareces salido de una alcantarilla y hueles como si te hubieras bebido una bodega entera. Supongo que pretendes contar conmigo para que te saque de aquí, ¿verdad?

-A mí y a mi amigo.

-Seguro que tu amigo querrá arreglárselas por su cuenta.

-No, le he dicho que tú lo ayudarías. Me salvó la vida, Minnie. ¿No abandonarás a su suerte a un hombre pobre y solo que no cuenta con la ayuda de nadie, verdad?

-Si no te callas también te dejaré abandonado a tu suerte.

-Los llevaré a la sala de reuniones -dijo Rico.

-No, gracias. Hablaré aquí con los dos.

-¿Aquí? ¿Y con ése también? -preguntó, espantado.

-No me inspira temor -replicó, irritada-. Tal vez él debiera tener miedo de mí. ¿Cómo se ha atrevido a hacerle esto a mi hermano?

-Mire -replicó Luke, en tono aburrido-. Pague la fianza de su hermano o haga lo que le parezca oportuno y márchese de aquí. Puedo arreglármelas solo.

-¡Lucio, no! -exclamó Charlie-. Minnie, tienes que ocuparte de él. Es mi amigo.

-Es bastante mayor que tú y debió haber tenido más criterio.

-Tiene razón, todo ha sido culpa mía. Y ahora, márchese -dijo Luke.

Entonces se prometió que cuando volviera a verla estaría bañado, afeitado y vestido como un señor respetable. Con un poco de suerte ni siquiera lo reconocería.

-¿Qué has querido decir con eso de que te salvó la vida? -inquirió Minerva, sin hacer caso de

la orden de Luke.

Considerando el estado en que se encontraba, Charlie se lanzó en una explicación más o menos fidedigna de los hechos. Varias veces sacó a colación la palabra cachorrito y, finalmente, Minerva llegó a la conclusión de que el extranjero se había interpuesto entre él y sus adversarios, en abrumadora mayoría. Aunque tal vez los hechos no hubieran sido tan dramáticos como Charlie los describía.

-¿Eso fue lo que sucedió? -preguntó a Luke en un tono más amable.

-Más o menos. Ni a Charlie ni a mí nos gusta que intimiden a un niño... O a un animalito -añadió tras una breve pausa.

-¿Y qué le pasó al niño?

-Agarró a su perro y echó a correr a toda prisa. La pelea continuó hasta que alguien llamó a la policía, al parecer.

-Bueno, me alegro de que estuviera con Charlie, *signor*...

-Llámeme Lucio -dijo rápidamente.

-No podré representarlo si no me dice su nombre completo.

-No le he pedido que lo haga... Puedo permitirme un abogado -añadió, presa de una súbita inspiración.

-Lo haré como prueba de gratitud -repuso ella. Luke gimió mentalmente mientras imploraba al cielo que lo salvara de esa mujer que tenía respuesta para todo-. Como dijo Charlie, no puedo dejarlo abandonado. Pero debe hablarme con franqueza. ¿Dónde vive?

-En ninguna parte -contestó rápidamente en tanto imaginaba su explosión de risa si le decía el nombre del hotel.

-¿Duerme en la calle?

-Así es.

-Esto dificulta mi trabajo, tanto como la falta de documentación. ¿No tiene carné de identidad?

-Tengo.

-¿Dónde?

-En el hotel -se le escapó sin pensar.

-Pero acaba de decir que duerme en la calle.

-Mire, no sé lo que digo. No estoy en mi mejor momento, como puede ver -dijo al tiempo que maldecía la agudeza de la mujer.

-*Signor*, como sea que se llame. No creo que esté tan ebrio como intenta parecer y no me gustan los clientes que me hacen perder el tiempo. Así que le ruego que me diga el nombre de su hotel.

-Contini.

Ella lo miró de arriba abajo, sin perder detalle de su aspecto desastrado.

-De acuerdo, un comediante. Muy divertido. ¿Y ahora me va a decir dónde se hospeda?

-Ya se lo he dicho. Y no puedo hacer nada más para que me crea.

-¿En el hotel más caro de Roma? Con ese aspecto ni usted se lo creería.

-Debe saber que no salí del hotel con este aspecto. Dejé mis pertenencias en la habitación por temor a los ladrones -explicó al tiempo que se examinaba-. Aunque con esta facha ningún

ladrón se molestaría en acercarse a mí.

-Si dice la verdad, y todavía no estoy segura de creerlo, necesito saber su nombre.

-Luke Cayman -respondió, con un hondo suspiro.

Minnie se quedó paralizada un instante.

-¿Es una broma? -preguntó finalmente.

-¿Por qué habría de serlo?

-Me parece haber oído ese nombre anteriormente.

-No creo -replicó Luke, deliberadamente.

Ambos intercambiaron una mirada con la misma exasperación e incredulidad.

Los ojos de Charlie iban del uno a la otra, totalmente desconcertado. De pronto, su mirada se tornó inexpresiva y tomó aire profundamente, muy pálido.

Sin tardar un segundo, Minnie llamó a Rico, que llegó corriendo.

-Vamos, saca a Charlie de aquí lo antes posible, no se encuentra bien -ordenó. Rico guió a Charlie por el pasillo hasta el cuarto de baño. Cuando estuvieron solos, Minerva se volvió a Luke-. Y ahora aclaremos esta situación. No creo que usted sea Luke Cayman.

-¿Por qué? ¿Porque no calzo con su imagen preconcebida? Usted tampoco calza con la mía, aunque estoy dispuesto a ser tolerante.

-Usted piensa que esto es muy divertido...

-No, ésta no es la forma que habría elegido para presentarme ante usted. Hasta me atrevería a decir que con un poco de maña podría dejarme encerrado largos años.

-Es lo último que haría.

-Muy virtuosa.

-¡De virtuosa, nada! Con usted en la cárcel, no habría la menor esperanza de mejorar la *Residenza*. Tenga por seguro que haré lo imposible para que lo dejen en libertad.

Charlie volvió junto a ellos, todavía pálido aunque algo mejor.

-He decidido no contratar sus servicios. Me sentiré más seguro si me abandona a mi suerte -declaró Luke.

-¡No! -explotó Charlie-. Minnie es una buena abogada, ella resolverá tus problemas.

-Sólo porque planea causarme más problemas -repuso Luke, con una sonrisa burlona.

-Lo trataré igual que haría con cualquier otro cliente -declaró Minnie con frialdad.

-¿Lo ves? Con toda sinceridad, Lucio, ella es la mejor. Suelen llamarla «matagigantes» porque puede medirse con cualquiera y siempre resulta vencedora. Deberías ver la batalla que está preparando contra ese monstruo propietario de la *Residenza*. Dice que tendrá una muerte horrible -comentó con entusiasmo.

-¿Legal o literalmente?

-Como sea -dijo Minnie mirándolo directamente.

-¿Y ese monstruo tiene nombre?

-No, Minnie se refiere a él como la encarnación del demonio.

-Basta ya de tonterías -intervino ella, con severidad-. Ambos deberéis presentaros ante el tribunal en unas pocas horas y no podréis hacerlo con ese aspecto. Charlie, haré que te traigan ropa limpia. ¿Cómo puedo conseguir ropa para usted además del carné de identidad, señor Cayman?

-Llamaré al hotel, aunque no quiero que sepan dónde estoy -respondió Luke, a regañadientes.

-Tiene razón. ¿Puedo entrar en su habitación?

-Sí. Traje la tarjeta que abre la puerta -dijo mientras la sacaba del bolsillo trasero del pantalón y le daba el código-. Está en la tercera planta.

-No puedo creer lo que estoy haciendo -murmuró ella.

-Intente olvidar que soy la encarnación del demonio.

Charlie paseó la mirada del uno al otro, totalmente desconcertado.

-Explíqueselo a Charlie cuando me haya marchado -dijo Minerva al tiempo que Rico le abría la puerta de la celda.

Más tarde y bufando de rabia, cruzó el Ponte Sisto en dirección al hotel Contini.

Durante años había estado furiosa. El antiguo propietario de la *Residenza* era un malvado que siempre se había opuesto a gastar dinero en reparar la finca. Cuando Minerva había hecho caer sobre él todo el peso de la ley, siempre había encontrado la manera de escapar mañosamente. Y más tarde, justo cuando pensaba que lo tenía acorralado, el infame había cedido la propiedad a Luke Cayman; así que ella había tenido que volver a empezar. Minerva no sabía si estaba más enfadada con él o con Luke Cayman. Y en ese momento, el mero hecho de tener que defender al enemigo era suficiente para hacerla explotar.

Empezaba a amanecer y la ciudad se cubría de un fino manto de niebla. En la distancia, distinguió el inmenso y lujoso *palazzo*, convertido en el hotel Contini. Apenas podía creer que el rufián que había dejado en la celda realmente se hospedara allí.

Afortunadamente, el recepcionista dormitaba y Minerva fue directamente a los ascensores. En la tercera planta encontró la habitación de Luke sin dificultad.

«Una estancia hecha para un hombre rico que decidió visitar los barrios pobres sólo para divertirse», pensó con irritación. Y mientras tanto, sus inquilinos vivían en una finca que se caía a pedazos.

Durante un instante, pensó en marcharse y dejar que se las arreglara solo. Sin embargo, su ética profesional ganó la batalla. Haría su trabajo.

Minerva eligió un traje oscuro, una camisa blanca y una corbata de seda azul marino. Luego sacó de un cajón calcetines y ropa interior.

Tras meter la ropa en un bolso de viaje que encontró en el armario, abrió la caja fuerte, sacó el billetero y buscó el carné de identidad. Sí, estaba ahí junto a la fotografía de la joven más encantadora que alguna vez hubiera visto. Era maravillosamente alta, pensó Minerva fascinada, y su hermosa melena oscura caía hasta la cintura, lo que le confería un aire exótico y misterioso.

-¿Quién eres? ¿Su esposa? ¿Su novia? ¿Su chica? Quienquiera que seas, no tienes derecho a ser tan hermosa -gruñó mientras guardaba la foto en el billetero, que metió en su bolso.

En ese momento, las campanas de San Pedro dieron las siete y se dio cuenta de que empezaba a amanecer con bastante rapidez.

Tenía que llamar a Netta pero, tras buscar en el bolso, se dio cuenta de que había dejado el móvil en casa. Sería una indiscreción utilizar el teléfono de la habitación, así que finalmente se decidió por el móvil de Luke y marcó el número de su suegra.

-¿Netta? Ese chico tonto anoche bebió demasiado, se metió en una riña callejera y ahora está en la comisaría. No te preocupes. Lo sacaré de allí.

-Prométemelo, Minnie.

-No temas, sabes que no es la primera vez que lo hago. En todo caso, necesito que vayas allí

con ropa limpia para que esté presentable en el tribunal. Le pondrán una multa y cuando lo lleves a casa podrás hacer que se arrepienta de haber nacido. Hasta pronto.

El teléfono empezó a sonar justo cuando iba a apagarlo.

-¿Pronto?

Fue un acto reflejo y cuando la palabra salió de su boca se dio cuenta de lo que había hecho.

-¿*Scusi*? -dijo una sorprendida voz de mujer-. ¿Es el número de Luke Cayman? ¿O tal vez me he equivocado?

-No, es su número. Ahora, si me permite explicarle...

-Querida, no hace falta que expliques nada -dijo la voz en un tono encantador-. Comprendo perfectamente bien. Debo disculparme por haber llamado tan temprano, pero no me di cuenta de la hora que es. Hazme el favor de decirle a Luke que llame a su madre cuando disponga de unos minutos.

-Sí... sí, se lo diré -tartamudeó Minnie-. Aunque me temo que... no podrá hacerlo de inmediato porque...

-Me parece muy bien -la interrumpió la madre alegremente-. Yo también fui joven una vez. Estoy segura de que eres muy atractiva.

-Pero...

-*Ciao* -dijo antes de colgar el teléfono.

Así que la madre de Luke pensaba que ella era su chica, que salía de entre las sábanas tras una noche de pasión y que estaba a punto de repetir el desenfreno.

Minerva casi se puso a chillar del disgusto que sentía. Tras desconectar el móvil, salió apresuradamente de la habitación.

En la comisaría, Minerva enseñó el carné de identidad de Luke antes de ir a la celda.

-Hay un solo cargo por embriaguez y desorden en la vía pública. Supongo que no tiene otros antecedentes penales.

-Ninguno -le aseguró Luke.

-En un par de horas tendrá que comparecer ante el juez de paz. Le pondrá una multa y el asunto habrá concluido.

Luke miró el contenido del bolso que le había llevado.

-Esta ropa me hará parecer un ciudadano honorable, un pilar de la comunidad.

Sus rasgos se habían suavizado y había un brillo malicioso en sus ojos. Repentinamente, Minnie recordó las palabras de su madre y tuvo la horrible sensación de que estaba a punto de enrojecer.

-Lo veré en el tribunal -dijo antes de marcharse con dignidad.

Netta volvió a casa con Minnie para prepararle el desayuno mientras ella se duchaba.

-Bendita seas -dijo Minnie más tarde, envuelta en un albornoz de algodón al tiempo que se sentaba ante un tazón de muesli y zumo de fruta-. No te preocupes. Charlie estará bien.

-Lo sé. Te harás cargo de mi hijo como lo has hecho otras veces. Y también del otro joven tan agradable.

-¿Agradable? No sabes nada de él.

-Rico me permitió entrar a la celda y los tres estuvimos charlando un rato. Me alegro de que lo ayudes también.

-No te dejes engañar, Netta. No te preocupes por ese tipo.

-Desde luego que me preocupo por el hombre que le salvó la vida a mi hijo -replicó la madre, escandalizada.

-¡Salvarle la vida! ¡Que me ahorquen! No le creo una palabra.

-Fue Charlie quien lo dijo.

-Yo no confiaría en Charlie ni en el otro personaje. Seguro que ignoras que es nuestro nuevo propietario. El enemigo.

-No es nuestro enemigo, cara. Me explicó cómo había llegado a ser el dueño de una finca que no deseaba.

-Eso no lo convertirá en un casero mejor.

-Me dijo que creyó haberte ofendido y que se sentía desolado...

-¿De veras?

-Le aseguré que le estaría eternamente agradecida por lo de Charlie y añadí que las puertas de mi casa estaban abiertas para él.

-Bien puedes decirlo, ya que es el dueño de toda la propiedad.

-Entonces todo está bien. Entablaremos una relación amistosa, él se encargará de las reparaciones y...

-Y doblará el alquiler.

-Si te muestras agradable con él, conseguirás llegar a un acuerdo.

-Netta, escúchame. Ese hombre es muy listo. Te ha engatusado para conseguir lo que se propone. Eres como un trozo de masilla en sus manos.

-Tal vez hace veinte años... -suspiró Netta. Minnie se esforzó por no sonreír.

-No digas eso. Es una forma de rendirse ante él.

-Tú deberías hacerlo. Un hombre como ése fue hecho para que una mujer se rinda ante él. O muchas.

-Tendrían que ser mujeres muy necias. Me gustaría saber exactamente qué pasó anoche.

-¿Por qué eres tan dura con ese pobre hombre?

-Voy a vestirme para marcharnos cuanto antes -se limitó a responder Minnie para evitar una larga explicación.

CAPÍTULO 3

D OS HORAS más tarde, Minerva se presentó ante el juez de paz, Alfredo Fentoni, vestida con la toga negra de los abogados. Fentoni, que la conocía, le sonrió con benevolencia.

Minnie tuvo que admitir que el aspecto de Luke había mejorado considerablemente. El traje le confería una sobria respetabilidad y el afeitado lo había transformado en un hombre normal y corriente. Aunque, a decir verdad, Luke distaba mucho de ser un hombre corriente.

En ese momento, Minerva fue más consciente que nunca de la habilidad con que aquel hombre astuto disfrazaba su verdadero carácter. Ese talento lo convertía en un hombre convincente y, por tanto, aún más peligroso.

Ya no era el tipo venido a menos que había conocido esa mañana. De hecho, había sido una ilusión. Lo real era ese individuo que había entrado con paso firme en la sala de audiencias como si fuera su dueño y luego se había sentado en el banquillo de los acusados con aire de impaciencia, como si hiciera un favor al tribunal.

Minerva era su abogada, por tanto estaba obligada a emplearse a fondo en beneficio de su cliente, pero la tentación de bajarle los humos era casi irresistible.

Y en breves instantes comenzó el juicio. Los cuatro jóvenes matones de la noche anterior también se encontraban en el banquillo, sonriendo o frunciendo el ceño por turnos. Tenían su propio abogado, un hombre dispuesto a refutar todos los argumentos de Minerva. Pronto quedó claro que intentaba hacerles parecer como víctimas inocentes.

Comparados con Luke, los mozalbetes eran más pequeños y delgados y, en un momento dado, el abogado los señaló con la intención de invitar al juez a hacer comparaciones. Un hombre sensato habría hundido los hombros o algo parecido; sin embargo, para desesperación de Minnie, Luke se irguió y cruzó los brazos sobre el pecho en una actitud que parecía agresiva. Minerva concentró todas sus fuerzas en lograr que los matones se contradijeran entre sí y se mostraran tal como eran para desenmascararlos finalmente.

El público disfrutó el momento en que el abogado quedó en silencio por falta de argumentos mientras Minnie extendía las manos como si dijera: «Ya ve, señor juez». Los miembros de la familia Manfredi estallaron en aplausos y Netta los hizo callar. «Más que una abogada es una artista consumada. Portentosa», pensó Luke, impresionado a su pesar.

Y él iba a ser el próximo desafío de esa mujer. Empezaba a disfrutar ante la perspectiva.

Finalmente, Fentoni declaró que estaba harto y a todos les impuso una fuerte multa.

Netta dirigió a Luke una mirada resplandeciente y sus ojos se iluminaron más aún cuando él insistió en pagar la multa de Charlie. Los hermanos del joven se agruparon a su alrededor al tiempo que le daban golpecitos en la espalda.

Minerva dejó escapar un gemido.

-Netta, no es un héroe. Posiblemente Charlie nunca se habría metido en ese lío si no hubiera estado con él.

-Usted ya ha decidido que soy culpable -observó Luke, junto a ella-. ¿No se supone que debe dar crédito a su cliente?

-Usted no es culpable -intervino Netta con firmeza-. Esta noche celebraremos una fiesta en casa y será el invitado de honor.

-Muy amable por su parte, *signora* -repuso Luke.

-No tendrá dificultad en encontrar la *Residenza* Gallini. La reconocerá por los cascotes que caen del edificio -comentó Minnie, en tono sombrío.

-Y si no me doy cuenta, estoy seguro de que usted me los enseñará -replicó Luke, con suavidad.

Estaba a punto de marcharse cuando Minnie lo detuvo.

-Comuníquese con su madre en cuanto pueda -dijo en voz baja-. Llamó por la mañana cuando me encontraba en su habitación. Y recogí el mensaje -añadió antes de alejarse.

Luke la detuvo con una mano en el brazo.

-Irá a la fiesta esta noche, ¿no es así?

-Desde luego, aunque sólo sea para impedir que siga engañando a mi pobre familia.

-Hasta el momento no ha tenido mucha suerte -observó con una sonrisa sarcástica.

-La práctica me hará mejorar. No olvide llamar a su madre -dijo en un tono que daba por

finalizada la conversación.

Luke marcó el número de Hope, que respondió de inmediato.

-Querido, lo siento. No quería ser indiscreta, pero olvidé que era muy temprano.

-¿Qué quieres decir?

-Esta mañana una joven atendió mi llamada. Parecía encantadora, aunque colgué de inmediato.

-*Mamma*, no es lo que parece.

-Tonterías. Cuando una mujer atiende el teléfono de un hombre a las siete de la mañana, siempre es «lo que parece».

Luke miró alrededor y descubrió los ojos de Minnie fijos en él. Estaba claro que podía adivinar todo lo que su madre le decía. Luke le dio la espalda.

-*Mamma*, escúchame. Estás equivocada.

-Espero que no. Me pareció muy agradable. Verás, había algo en su tono, una suave vibración, como la voz de una mujer de naturaleza apasionada...

-Mamma...

-No seas tonto, Luke. ¿No entiendes que es una broma? -dijo entre risas-. Probablemente era la camarera que te llevaba el desayuno. Espero que estuvieras en la ducha.

-Sí -dijo, aliviado.

-No debí haberme reído, aunque me complacería mucho pensar que ya te has olvidado de Olympia.

Cuado Luke cortó la comunicación, notó que Minnie lo miraba con una expresión cómicamente divertida.

-¿Le importaría decirme qué le dijo a mi madre?

-Muy poco. Pero ella no necesitó ningún estímulo para pensar lo que usted piensa que ella pensó. Lisa y llanamente, cree que las mujeres piden a voces una migaja de su atención y gimen desoladas si usted no las mira. ¿Quién es usted? ¿Un *Casanova*?

-Lo soy según mi madre.

-¿O tal vez ella pensó que se trataba de algo más simple, con dinero de por medio?

-No, ella sabe que no suelo utilizar dinero. Al menos no en el sentido que usted se refiere.

«Desde luego que no. Este hombre nunca tendría que pagar a una mujer para que compartiera su cama», pensó Minnie, sin poderlo evitar. Aunque ese pensamiento no contribuyó a mejorar su opinión sobre él.

-Estoy seguro de que mi madre no sugirió nada parecido.

-No, fue muy amable y me aseguró que «comprendía perfectamente». Tuve que resistir el impulso de decirle que el infierno se congelaría antes de...

-¿Antes de qué?

Minerva le lanzó una mirada gélida.

-Antes de bailar al son que usted me toque, como ha hecho con los otros. Netta, cara -Minnie se volvió para abrazar a su suegra, que apareció a su lado-. Debo irme a la oficina.

-Entonces podrías llevar al señor Cayman al Contini.

-No creo que...

-Queda muy cerca de la Via Veneto -insistió la mujer.

-¿La Via Veneto? -preguntó Luke, intrigado.

-Allí tengo mi despacho. Puedo llevarlo, si lo desea. Adiós, Netta. Nos veremos esta noche.

Luke guardó silencio hasta que estuvieron en el coche rumbo a la Via Veneto.

-Pensé que tenía su despacho en la *Residenza*, puesto que era la dirección que aparecía en sus cartas.

-Se podría decir que tengo dos. El oficial en la Via Veneto y el extra oficial en el Trastevere.

-¿Y el no oficial es para los amigos, parientes y cualquier vecino del barrio que pueda acabar en la comisaría? -aventuró Luke.

-También para los inquilinos de la finca cuando necesitan que los represente contra un propietario que, además de avaro, es un tirano.

-¿Se refiere a mí?

-No, a Renzo Tanzini. He batallado con él durante largos años y luego... bueno, ahora no es el momento de hablar del asunto.

-Le agradezco que me ayudara a salir del calabozo. Por cierto, envíeme su minuta con la de Charlie incluida. Se saldará cuantos antes.

-No hace falta.

-Es una buena oportunidad para congraciarme con Netta.

-¿No lo ha intentado ya?

-Eso la enfurece más que nada, ¿no es así? En su mundo ideal, ella tendría que odiarme tanto como usted.

-No lo odio, *signor* Cayman. Sencillamente me limito a pedir un trato justo con sus inquilinos.

-¿Y usted no cree que lo recibirán?

-Verá, el tono de sus cartas no me inspiró ninguna confianza.

-Y el tono de las suyas me hizo pensar en una vieja arpía calzada con botas claveteadas.

Ella dejó escapar una risita malvada que Luke encontró extrañamente agradable.

-Y lo aplastaré con esas botas. Espere y verá.

Algo en el timbre de su voz hizo recordar a Luke las palabras de su madre. Tonterías. Hope había inventado aquello de la mujer apasionada para gastarle una broma. Y la autosugestión había hecho el resto.

-¿Cuál es su oficina? -preguntó cuando llegaron a la Via Veneto.

-Ahí arriba, a la izquierda -dijo al tiempo que señalaba un lujoso edificio.

Luke quedó impresionado e hizo el resto del trayecto en pensativo silencio hasta que ella lo dejó en el hotel. Más tarde, cuando estaba en su habitación, sonó el teléfono.

Era Olympia, la joven que había perdido hacía sólo dos días, aunque a él le pareció que habían pasado dos años por todo lo que le había sucedido.

-Luke, ¿estás bien?

-Desde luego. No te preocupes por mí.

-Es que te marchaste tan repentinamente que no tuve oportunidad de despedirme de ti... y darte las gracias.

Su dulce voz, ligeramente ronca, le recordó que siempre lo dejaba extasiado y le pareció que eso también ya pertenecía al pasado.

-¿Cómo está Pietro?

-Tan agradecido como yo por haber contribuido a unirnos.

-No intentes hacerme pasar por un noble perdedor -le rogó.

-Un noble y generoso perdedor.

-¡Olympia, por favor!

Ella se echó a reír y, tras intercambiar algunas palabras más, él cortó la comunicación bastante relajado, con la sensación de que su corazón estaba a salvo.

Luego se quitó la ropa y fue a la ducha para sacarse de encima la opresiva atmósfera de la celda de la comisaría. Sus pensamientos estaban concentrados en la próxima batalla que libraría contra la *signora* Minerva y cómo se enfrentaría a ella. Le había sorprendido comprobar que era una mujer más joven y hermosa de lo que había pensado. Sin embargo, el instinto le dijo que también era más fuerte e impredecible.

En ese momento, Luke recordó lo que Charlie le había contado cuando ella se marchó al hotel y quedaron solos.

-Minnie y mi hermano Gianni se adoraban. No es la misma desde que él falleció.

-Entonces es viuda -comentó muy sorprendido.

-Sí, hace cuatro años. Y se mantiene así, y no por falta de proposiciones. Todos los hombres van tras ella. Incluso yo mismo.

-Pero eres demasiado joven.

-Eso es lo que dice Minnie. Aunque no sería tan diferente si yo fuera mayor. Lo que pasa es que no soy Gianni. Y él era su mundo. Cuando falleció, parte de ella murió con él.

Luke intentó congraciar ese retrato con la mujer vibrante que había conocido, y no lo logró. Sin embargo, guardó la información en su mente para su futura campaña. Podría serle útil.

Incluso si no hubiera sabido dónde se hallaba la *Residenza*, Luke habría distinguido desde lejos el lugar en que se celebraba la fiesta.

Las luces del patio, así como las de toda la finca, estaban encendidas e iluminaban la calle. Eso le hizo recordar la Villa Rinucci de Nápoles, su hogar de tantos años, desde que Hope se casó con Toni Rinucci. Estaba enclavada en una colina y por las noches sus luces se veían desde lejos, incluso iluminaban el mar.

Claro que había una gran diferencia entre la lujosa mansión y esa gran casa de vecindad venida a menos. Por eso lo desconcertó experimentar en ese patio la misma sensación de agrado que sentía en la villa.

«Seguro que es por las luces, que siempre proporcionan una sensación de cálida acogida», pensó Luke al tiempo que entraba sonriente mientras que, a sus espaldas, el taxista resoplaba bajo el peso de su contribución a la fiesta.

Cuando Netta lo llamó desde una ventana, él indicó las cajas de vino y cerveza. De inmediato se escucharon vítores de alegría y varios jóvenes bajaron ruidosamente la escalera y se llevaron a Luke junto con las cajas.

Netta lo abrazó efusivamente. Esa mañana había visto a la familia en el tribunal, pero en ese momento pudo saludarlos a todos. A Alessandro, Benito y Gasparo, que eran los hermanos de Charlie; Matteo, el hermano de Netta, su esposa Angelina y sus cinco niños. Tomaso, el marido de Netta, le dio unos golpecitos en la espalda y lo aclamó como un salvador mientras varios tíos y tías

mayores intentaban acercarse a él. En un momento dado, Luke pensó que el pequeño apartamento se desplomaría con tanta gente como la que había allí.

Sin embargo, por más que la buscó con los ojos, no pudo localizar a Minnie.

Charlie se acercó a él para ofrecerle una copa.

-Gracias, pero ahora ha de ser zumo de naranja. Esta noche no voy a correr riesgos.

-Vamos, toma una cerveza.

-No lo presiones, Charlie -dijo una voz femenina-. No quiere acabar como anoche ni cargar contigo otra vez.

Era ella, arreglada tan vistosamente que lo dejó sorprendido. Llevaba unos pantalones de color púrpura que se ajustaban perfectamente a sus caderas y una blusa de seda de un extravagante color rosa. El efecto era sensacional. Se había peinado hacia atrás y su cara, despejada de cabellos, realzaba su delicada estructura ósea y blanca tez. Parecía una persona totalmente diferente a la austera letrada de la mañana.

-Gracias por venir a salvarme.

Ella se echó a reír.

-Me figuro que una ración doble de Charlie en un día es más de lo que el hombre más sólido podría soportar. Le traeré un zumo de naranja.

Minerva volvió con el zumo y tuvo que ir a atender a otro invitado. Luke la contempló, impresionado a su pesar por su esbelta figura. Era difícil conciliar a esa llameante criatura con la mujer que había muerto con su marido, según palabras de Charlie.

La habitación se llenaba cada vez más a medida que llegaban los invitados. Algunos lo miraban con curiosidad y Luke adivinó que todo el mundo ya estaba enterado de su identidad. Pronto se vio envuelto en innumerables presentaciones y no le pasó por alto el hecho de que todas las jóvenes intentaban coquetear con él.

De pronto empezó la música. En ese espacio tan reducido parecía imposible que alguien pudiera bailar, pero ellos lograron lo que parecía tan poco probable.

Luke participó activamente en la fiesta hasta que empezó a sentir el cansancio de un día sin dormir. Aunque por ningún motivo iba a dejar pasar la oportunidad de alternar con sus inquilinos para facilitar la comunicación con ellos y, de paso, darse el gran placer de poner nerviosa a la *signora* Minerva.

Cuando tuvo un momento libre vio que Minnie pasaba junto a él.

-Tenemos que bailar-dijo al tiempo que le tomaba la mano.

-¿Tenemos?

-Desde luego. Cuando dos países están en guerra es costumbre que los jefes de estado bailen juntos.

-Tengo entendido que eso sucede cuando la guerra ha terminado.

-Entonces vamos a establecer un precedente -dijo al tiempo que le enlazaba la cintura con el brazo.

-Muy bien -replicó ella-. Sólo por las apariencias.

Minerva alzó la vista y descubrió en su mirada una mezcla de ironía y de invitación a compartir la broma. «Al diablo con este hombre tan atractivo que podría hacerme bajar la guardia, aunque sólo fuera por un momento», pensó.

-¿Cómo se encuentra ahora?

-Más humano y bastante más pobre -repuso Luke.

-Espere hasta que vea mis honorarios. Realmente le harán sentirse pobre.

-No olvide incluir lo de Charlie -le recordó.

-¿Cree que le cobraría algo a Charlie? Es mi cuñado.

En ese momento Minnie deseó que hubiera menos gente en la habitación para no sentirse tan próxima al cuerpo de Luke. Había notado que todas las mujeres lo miraban con admiración y las comprendió, porque algo del encanto varonil que emanaba de ese hombre se había infiltrado en ella misma, aunque se dijo que estaba a salvo de cualquier tentación. Sin embargo, se sentiría más segura si pudiera bailar unos centímetros más separada de él. Hacía demasiado calor y apenas podía respirar.

-Debo ir a ayudar a Netta. Disfrute de la fiesta -Minerva se excusó apenas terminó el baile.

Luke asintió con la cabeza y la dejó marchar. Empezaba a tomar conciencia de que había pasado toda la noche en una celda de la comisaría, totalmente despierto.

Había decidido dormir unas horas en la tarde, pero lo habían bombardeado con llamadas telefónicas por asuntos de negocios y finalmente sólo había tenido tiempo de darse una ducha. En ese momento, se dio cuenta de que no había sido suficiente. Se le cerraban los ojos a pesar de sus esfuerzos por mantenerlos abiertos.

Finalmente, se escabulló del apartamento y tras echar una mirada alrededor, descubrió un pasillo que comunicaba la escalera con los pisos que daban a la calle. Allí no había nadie. Luke se sentó en el suelo, agradecido de haber encontrado un lugar donde descansar la cabeza un momento. Muy pronto volvería a la fiesta. Cerraría los ojos sólo unos minutos... sí, apenas unos minutos...

CAPÍTULO 4

MINNIE fue a la cocina para ayudar a Netta a preparar café.

-Parecías sentirte bien junto a Luke.

-Sencillamente cumplía con mi obligación. Una simple formalidad.

-¿Cómo puedes ser formal con él? Es un hombre.

-Como tantos que hay en la fiesta.

-No, ellos no son como él. Son chicos débiles con aspecto de hombres, pero no dan la talla. Luke sí que lo es. Él puede devolverte a la vida. ¿Por qué dejaste que se marchara?

-¿Se ha ido?

-¿Es que lo ves por ahí? Seguro que se ha escabullido con una mujer y han encontrado un lugar tranquilo para...

-Me lo imagino -la interrumpió Minnie rápidamente-. Supongo que tiene todo el derecho a concederse un placer.

-Debería concedérselo contigo. Y tú con él -afirmó obstinadamente.

-Netta, lo he conocido esta mañana.

-¿Y qué? Yo conocí a Tomaso un día antes de quitarle la ropa. ¡Y fue glorioso! Por cierto que resultó ser un inútil para todo, pero me dejó embarazada de inmediato y tuvimos que casarnos.

-Razón de más para permanecer virgen.

-¿Qué mujer quiere marchitarse antes de tiempo, como una planta sin agua y sin sol?

Minutos más tarde, Minnie salió del piso con una botella de agua mineral. Necesitaba calmar una sensación de ansiedad poco habitual en ella y el aire fresco le hizo bien.

«Quizá Netta tenga razón. Me estoy convirtiendo en una mujer mustia, aunque no siempre fue así», pensó con tristeza.

Hubo un tiempo en que Gianni y ella sólo vivían para la pasión. Cada noche era una abrasadora delicia y cada amanecer, una revelación. Un tiempo en el que el mayor bien de la vida era el cuerpo de Gianni, su calor y su aroma masculino. Pero ese tiempo había concluido. Minnie había llegado a convencerse de que la muerte de Gianni había apagado todo su deseo y solía reírse de los intentos de Netta por hacerle cambiar de actitud.

Sin embargo, en ese momento fue incapaz de reír.

De pronto, oyó un ruido cercano, desde uno de los pasillos que comunicaban la escalera interior con los pisos exteriores.

«¡El *signor* Cayman está disfrutando su noche!», pensó con ironía. Sin embargo, no parecía ser el quejido de una pareja en la agonía del deleite físico; más bien sonaba como un ronquido.

Minerva se aventuró por el pasillo.

Y allí estaba Luke. Sentado en el suelo contra la pared y profundamente dormido.

Minnie se arrodilló junto a él y, a la tenue luz de la lámpara del techo, pudo contemplar su rostro, relajado por primera vez. La boca que había visto convertida en una dura línea en ese momento se había suavizado. Su atractiva forma invitaba al placer. Al placer de una mujer besando esos labios abultados.

«Netta es culpable de lo que estoy sintiendo. No tenía que haber hablado de él y de mí del modo en que lo hizo», pensó irritada consigo misma por permitirse fantasías como aquélla.

Estuvo a punto de marcharse, pero su conciencia la retuvo. No podía permitir que otras personas lo vieran durmiendo en el suelo. Así que tras zarandearlo varias veces, al fin logró que abriera los ojos.

-Se ha quedado dormido como un bebé.

-Oh, Dios. ¿Alguien se ha dado cuenta de mi ausencia?

-¿Tendría alguna importancia?

-Claro que sí. La fiesta está llena de jóvenes capaces de estar de juerga toda la noche y volver a empezar sin dormir. Cuando era más joven también podía hacerlo, pero que me cuelguen si llegan a enterarse de que ahora no soy capaz.

Con una sonrisa, Minerva le pasó la botella de agua y Luke bebió un largo trago.

-¿Mejor?

-Sí, gracias. ¿Qué ha sucedido con mi desperdiciada juventud?

-Se la gastó -dijo en tono comprensivo.

-Me imagino que así fue.

-Aunque me pregunto cómo. Apostaría que hasta anoche nunca había visto el interior de una celda.

-No hace falta insultar. Cuando era joven también tuve mis momentos heroicos -dijo con voz adormilada-. Bueno, iré a despedirme de Netta y volveré al hotel.

Cuando intentó ponerse en pie, las piernas no resistieron y se desplomó. Lejos de reanimarlo, el breve descanso lo había arrastrado a las profundidades del sueño y su cuerpo no respondería hasta haber dormido unas buenas horas.

-No va a lograr dar un solo paso en la calle. Tengo una idea mejor. Quédese aquí un momento.

Luke volvió a quedarse dormido y sólo despertó al sentir que ella le zarandeaba el hombro

con energía.

-Vamos -ordenó.

Luke tuvo la vaga percepción de haber bajado un tramo de escaleras y atravesado un pasillo hasta llegar ante la puerta de un piso. Tras sacar una llave del bolsillo, Minnie abrió la puerta y entraron en una estancia casi vacía.

-Este apartamento está vacío temporalmente porque el inquilino se ha marchado. Comparado con su habitación en el Contini, no cabe duda de que lo encontrará venido a menos.

-Con tal de que tenga una cama, será suficiente -murmuró.

-Hay una cama, pero no está hecha.

Minerva se apresuró a sacar sábanas, mantas y almohadas de un armario. Cuando luego se acercó a él, vio que se tambaleaba y lo sostuvo con fuerza.

-¡Eh, quieto ahí! -dijo mientras lo llevaba junto al lecho-. Bueno, ahora puede tenderse.

-Gracias -murmuró Luke entre dientes, y se dejó caer con tanta rapidez que la arrastró consigo.

-Suélteme.

-¿Mmm?

Otra vez se había dormido como un tronco, totalmente ajeno a ella. Sin embargo, el calor de su cuerpo envolvió a Minnie de modo alarmante hasta casi hacerle perder el control de sí misma. Durante unos segundos, sintió la tentación de quedarse allí, abrazada a Luke. Hacía tantos años que no se encontraba en los brazos de un hombre que no era fácil separarse de él. Pero no, no podía permitirse esa debilidad.

Con todas sus fuerzas se apartó unos centímetros y le propinó un puñetazo en la mandíbula. Como por arte de magia, Luke relajó los brazos y al fin ella pudo liberarse.

-Lo siento.

-¿Mmm?

Minerva lo cubrió con una manta y salió silenciosamente.

Luke despertó al amanecer. Se encontraba en un lugar extraño. Situada en una esquina de la pequeña habitación estaba la estrecha cama donde había dormido. El resto del mobiliario consistía en una cómoda, una silla y una lámpara. Y nada más.

Tras levantarse, Luke abrió la puerta que conducía a la sala de estar, escasamente amueblada también. Sólo había un sofá, una mesa y dos sillas. El apartamento acababa en una pequeña cocina y un cuarto de baño.

Luke intentó poner en orden sus confusos pensamientos. Si sólo pudiera recordar con precisión... Aunque le pareció que la noche anterior había estrechado a una mujer contra su cuerpo y ella se había retirado con premura. ¿Quién era? No era Olympia, que solía visitar sus sueños. No, era más pequeña, con un cuerpo menos grácil que el de Olympia y con un poderoso derechazo, razón por la que sentía la mandíbula dolorida.

Luke se giró al oír el ruido de la puerta que se abría. Era la *signora* Manfredi, que en ese instante lo miraba con una descarada sonrisa.

Casi no la reconoció vestida con vaqueros y una camiseta.

-Así que ya se ha levantado -dijo de buen humor-. Es la tercera vez que vengo a verlo y dormía como un tronco. ¿Se encuentra mejor?

-Sí -respondió con cautela al tiempo que se llevaba la mano a la mandíbula.

Para su alivio, ella se echó a reír.

-Lo siento.

-¿Fue usted?

-Otra mujer tomaría la pregunta como un insulto. ¿Es que las féminas lo aporrean tan a menudo que no puede recordar cuál de ellas lo ha hecho?

-Creo que usted es la primera. ¿Dónde vi el cuarto de baño?

-No lo busque. Todo está desconectado. Suba a mi casa y le prepararé el desayuno.

Luke pudo contemplar el patio a la luz del día y apreciar el esfuerzo de los inquilinos por sacarle el mejor partido posible. A juzgar por sus ladrillos oscuros y la escalera de metal adosada a las paredes interiores, podría haber sido un lugar bastante triste. Pero los vecinos de la finca habían combatido la fealdad con flores. Las había de todas clases y colores, aunque las que más abundaban eran los geranios. Blancos, púrpura y rojos, aparecían por todas partes, sobre las barandillas, colgando de macetas, en el alféizar de las ventanas... La sola visión de las flores contribuía a levantar el ánimo.

El apartamento de Minnie se encontraba frente al que acababan de dejar, aunque un piso más arriba. En tanto el primero parecía una caja de zapatos, diseñado para una persona, el de ella, bonito y acogedor, era para dos e incluso tres habitantes.

Tras entregarle unas toallas, Minerva lo guió al cuarto de baño.

-En cuanto se haya duchado, serviré el desayuno.

La joven todavía estaba en la cocina cuando Luke salió del baño. Entonces aprovechó la oportunidad para echar un vistazo a su hogar. Toda la información que pudiera obtener sobre ella sería útil en la batalla venidera.

Mientras contemplaba la estancia, algo deteriorada pero deliciosa, Luke reparó en una estantería en la que había un florero con un ramillete que parecía recién puesto junto a la fotografía de un joven. El hombre se parecía a Charlie, aunque mayor que él. Luke concluyó que era Gianni.

-Era mi marido -dijo Minerva, a su lado.

De boca generosa y sonriente, los ojos brillantes y maliciosos, Gianni tenía el mismo aire encantadoramente irresponsable de Charlie.

-No se puede negar que es un Manfredi -observó Luke.

-Sí, es una tribu de locos. Pero yo los quiero. Gianni solía decir que podría haberme casado con cualquiera de ellos porque lo importante era pertenecer a la familia, aunque sabía que era único y especial para mí, como ningún otro hombre podría serlo. Déjela en su sitio, por favor.

Al ver que Luke vacilaba, Minnie le sacó la fotografía de las manos y la colocó en la estantería.

-Lo siento, no intentaba fisgonear.

-Sé que no lo hacía. Lo que pasa es que me es difícil hablar de él.

-¿Después de cuatro años?

-Así es. Siéntese a desayunar.

Aunque sonreía con amabilidad, Luke supo que incuestionablemente se había cerrado una puerta.

Minerva le sirvió unos huevos hechos a la perfección acompañados de un café delicioso. Y él se sintió en el paraíso.

-He visto a muchas personas desplomarse al final de una fiesta, pero nunca a causa de un zumo de naranja -comentó al tiempo que se sentaba frente a él-. Está claro que no puede competir

con Charlie.

-¿Es cierto que le pusieron el nombre por el emperador Carlomagno?

-Sí. Dicen que descienden de la antigua realeza.

-¿De verdad lo creen? Porque, si mal no recuerdo, todo eso sucedió hace doce siglos.

-¿Y qué? Por lo demás, ¿a quién le importa, si eso les hace felices?

-Se supone que un abogado debe velar por la verdad.

-Se equivoca, un abogado se ocupa de los hechos. Es muy diferente. En todo caso, eso queda para los tribunales. En la vida real es mucho mejor elaborar una fantasía bonita y gratificante.

-Usted no se parece en nada a los abogados que he conocido. Mantiene un despacho en la Via Veneto, la parte más cara de la ciudad y, sin embargo, vive en un barrio que dista mucho de ser acomodado. Tal vez debería subirle el alquiler.

-¿Cómo se atreve?

-Cálmese, era una broma. Quise hacer el papel de *Scrooge*, un cruel villano inglés.

-No tiene que explicármelo. Soy mitad inglesa, por parte de madre. Mi padre era italiano. Nací y viví aquí hasta los ocho años, cuando él falleció. Entonces mi madre volvió a Inglaterra y yo me crié allí.

Luke la miró fijamente.

-Es increíble. Lo suyo es como el reflejo de mi propia experiencia. Soy completamente inglés de nacimiento. Fui adoptado cuando fallecieron mis progenitores. Pero mis padres adoptivos se divorciaron y más tarde mi madre se casó con Toni Rinucci, un italiano de Nápoles. Desde entonces he vivido en esa ciudad.

-¿Y por qué tiene un nombre inglés?

-Porque los Rinucci son una familia ítalo-británica. La madre de Pietro, mi hermano adoptivo, era inglesa y él suele llamarme «el inglés» como un insulto.

Minnie rió con deleite.

-Gianni solía decir: «Como eres medio inglesa no comprenderás» y yo le arrojaba algo a la cabeza.

-¿Y no le gusta?

Ella negó enérgicamente con la cabeza.

-Siempre he querido pensar que soy italiana. Regresé a este país en cuanto pude y supe de inmediato que había llegado a mi verdadero hogar. Más tarde, conocí a Gianni y nos casamos poco tiempo después. Vivimos diez años juntos hasta que falleció -concluyó con rapidez. De inmediato fue a la cocina a preparar más café. Luke guardó silencio mientras pensaba en el súbito cambio que se había operado en ella. Tras unos minutos, Minnie volvió a la mesa, aparentemente repuesta-. Así que ya sabe por qué vivo aquí. Quiero mucho a esta familia. Netta es una madre para mí, y los hermanos de Gianni han sido como mis hermanos. Nunca me marcharé de esta casa.

-¿Pero en estos años no ha sentido la necesidad de un cambio? No me refiero a la vivienda, sino a un cambio emocional hacia la próxima etapa de su vida.

Ella frunció el ceño como si intentase comprender el significado de esas palabras.

-No -dijo finalmente-. Fui feliz con Gianni. Era un hombre maravilloso y nos amábamos. ¿Por qué habría de querer cambiar? Después de tanta felicidad, ¿cuál es la próxima etapa?

-Pero eso se acabó -lijo él con suavidad-. Terminó hace cuatro años.

Ella sacudió la cabeza.

-Cuando dos personas se han amado tan plenamente como Gianni y yo, la muerte no acaba con la relación. Él estará conmigo mientras yo viva. No puedo verlo, pero todavía está aquí, en nuestro hogar. Ésta es mi próxima etapa.

-Pero usted es demasiado joven para mantenerse en un estado de viudedad permanente -explotó Luke.

-¿Y quién es usted para decirlo? -inquirió con un toque de rabia-. Gianni siempre me fue fiel. ¿Por qué no podría serlo yo con él?

-Porque, por desgracia, él está muerto. ¿No puede haber más de un hombre en su vida?

-Desde luego, aunque sólo si yo deseo que lo haya.

Y con serena firmeza, Minerva dio por finalizado el tema.

-Gracias por el desayuno. Me marcho.

-Fijemos un día para enseñarle la finca y ver las reparaciones que hay que hacer.

-Ya me envió una lista exhaustiva.

-Sí, pero la realidad es peor. ¿Mañana le viene bien? Dispongo de la tarde libre.

-Me temo que no -mintió Luke-. Primero tengo que organizar mi agenda, pero me pondré en contacto con su secretaria -añadió. A juzgar por la mirada irónica de la joven, Luke comprendió que no la había engañado. Entonces la miró fijamente y en sus ojos Minerva leyó claramente que no iba a ser tan fácil doblegarlo-. ¿Me puede dejar la llave del apartamento donde dormí anoche? Quiero volver a verlo. Gracias.

Los días siguientes la agenda de Minerva estuvo tan llena que tuvo poco tiempo para reflexionar sobre el hecho de que Luke aún no se había comunicado con ella.

Para evitar las miradas curiosas de los inquilinos, empezó a llegar tarde por la noche. Sabía que estaban muy agitados ante la perspectiva de que realmente podría ayudarlos. El hecho de saber que el asunto se había atascado los dejaría muy desilusionados.

Tampoco podía decirles que parte de ella se alegraba de no ver a Luke. Nunca había hablado de su marido con extraños y, sin embargo, había contado cosas a ese hombre que ni siquiera habría confiado a la familia de Gianni.

Entonces tuvo que viajar a Milán a visitar a un cliente y se quedó una semana en la ciudad. En ese tiempo, su secretaria le informó que no había ninguna llamada de Luke.

La noche anterior a su regreso a Roma, decidió que ya era suficiente y llamó al hotel Contini.

-Lo siento, *signora*, pero el *signor* Cayman se marchó esta mañana -le informó el recepcionista.

Minerva voló a Roma maldiciéndose a sí misma. Él había vuelto a Nápoles y su oportunidad se había esfumado.

Cuando entró en el patio, Netta y sus chicos corrieron a abrazarla.

-Querida, eres un genio -exclamó su suegra al tiempo que la estrechaba entre sus brazos.

-No, Netta, soy una estúpida.

-Tonterías. Esperábamos tu llegada para decirte que estamos orgullosos de ti. Fue un golpe maestro. Todo el mundo lo comenta.

-¿Alguien me puede decir qué he hecho para que se me califique de genio?

Nadie dijo una palabra. Uno de los jóvenes tomó la maleta de Minnie y todos subieron la

escalera hasta llegar a la segunda planta. Entonces se abrió la puerta del apartamento que había estado vacío y apareció un hombre que la miró con sarcasmo.

-¿Qué... qué está haciendo aquí? -preguntó Minnie arrastrando las palabras.

-Vivo en esta casa -le informó Luke-. Me he mudado a este apartamento, aunque debo decir que su estado es deplorable. Lo primero que haré mañana será quejarme a mi casero.

Las reuniones de la comunidad de vecinos siempre se celebraban en casa de Netta. En esa ocasión había una atmósfera expectante.

Netta ofreció café y bizcochos a los inquilinos, que daban por sentado que sabía algo.

-Desde que Minnie llegó de Milán la he visto muy poco. Ha pasado en su oficina desde la mañana hasta la noche, así que no hemos tenido oportunidad de conversar -explicó Netta.

-Seguramente ha hablado con él en privado. Es posible que ella lo motivara a venirse a la *Residenza* -comentó un vecino.

Netta guardó silencio porque sospechaba que Minnie no había tenido nada que ver en la decisión del *signor* Cayman.

Por fin se abrió la puerta y Minerva entró apresuradamente con una gran cantidad de documentos bajo el brazo. Para desilusión de los vecinos, llegó sola.

-Prestad atención -dijo, crispada-. Tenemos mucho que conversar esta noche. Las cosas han cambiado, pero podemos tornarlas a nuestro favor.

Minerva se calló al ver que se abría la puerta.

-Siento llegar tarde -se excusó Luke. -¿Qué hace aquí?

-Pensé que hoy se celebraba la junta de vecinos. ¿Me he equivocado?

Una bulliciosa bienvenida de los asistentes ahogó la pregunta.

-Sí, hoy es la reunión, aunque creo que su presencia aquí no es conveniente.

-Pero yo soy un inquilino -dijo en tono ofendido-. ¿Es que no tengo los mismos derechos que los demás? Minerva inspiró profundamente.

-También es el propietario de la finca.

-Entonces tengo que asistir a la reunión para que me diga lo que piensa de mí -replicó con una sonrisa.

-*Signor* Cayman, si ha leído mis cartas, sabe muy bien lo que piensan los vecinos de usted.

-Pero usted le escribió al propietario y yo estoy aquí como inquilino. Tengo varias sugerencias para tratar con el dudoso personaje dueño de la propiedad. Verá, conozco sus puntos débiles. No hay nada como una información confidencial.

Todo el mundo se echó a reír. Minnie sabía lo que ese hombre tramaba. Fingía un tono amistoso sólo para influir sobre los inquilinos. Pero ella no estaba dispuesta a permitirlo.

-Tiene toda la razón -replicó con una fría sonrisa, como para darle a entender que la batalla había comenzado-. Aunque yo poseo información realmente valiosa acerca de este inmueble y de lo que necesita. Sin esos datos, usted no sabe nada. Y si realmente quiere estar informado, *signore*, sugiero que ahora mismo empecemos a inspeccionarlo.

-Pero el *signor* Cayman ya lo ha hecho. Fue a mi casa esta mañana y a la de Giuseppe por la tarde. Se mostró muy interesado y prometió que se haría cargo del asunto -intervino Enrico Tallini.

Lentamente, Minnie dejó escapar una gran bocanada de aire.

-Excelente noticia -dijo con la esperanza de que no se notara su confusión.

-¿Y yo? -preguntó una señora mayor-. ¿Cuándo irá a ver mi casa?

-Ésta es la *signora* Teresa Danto. Vive en la última planta, en un piso demasiado grande para ella. Necesita algo más pequeño y más abajo, para no tener que subir tantas escaleras.

-Entonces tendría que ir a verlo ahora mismo -dijo Luke al tiempo que ofrecía el brazo a Teresa.

La asamblea rompió en vítores y todos abandonaron la estancia detrás de Luke y la anciana.

CAPÍTULO 5

EL PISO de Teresa se encontraba en un estado razonable, aunque era demasiado grande para una persona. Tan pronto como entraron a la sala de estar, Luke se fijó en la fotografía de un hombre mayor.

-Antonio, mi marido -dijo Teresa con orgullo-. Vivimos muchos años aquí; pero ahora que ya no está, el piso se nos ha quedado grande a Tiberius y a mí -añadió con tristeza. Tiberius resultó ser un imponente gato negro que los miraba con soberana indiferencia desde el alféizar de la ventana-. Por favor, cámbienos más abajo. Estoy demasiado vieja para subir y bajar escaleras y a Tiberius no le gustan las alturas.

-En ese caso, podría mudarse a mi piso y yo me quedo con el suyo -sugirió Luke al instante.

Los demás inquilinos aprobaron bulliciosamente la idea y acompañaron a Luke a su apartamento.

-*Signora* Teresa, mañana podremos hacer la mudanza. Y tendremos que decorarlo.

-Ah, no. Así está muy bien -la anciana se apresuró a decir-. Eso me saldría muy caro.

-Caro para mí, pero no para usted -objetó Luke-. Y ya que es tan pequeño, el precio del alquiler será más bajo.

-¿Pagaré menos? -preguntó, extasiada-. Si es así, Tiberius podrá comer pescado todos los días.

La anciana estaba tan contenta que insistió en invitar a todo el mundo a su piso y, como los vecinos de la *Residenza* siempre estaban en ánimo de fiesta, todo el mundo subió con ella.

Luke se convirtió en el héroe del día. Minnie, que lo miraba con cinismo, sólo pudo maravillarse de la facilidad con que se estaba ganando a todo el mundo. Aunque su truco con Teresa había sido muy hábil, no solucionaba los daños del inmueble, pero ellos no parecían darse cuenta. Luke se acercó a ella.

-¿Le complace ver que me estoy comportando como un buen propietario?

-No se preocupe por mí. Es a ellos a quienes tiene que complacer.

-La verdad es que el infierno se congelará antes de que usted me reconozca alguna buena cualidad.

-Soy un dragón, ¿no lo recuerda? Buenas noches.

-¿No se quedará? -preguntó, escandalizado.

-Tengo que trabajar.

-No le hará bien para el dolor de cabeza.

-¿Cómo sabe que me duele la cabeza?

-Por el modo en que cierra los ojos. Estoy en lo cierto, ¿no es así?

-Sí, pero es una molestia pasajera.

-Dolerá más si no hace nada por calmarla. Hoy no se trabaja. Venga conmigo.

-¿Para qué?

-Vamos a tomar un café, conversar civilizadamente y celebrar nuestra tregua.

Mientras bajaban al patio, el ruido se apagó tras ellos y la joven experimentó una grata sensación de paz y quietud. Le extrañaba disfrutar de ese momento con Luke junto a ella y, sin embargo, era agradable.

Cuando salieron a la calle, Minerva inhaló una gran bocanada de aire fresco con la cara vuelta al cielo y una expresión de éxtasis.

-Supongo que parezco una loca -dijo cuando al abrir los ojos vio que Luke la observaba.

-No, aunque me parece que debería hacer esto más a menudo ¿Mejor ahora?

-Sí, el aire estaba muy cargado allá arriba.

Pasearon sin rumbo por las calles con sus *trattorias* todavía abiertas cuyas luces brillaban sobre el empedrado de la calzada. En una esquina, Luke entró en una farmacia abierta las veinticuatro horas del día.

-Para su cabeza -dijo cuando volvió junto a ella-. En caso de que no sea tan fuerte como dice.

-A veces no lo soy -convino ella-. A veces lo único que deseo es tumbarme en la cama y dormir.

-Acaba de cometer un fallo. Nunca hay que admitir una debilidad ante el adversario. Podría utilizar esta información para socavar su terreno.

-¿Lo hará? -preguntó riéndose sin alegría.

-Bueno, puede que no lo haga ahora.

-No olvide que también conozco una de sus debilidades. Es un hombre que lo pasa muy mal si no duerme lo suficiente. Pero no se preocupe, no se lo diré a nadie. Sólo utilizaré la información para socavar su terreno, cuando sea necesario.

Ambos se echaron a reír. En ese momento, la batalla estaba lejos. Minerva decidió que empezaría a luchar al día siguiente.

Luke la condujo a una terraza, pidió café para ambos y le entregó la cajita de calmantes.

-Gracias, no tomaré nada por el momento. Me siento mucho mejor.

Minutos después, Luke se quedó contemplándola mientras ella tomaba su café.

-Todo el mundo se apoya en usted, ¿no es verdad? -preguntó repentinamente.

-¿Qué?

-La noche que nos conocimos, usted fue a sacar a Charlie de la comisaría. Y no ha sido el único. ¿O me equivoco?

-Es cierto. Pero todas han sido infracciones leves. Cosas de la familia.

-Pero no son su familia. Se han apegado a usted y la cargan con todos sus problemas.

-¿Y por qué no? Soy la mujer fuerte y me gusta serlo.

-De acuerdo, le gusta. Pero hasta el más fuerte a veces necesita un descanso. ¿Alguno piensa en usted alguna vez?

-Sí, Netta. Ha sido mejor que mi propia madre.

Minerva sabía lo que Luke quería decir. Aparentemente, Netta era la matriarca de la familia, aunque la joven lo era de hecho, y precisamente por serlo, a veces se sentía aislada. Intentó

recordar cuándo había sido la última vez que había paseado por las calles del Trastevere como en ese momento y no lo logró.

De pronto, Minerva notó que alguien los observaba. Luke también lo vio.

-¡Hola!

Cuando el chico se acercó a ellos, Minerva notó que llevaba un perrito en los brazos.

-¿Es él...?

-Sí, es mi amigo. Me alegro de ver que ambos estáis bien.

-Y yo también me alegro de que usted se encuentre bien -dijo con formal cortesía-. Quiero darle las gracias por lo que hizo por nosotros la otra noche.

-Afortunadamente el incidente tuvo un final feliz.

-Pero fue arrestado. Seguro que le hicieron pagar una multa. Verá, yo tengo un poco de dinero de mis ahorros...

-No hace falta, todo está solucionado. No tienes de qué preocuparte -repuso Luke con amabilidad-. Aunque no deberías estar en la calle a estas horas.

En ese momento, se abrió una ventana en una de las viviendas sobre la terraza en que se encontraban.

-Giacomo, sube a casa de inmediato -gritó una mujer.

-Sí, *Mamma*. Él también quería darle las gracias.

Luke acarició la cabeza del cachorrito y luego el chico se marchó corriendo.

-¿Por qué me mira así? -preguntó Luke.

-Creo que lo juzgué mal. Nunca me lo habría imaginado en un hombre como usted.

Minerva lo dijo por la amabilidad con que había tratado al chico más que por haber comprobado que la historia del perrito era cierta.

Luke le adivinó el pensamiento.

-Es porque tengo hermanos menores.

-¿Usted lee la mente?

-Bueno, en este caso es fácil porque para usted soy el demonio en persona y le sorprende cualquier cosa que no calce con su prejuicio -comentó. Ella se echó a reír y Luke le tomó la mano-. Supongo que llegará el día en que no estaremos en frentes opuestos. Cuando eso suceda, me gustaría hablar ciertas cosas con usted.

No fue fácil responder porque los ojos de Luke estaban fijos en su mano y no en su rostro, aunque al parecer él no esperaba una respuesta. Tras apretar los dedos de la joven, Luke los llevó un instante a su mejilla y luego le soltó la mano.

Más tarde, continuaron paseando lentamente. La luna estaba en lo alto y ella se sentía invadida de una paz muy parecida a la felicidad.

-Tómese una aspirina antes de dormir -sugirió Luke cuando la dejó en la puerta de su casa.

Minerva negó con la cabeza.

-Ya no las necesito. El dolor se esfumó como por encanto.

-Buenas noches, entonces -dijo Luke mientras le apretaba la mano antes de marcharse.

Pasados unos días, Luke hizo que trasladaran los muebles de Teresa a su apartamento.

Más tarde, con la ayuda de algunos vecinos, subió los suyos al piso que Teresa acababa de abandonar. Cuando la tarea hubo concluido, los hombres compartieron una cerveza alegremente.

Entonces le tocó el turno a Luke de celebrar una fiesta en su nuevo hogar. Alegre y bulliciosa, fue una de las mejores que se habían organizado en la *Residenza*.

Minnie trabajó hasta tarde, así que llegó a última hora para compartir un vaso de vino y la alegría de Teresa.

-Vas a echarlo de menos, porque fue el hogar que compartiste con Antonio -comentó.

La anciana negó con la cabeza.

-Mi hogar con Antonio está aquí -declaró al tiempo que se llevaba una mano al corazón-. Y siempre estará aquí. Los ladrillos y el cemento no significan nada. Uno debe estar preparado para lo que la vida pueda ofrecerle en adelante.

Una mágica quietud se apoderó de Minerva. Le pareció oír susurros distantes llegados de lugares misteriosos, como si fuesen mensajes sólo para ella.

Entonces giró la cabeza y vio que Luke se encontraba muy cerca.

-Siento que no haya podido llegar más temprano.

-Lo intenté. Mire, le he traído un regalo con motivo de la fiesta de estreno de su casa.

Era un libro sobre el Trastevere, lleno de historias y bellas fotografías del pintoresco barrio romano.

Cuando Luke le dio las gracias, Minnie le respondió con una breve sonrisa y se marchó corriendo a casa, ansiosa por encontrarse en soledad.

Tras cerrar la puerta, pudo oír la misma música mágica que la había dejado en trance y las palabras de Teresa, que le habían llegado al alma. Con una copa de vino en la mano, sacó la fotografía de Gianni del estante y se hizo un ovillo en el sofá esperando el momento en que él se haría presente.

Había hecho muchas veces la invocación con éxito. Muy relajada, fijó la mirada en el rostro de Gianni hasta que se tornó vaga, casi desenfocada. Gradualmente, el entorno se hizo borroso. Y entonces sintió su «presencia».

-No sé lo que me sucede -suspiró-. Estoy confundida y no comprendo la razón.

Gianni habló en su mente:

-¿Es por él?

-En parte. Todo esto es una diversión para él, pero para los inquilinos de la *Residenza* no es ningún juego.

-¿Y si ellos resultaran beneficiados a pesar de tus dudas?

-¿Es posible? Aquí pasa algo que no entiendo.

-Puede que realmente sea muy simple y Netta esté en lo cierto.

-No -dijo ella rápidamente.

-Carissima, ¿por qué estás tan enfadada?

-Porque él me los está arrebatando -confesó con un suspiro-. Mi familia, mis amigos. Las personas que me miraban a mí ahora lo miran a él. Desde que te perdí, ellos son todo lo que tengo y todo lo que quiero.

Entonces se hizo el silencio. Minerva esperó largo rato a oír algo más. Pero no sucedió nada.

«Carissima, ¿por qué estás tan enfadada?» Minerva recordó la pregunta que a veces Gianni le hacía. A lo largo de su vida en común, ella solía mostrarse bastante temperamental. Gianni, en

cambio, siempre había sido un hombre tranquilo, relajado, de buen talante, que sabía esperar hasta que pasaba la tormenta.

De pronto se sintió sola y cansada. Entonces abrazó la fotografía de Gianni y pensó en Teresa, que llevaba a Antonio dondequiera que fuese.

Poco a poco, la finca iba quedando silenciosa y las luces empezaban a apagarse. Luke miraba por la ventana esperando el momento en que no hubiera nadie en la escalera. Luego bajó silenciosamente a la casa de Minnie. Le preocupaba la tristeza que había visto en su rostro antes de marcharse.

Una ventana de la sala de estar daba directamente a la escalera y las cortinas se encontraban un poco descorridas. Luke se detuvo a mirar.

Minerva estaba hecha un ovillo en el sofá junto a una pequeña lámpara que iluminaba suavemente la estancia. Entonces notó que sus labios se movían y que tenía los ojos fijos en la fotografía que mantenía en el regazo.

Con la respiración contenida, Luke se quedó inmóvil, incapaz de creer lo que veía.

Sin embargo, tuvo que creerlo cuando ella estrechó la fotografía de Gianni contra su pecho.

Minerva había encontrado consuelo, aunque no en él. Entonces optó por alejarse. Allí no había lugar para él.

Como parte del amueblado de su nuevo hogar, Luke compró un par de estanterías para montar por sí mismo y pronto cayó en la cuenta de que no tenía talento para el bricolaje. Cuando intentaba manipular un destornillador, se hizo un corte en los dedos. Como no había esparadrapo en la casa tuvo que envolverse la mano en un pañuelo e ir a la farmacia que quedaba al final de la calle.

Al bajar la escalera, vio a una mujer vestida rigurosamente de negro y por un momento tuvo la seguridad de que era Minnie. Luke la llamó un par de veces, pero la mujer no lo oyó y en unos segundos desapareció de su vista.

Tras comprar una caja de esparadrapo, Luce volvió a la casa por un estrecho callejón que desembocaba en una calle aledaña a la *Residenza*. El callejón pasaba por la parte trasera de una iglesia desde donde se podía ver el cementerio. Era un lugar pequeño y apacible cubierto de césped y lápidas de piedra. Mientras lo contemplaba, Minerva salió de la iglesia. Iba con la familia Manfredi en pleno. Los hermanos marchaban en procesión, con Netta y Minnie a la cabeza.

Luke permaneció inmóvil, casi oculto entre los árboles.

A juzgar por la ropa oscura que llevaban se trataba de un día muy especial, tal vez el cumpleaños de Gianni o el aniversario de su fallecimiento.

Luke se preguntó qué significaría para ella en la actualidad, tras cuatro años de ausencia. ¿Sufriría por él como recuerdo o como marido? ¿Todavía estaría vivo para ella?

La procesión se acercó a una lápida un tanto separada de las otras. Netta y algunos hermanos lloraban, pero Luke tenía la mirada puesta en Minerva. Todos se inclinaron a depositar su ramo de flores sobre la lápida.

En ese momento, Luke supo que debía marcharse, pero algo lo retuvo allí.

Minerva permanecía entre ellos, arrodillada ante la tumba de su marido, pálida y serena.

Más tarde, empezaron a alejarse lentamente. Minnie hizo una pausa y se volvió para echar una última mirada. Sus ojos estaban cargados de angustia y desolación. En esa mirada, Luke pudo ver todo lo que le habría gustado negar. Al fin pudo comprender que la alegría de su vida estaba sepultada junto a su marido. Luke se llevó las manos a los ojos, incapaz de soportar esa visión.

Cuando alzó la cabeza, vio que Minerva lo miraba fijamente con una expresión de

indignación. Seguro que pensaba que deliberadamente había ido a espiarla. Entonces, ella le dio la espalda y se dirigió a la iglesia.

Luke se alejó apresuradamente hacia la *Residenza*. Necesitaba un momento de reflexión en soledad. Ante sus ojos, Minerva se había convertido en otra persona. La había conocido como una mujer dura, divertida, fría y controlada. La otra noche, había sido testigo de su dulce melancolía abrazada a la fotografía de Gianni. Sin embargo, la mujer del cementerio, asolada por el dolor, le pareció diferente y terrible.

Al atardecer, Luke fue a su apartamento. Las luces estaban encendidas, pero había corrido las cortinas.

-Minnie -llamó mientras golpeaba la puerta-. Minnie, abra por favor. Debo verla.

La puerta se abrió unos centímetros.

-Váyase.

-Me iré cuando hayamos hablado. Por favor. Déjame entrar -pidió, tuteándola sin darse cuenta-. He venido a pedirte que me perdones.

Muy a su pesar, ella retrocedió para dejarlo pasar. Parecía que la breve intimidad de la otra noche nunca hubiera existido. En ese momento era su enemiga, aunque no a causa de los problemas de la Residenza.

-¿Crees que con disculparte vas a borrar el hecho de que me estabas espiando?

-No es cierto. Fui a la farmacia y decidí volver a casa por esa calle. Fue una simple casualidad. Debes creerme.

Ella se volvió hacia él y Luke pudo ver su rostro pálido y amenazador.

-De acuerdo, te creo -dijo con fatiga-. Pero esto no te incumbe y no deseo hablar de ello.

-¿Hablas alguna vez con alguien?

Ella se encogió de hombros.

-Realmente, no. Algunas veces hablo con Netta.

-¿No crees que deberías hacerlo? -preguntó con suavidad.

-¿Para qué? -replicó con vehemencia-. ¿Por qué no puedo tener algo de intimidad? Los recuerdos de mi relación con Gianni me pertenecen. ¿Es que no puedes comprenderlo? Es algo sólo entre Gianni y yo.

-Excepto que no hay ningún Gianni -replicó con repentina aspereza-. Ahora sólo es un recuerdo. O quizá nada más que una fantasía.

-¿Y qué importa? Me hizo feliz en el pasado y continúa haciéndolo. Una felicidad que no muchas personas han experimentado en su vida. Y quiero conservarla.

-Pero no puedes conservarla, Minnie. Se ha ido, aunque prefieras volver la espalda a la vida antes que admitirlo.

-¿A quién le importa la vida si posees algo mejor?

-No hay nada mejor.

-Algunos ignoran lo que significa estar tan unido a una persona que es como si ambos fueran un solo ser. Una vez que la has tenido, no la pierdes jamás. Así que no puedes dejar que se marche. ¿Por qué deberías persuadirme de lo contrario?

-¿Es que no ves que eres demasiado joven para vivir con un fantasma? -repuso, en un tono casi de ruego.

-Lo único que veo es que no tienes derecho a interferir en mi vida. Lo que haga o deje de hacer no tiene nada que ver contigo.

-No puedes impedir que desee evitar que arrojes tu vida por la borda.

-Puedo hacer con ella lo que quiera -replicó, frustrada por su falta de comprensión-. Mira, eres un buen hombre...

-Sé sincera. Eso no es lo que en realidad piensas de mí.

-¡De acuerdo, no! Creo que eres muy suficiente, entrometido, condescendiente, arrogante... Un hombre que se divierte haciendo juegos mentales conmigo. No me agradas. Eres demasiado seguro de ti mismo. ¿Te parezco suficientemente sincera ahora?

-Está muy bien para empezar.

-Entonces márchate y déjame sola, por favor.

-¿Para qué? ¿Para mantener otra charla con un hombre que ya no existe? -inquirió con dureza-. ¿A cuál de vosotros desagrado más? ¿A él o a ti?

-A ambos.

-¿Y haces todo lo que él te dice? -gritó.

-¡Vete de aquí!

Luke nunca había tenido intención de pronunciar esas palabras, pero la obstinación de Minerva había hecho surgir en su interior algo cruel y peligroso que le obligó a marcharse dando un portazo.

Entonces salió apresuradamente de la *Residenza* y pasó el resto de la noche paseando por las calles del Trastevere, sumido en negros pensamientos.

CAPÍTULO 6

AL DÍA siguiente, la secretaria de Minerva llamó al *signor* Cayman para citarlo formalmente en el despacho. Luke se puso un traje gris, una camisa blanca y corbata de color rojo oscuro.

Más tarde, al ver la lujosa y amplia estancia, el gran ventanal y las paredes cubiertas con estanterías llenas de textos jurídicos, se alegró de su aspecto.

Minnie también llevaba un sobrio traje gris y blusa blanca. Luke pensó en gastarle una broma sobre la semejanza de la vestimenta, pero desistió al ver su cara. Estaba pálida, muy poco maquillada y con el pelo tirante hacia atrás.

-No hacía falta tanta formalidad -observó Luke.

-No sé a qué se refiere.

-¿No lo sabes? Bueno, no tiene importancia.

-*Signor* Cayman, si nos atenemos al asunto que nos interesa, creo que avanzaremos más rápidamente.

Su tono impersonal era el de una mujer dueña sí misma que mantenía la situación bajo control. Aunque bajo esa serenidad Luke percibió una tensión que le hizo observarla más atentamente y descubrir unos ojos sombríos y atormentados.

-Lo siento -dijo, sin poderlo evitar.

-No hace falta disculparse si nos atenemos estrictamente a los negocios.

-Me refería a las cosas que dije la otra noche. No tenía derecho. No era asunto mío.

-Perdóneme -dijo ella rápidamente y salió de la habitación.

La secretaria le llevó un café y Luke lo bebió mientras contemplaba la hermosa vista de Roma desde la amplia ventana.

Minnie regresó minutos más tarde, totalmente repuesta.

-Le ruego que me disculpe. Había olvidado que tenía que hacer una llamada urgente.

-No hay problema.

Luego se sentó tras su mesa de trabajo y le indicó una silla frente a ella.

-Entiendo que ha inspeccionado la finca a fondo y ha comprobado por sí mismo que hay que hacer varias reparaciones.

-Así es -repuso Luke al tiempo que abría su cartera-, aunque tal vez no compartamos el mismo criterio al respecto. Creo que hacer reparaciones como las que usted propone no son más que soluciones de parche. Hay que renovar la finca entera. No se trata sólo de trozos de yeso que se desprenden de las paredes sino de estructuras de madera podrida que hay que cambiar por completo.

-Sus inquilinos estarán muy contentos.

-Minnie...

-Creo que *signora* sería más apropiado -lo interrumpió al tiempo que desviaba la vista a la pantalla del ordenador.

Luke sintió que empezaba a perder la paciencia. Muy bien. ¡Si ella quería jugar duro, él estaba de acuerdo!

-Muy bien, *signora*, permítame explicarle mi punto de vista. Actualmente mis inquilinos están pagando la mitad de la renta que corresponde a esa zona, razón por la que posiblemente mi predecesor tuvo problemas financieros.

-El Trastevere no es un barrio acomodado.

-Permítame decirle que, según mis averiguaciones, ha crecido mucho en los últimos años. Las personas que no podían permitirse rentas caras en el resto de Roma empezaron a trasladarse a ese sector y elevaron su categoría. Y eso trajo como consecuencia que tanto los precios del suelo como de las viviendas a estrenar y las de alquiler, subieran considerablemente. Hoy por hoy, el Trastevere es un barrio de moda.

-Veo dónde quiere llegar. Una promotora inmobiliaria le ha hecho una oferta y proyecta vender la finca. Olvídelo. Su predecesor intentó hacer lo mismo, pero yo lo obligué a desistir probando ante los tribunales que los vecinos de la *Residenza* están protegidos legalmente. No pueden ser expulsados hasta que se cumpla un plazo de diez años. Eso desanimó a los promotores inmobiliarios, aunque algunos intentaron emplear tácticas intimidatorias. Es posible que hayan deseado no haberlo hecho, como podrá comprobar si intenta desafiarme.

-¿Me permite hablar? -disparó Luke-. Deseo hacerme cargo personalmente de todas las obras que requiera la *Residenza* con la ayuda de la comunidad de vecinos. Y respecto a tácticas intimidatorias, si eso es lo que piensa de mí, no sé por qué nos tomamos la molestia de hablar. ¡Así que váyase al diablo por pensar algo así! -exclamó al tiempo que arrojaba los documentos sobre la mesa y luego se acercaba a la ventana a grandes zancadas.

Y allí se quedó, fingiendo mirar la ciudad sin ver nada. Todo lo que podía percibir era el torbellino de su propia mente. No le importaba tanto la opinión de Minerva sobre él como esa actitud despectiva que lo sumía en el desaliento.

-Le pido disculpas -dijo Minnie a sus espaldas-. No debí haber hablado con tanta aspereza. Debo confesarle que no me gusta que me tomen por sorpresa y usted siempre me sorprende. Entonces voy al ataque directo.

-Lamento mucho lo del otro día -Luke se arriesgó a decir-. Créame que no la espiaba. Fue

una casualidad.

-Lo sé. Pero a veces no me gusta que me miren.

-Pienso que eso le sucede la mayor parte del tiempo -insinuó con calma.

En ese momento sonó el teléfono y Minerva habló casi diez minutos.

-¿Podría decirle a su secretaria que no pase más llamadas hasta que hayamos terminado? -sugirió cuando ella hubo cortado la comunicación.

-No puedo. Tengo un asunto importante esta mañana.

-Y así aprovecha la oportunidad para escapar de mí, ¿verdad?

Antes de que ella pudiera responder, el teléfono volvió a sonar.

Sin pensarlo dos veces, Luke se abalanzó sobre el auricular, lo levantó un segundo y luego lo colocó de golpe en su sitio. A continuación, aferró a Minerva de la mano y salió con ella precipitadamente de la habitación.

-¿Pero qué pretende hacer? -exclamó, indignada.

-Llevarla a un lugar donde no pueda escapar -respondió sin soltarle la mano.

Cuando salieron al otro despacho, la mirada curiosa de la secretaria obligó a Minerva a mostrarse alegre.

-Por favor, encárgate de los mensajes hasta mi vuelta -alcanzó a decir.

-¿Y cuándo será eso?

-No tengo ni idea -se las arregló para responder antes de que la puerta se cerrara a sus espaldas.

-Una sabia respuesta -dijo Luke en tono irónico.

-¿Qué clase de hombre es usted? -inquirió cuando bajaban en el ascensor.

-Un hombre poco inclinado a que lo desorienten. Un hombre que cree en la acción directa.

-¿Así que intenta convertirme en su prisionera? ¿Y dónde me va a encerrar? ¿En un calabozo?

-Espere y verá -dijo con una repentina sonrisa.

Al ver su expresión sonriente, Minerva sintió que un escalofrío le recorría la espalda. Aunque la actitud imprevisible de Luke era exasperante, en ese momento sentía una gran curiosidad por saber qué pensaba hacer con ella.

Hicieron el trayecto al «calabozo» en una de las calesas que recorrían las calles de Roma.

-Al lago de los jardines de la *Villa Borghese* -indicó Luke al cochero mientras los dos se acomodaban en el asiento.

-¿Me va a arrojar al lago?

-No me tiente -repuso, sin soltarle la mano.

Al final de la Via Veneto, el cochero entró en los jardines y muy pronto los caballos trotaron bajo las tupidas ramas de los árboles que ocultaban el sol hasta que al fin llegaron al lago con sus aguas resplandecientes bajo la cálida luz estival.

Tras bajar del carruaje, Luke la condujo a un lugar donde alquilaban botes.

De pronto, Minerva se estremeció al tiempo que intentaba librarse de la mano de Luke.

-Aquí no, Luke.

-Sí, aquí -replicó con firmeza y sin soltarla-. Vamos a dar un paseo en bote. Nos relajaremos,

hablaremos y nos olvidaremos de todo, salvo de que hoy hace un día precioso.

-Pero...

-¡Silencio! Le dije que no hay escapatoria y va en serio. *Signora avvocato*, hoy hará lo que se le dice, aunque sea por una vez en su vida.

Minerva se instaló en la proa y no dejó de mirarlo mientras Luke remaba hacia el centro del lago.

-Tenía razón -bromeó-. No hay escapatoria.

-Siento haber estado tan agresivo.

-No importa, tenía que suceder. Supongo que me puse muy tonta.

-Siempre me parece descubrir una nueva persona en usted. A veces veo una mujer en ánimo festivo, otras, una mujer muy maternal y a veces, como hoy, una dura letrada.

-Ya me había visto actuar como abogada.

-Pero no como hoy. Mantenía una actitud agresiva, como si tuviera que combatir contra el mundo. ¿O sólo contra mí?

-No. Contra el mundo.

-Mantiene una lucha en su interior que nadie conoce, ¿verdad?

Ella asintió.

-¿O tal vez Gianni lo sabe?

Luke no ignoraba que era una pregunta arriesgada, pero en lugar de saltar fuera de la embarcación, ella negó con la cabeza.

-En vida de Gianni no hubo necesidad de pelear.

-Signora...

-Minnie -lo corrigió.

-Minnie, ¿me harías el favor de soltarte el pelo?

La joven se echó a reír e hizo lo que él le pedía.

-¿Así está mejor?

Luke contempló los rubios cabellos que le enmarcaban el rostro.

-Mucho mejor. Ahora sí que te pareces a la verdadera Minnie.

-No sabes nada de ella.

-Es cierto, porque es muy cambiante y siempre me confunde.

-Podría decir lo mismo de ti. A veces eres un recluso, a veces un hombre con ánimo festivo y a veces un despiadado magnate. Entonces es lógico que intente adaptarme a esas personalidades.

-¿Y qué soy ahora?

-El hombre de las cavernas. El que me ha arrastrado a un lugar del que no podría escapar.

-A menos que quieras saltar al agua. No sé si el lago es muy profundo, pero sé que el agua está muy sucia.

Minerva dejó escapar una risita que a él le pareció deliciosa y que acabó en una dulce sonrisa.

-¡Qué extraño! -exclamó de pronto. Son exactamente sus mismas palabras.

-¿A quién te refieres? -preguntó Luke con inquietud, como si ya hubiera anticipado la

respuesta.

-A Gianni. Aquí fue donde me propuso matrimonio -comentó con los ojos fijos en el agua.

Luke sufrió tal conmoción que no pudo evitar que un remo se soltara de su mano.

-No te asustes -dijo ella al tiempo que se lo pasaba.

-¿Por eso no querías venir al lago?

-Por eso.

-Oh, Dios, y yo te obligué. No sabes cómo lo siento.

-No te preocupes. Me alegra que me hayas traído. Nunca había vuelto desde que Gianni partió. Era como una muralla que se alzaba ante mí y que me sentía incapaz de saltar. Tú me has ayudado a superarlo.

La tensión desapareció de repente y su expresión se tornó apacible.

Ella tenía su propio mundo que sólo compartía con Gianni y nadie más podía tocarlo. Entonces Luke maldijo la mala suerte que lo había impulsado a ir al lago. Justamente al lugar donde había pensado alejarla del fantasma de su marido.

Luke remó en silencio bajo el sol inclemente hasta que la chaqueta empezó a incomodarlo.

-Tu traje no es lo más apropiado para un ejercicio como éste. ¿Por qué no te quitas la chaqueta? -sugirió amablemente. Con gran alivio, Luke se la sacó de inmediato. Minnie la dobló cuidadosamente y la puso junto a ella-. Y si te quitas la corbata podrás abrir el cuello de la camisa. Aunque menos formal, así estarás más cómodo.

-Gracias.

-De nada -respondió la joven con una sonrisa.

Fue una bendición abrir los botones superiores de la camisa y sentir el aire fresco en el cuerpo. Aunque de inmediato se dio cuenta de que estaba empapado. La camisa se le pegaba al cuerpo al tiempo que realzaba los músculos del torso. Si hubiese estado con otra mujer, no le habría importado impresionarla con su atlética estructura; pero con Minnie se sentía incómodo, incluso avergonzado.

Tras lanzarle una mirada, Luke comprobó con alivio que ella parecía no darse cuenta. Estaba reclinada contra la proa, con la cara vuelta al sol y una suave sonrisa en los labios. Luke la contempló embelesado y deseó quedarse así para siempre.

Sentía que su cuerpo vibraba y el corazón le empezó a latir apresuradamente al recordar la noche de la fiesta, cuando lo llevó a la cama y más tarde ella tuvo que luchar para liberarse de su abrazo.

En realidad no recordaba el puñetazo, pero la sensación del cuerpo femenino estrechamente unido al suyo volvió a apoderarse de él en ese momento. Y el hecho de saber que no podía llegar a ella no hizo más que intensificar esas sensaciones hasta la desesperación.

-¿Aceptaste la proposición de Gianni de inmediato? -preguntó con el objeto de alejar los pensamientos que bullían en su mente.

-Estaba tan enamorada que lo único que pude hacer fue abrir y cerrar la boca como un pez fuera del agua -respondió en un tono soñador y una sonrisa en los labios.

-¿Y qué dijo él?

-«Si no me dices que sí, te arrojaré al agua». Y yo le dije que sí. Más tarde me contó que habría deseado no haberlo hecho de esa manera porque nunca sabría si me había casado con él por amor o por evitar caer al agua -respondió con una risita-. ¿Por qué me miras así? -preguntó, tras una breve pausa.

-¿Ves a Gianni en muchos lugares?

Minerva consideró la pregunta con seriedad.

-No lo veo, lo siento dentro de mí, especialmente en los lugares donde estuvimos juntos. A menudo veníamos a este lago y recordábamos el día que me propuso matrimonio.

Luke deseó preguntarle si Gianni se encontraba allí en ese momento, pero se tragó las palabras. ¿Para qué torturarse más?

-Debo regresar a la oficina -suspiró Minerva, minutos después.

-Quedémonos un rato más en el lago. Luego iremos a comer y al infierno con el trabajo.

-No puedo -dijo ella, a su pesar-. Esta tarde debo recibir a unos clientes.

-Posterga la reunión.

-Luke, no puedo abandonar a las personas que me necesitan.

-Pero no hemos hablado de nada.

-Que te sirva de lección por ser un cavernícola.

Luke comprendió que con eso tenía que contentarse. Entonces remó hasta la orilla y la ayudó a bajar de la embarcación. Más tarde, una calesa los llevó a la Via Veneto. Minerva hizo una pausa en la puerta del edificio.

-Dejaremos los negocios para otro día.

Luke no quería hablar de negocios con ella. Quería besarla. Sin embargo, inclinó la cabeza a modo de cortés despedida y se marchó.

Unos cuantos minutos bajo el sol fueron suficientes para secarle la camisa. Entonces llamó al banco y acordó una cita para ese mismo día. Para hacer tiempo, decidió regalarse una excelente comida y sólo bebió agua mineral para mantener la cabeza despejada. En esos momentos actuaba como un hombre de negocios, así que tras la comida pasó más de una hora en el restaurante haciendo cálculos.

La reunión que mantuvo en el banco fue muy satisfactoria. Luke salió del edificio con la impresión de tener todo bajo control, lo que siempre le hacía sentirse mejor.

Sin embargo, se sentía inquieto, así que para calmar el desasosiego hizo todo el camino a pie hasta la *Residenza*. Llegó cuando empezaba a oscurecer y muy pronto se encendieron las farolas amarillas de la calle.

Algunos vecinos estaban sentados en la escalera del patio. Luke charló brevemente con ellos, deseoso de darse una ducha cuanto antes.

Cuando subía el último tramo de escaleras, se permitió echar una mirada a las ventanas de Minnie. Las luces estaban encendidas, señal de que se encontraba en casa.

Luke entró en su piso. De inmediato se quitó la ropa, entró en el cuarto de baño y encendió el termo del agua. Entonces se produjo la explosión.

Las impresiones se agolpaban en su cabeza sin orden ni concierto.

El ruido espantoso, el golpe en la cabeza al estrellarse contra la pared, llamas, la terrible impotencia de estar tendido en el suelo casi inconsciente, incapaz de moverse y salvarse...

Luke pudo oír a lo lejos unos fuertes golpes en la puerta hasta que lograron abrirla y varias personas entraron precipitadamente en el cuarto de baño. Luego lo arrastraron afuera y otros vecinos se encargaron de combatir las llamas. El dolor era horrible, aunque se mantenía consciente. Sólo era capaz de mover la cabeza de un lado a otro en un intento por comprender lo que estaba sucediendo.

Al sentir que iban a sacarlo del piso, pensó que no debían hacerlo porque estaba desnudo. Quiso decir algo, pero cuando abrió los ojos vio el rostro de Minnie sobre el suyo. La joven lo acunaba entre sus brazos mientras las lágrimas corrían a raudales por sus mejillas.

-¡Oh, Dios! ¡Otra vez no! ¡Otra vez no! -exclamaba entre sollozos.

Entonces Luke se desvaneció y no supo más, hasta que horas más tarde despertó en la cama de un hospital.

Sentía un punzante dolor en el lado derecho y una sensación abrasadora en la cara que se tornaba insoportable en el brazo derecho.

Luke dejó escapar un gemido sofocado y de inmediato apareció la cara de una mujer ante sus ojos.

-Ha despertado. Muy bien. Los calmantes harán efecto de inmediato.

Luke agradeció esas palabras con una especie de gruñido.

-¿Qué ha sucedido? -susurró.

-El termo del cuarto de baño explotó prácticamente en su cara y le dio de lleno en el cuerpo. Tiene suerte de estar vivo. Hay quemaduras leves en la cara y en el lado derecho del cuerpo, aunque el brazo está más afectado. No tema, se va a curar. Ya está fuera de peligro.

En ese momento, Luke pudo recordar. Acababa de desnudarse y antes de entrar en la ducha el mundo estalló a su alrededor. Luego, comprobó horrorizado que la mujer era una monja.

-¡Oh, señor! Lo siento, hermana.

-Doctora -corrigió ella con firmeza.

-Doctora, espero no haber herido la sensibilidad de las hermanas.

-No se preocupe, joven -dijo con buen humor-. Aquí no nos asustamos fácilmente. Por lo demás, ingresó decentemente cubierto. Sus vecinos se ocuparon de ello.

-Menos mal -murmuró, agradecido.

Pero entonces otros recuerdos asaltaron su mente. Minnie. Estaba allí cuando lo arrastraron fuera del baño. Había estado desnudo entre sus brazos mientras ella lo acunaba llorando. «¡Oh, Dios, otra vez no!», había exclamado. Luke intentó pensar con lucidez. ¿Realmente había sucedido o sólo era producto de su afiebrada imaginación?

Los calmantes hicieron efecto y repentinamente se hizo la oscuridad en su mente.

CAPÍTULO 7

CUANDO Luke volvió en sí, notó que todavía estaba oscuro fuera.

Entonces giró la cabeza con mucha dificultad y vio a Minnie de pie junto a la ventana, de espaldas a él. Intentó hablar, pero apenas logró modular un sonido audible. Minerva sintió que Luke se removía en la cama, aunque necesitaba una pausa antes de volverse a mirarlo. Sus lágrimas podrían ser muy reveladoras. El estruendo de la explosión se repetía una y otra vez en su cabeza. Mientras se precipitaba hacia él con el corazón desbocado ante la visión del humo y las llamas, le había parecido que todo se ralentizaba y, en lugar de correr, avanzaba penosamente como si el suelo estuviera impregnado de pegamento.

Luego había distinguido a algunos vecinos que lo sacaban del cuarto de baño y lo tendían en el pasillo. Entonces se vio arrodillada junto a él meciéndolo contra su cuerpo mientras la vida se le escapaba. Como aquella otra vez. ¡Por favor, otra vez no! Mientras lo estrechaba contra su pecho rogaba, rezaba, imploraba a un poder desconocido porque no podría soportar una segunda vez. Lo

vecinos lo sacaron de sus brazos y bajaron la escalera con él. Minerva, detrás de ellos, insistió en acompañar a Luke en la ambulancia.

Ya todo había pasado. Él estaba a salvo. Le habían curado las heridas y, en general, tenía buen aspecto. Debería estar contenta y relajarse, pero todavía gritaba horrorizada en su interior mientras las lágrimas inundaban sus mejillas.

-Minnie -llamó él con una voz apenas audible.

No podía seguir fingiendo que no lo oía. Así que se secó los ojos mientras se obligaba a serenarse. Luego se volvió con una sonrisa.

Como a través de una niebla, Luke notó que se acercaba y luego la vio inclinada sobre él.

-Tienes la cara tiznada.

-Por el humo -explicó ella mientras se frotaba la mejilla.

-Lo siento. ¿Te hiciste daño?

-En absoluto. No te preocupes por mí. Me iré pronto para dejarte descansar, pero dime, ¿cómo me puedo comunicar con tu familia?

-No es necesario. Prefiero no preocupar a mi madre. Pensará que las cosas han sido peores de lo que en realidad fueron.

-Sí, tuviste suerte.

-La suerte se la debo a los vecinos que corrieron a rescatarme. Supongo que lo hicieron con la esperanza de mantenerme vivo hasta que las reparaciones queden hechas -añadió con ironía.

-Deja de andar a la caza de un cumplido. Sabes que eres un hombre muy popular entre ellos.

-Aunque tú todavía te preguntas por qué, ¿no es así?

En otra ocasión Minnie habría disfrutado del placer de bromear con él, pero en ese momento sentía un nudo en la garganta y temía romper a llorar otra vez.

-No le he dedicado el menor pensamiento a eso. Y ahora, ¿podríamos hablar en serio un momento? Debería comunicar lo sucedido a alguien cercano a ti. ¿Qué te parece si llamo a tu novia?

-¿Qué novia?

-La de la fotografía que guardas en el billetero. La descubrí el día que tuve que ir al Contini a buscar tu ropa y el carné de identidad. Tiene unos hermosos cabellos negros.

-¡Ah, ella!

-¿Ésa es la forma de referirte a la mujer de tu vida?

-Para ella nunca fui otra cosa que «Ah, él».

-Sin embargo, conservas su foto.

-Había olvidado que estaba en el billetero. Será mejor romperla ya que se ha comprometido con mi hermano Pietro. De hecho... No sé... ¿Qué iba a decir?

Su mente parecía estar llena de nubes.

-No importa. Ahora descansa. Volveré mañana.

-Gracias por lo que hiciste por mí. Porque fuiste tú quien me sostuvo en sus brazos, ¿verdad? ¿O me lo imaginé?

-Duérmete. -Mmm.

Ella esperó un poco y, cuando estuvo segura de que dormía, lo besó en la frente.

Al día siguiente, Luke se sentía mejor, aunque todavía aturdido.

Netta fue a visitarlo con un cesto de frutas y una charla imparable.

-Todos preguntan por ti, Luke. Especialmente Benito, Gasparo y Matteo, que querían enviarte cerveza.

-Sí que es divertido -murmuró, con una débil sonrisa.

-Estabas en tal estado que pensamos que te ibas a morir, así que nos apresuramos a llamar una ambulancia y luego nos retiramos. Excepto Minnie, que insistió en venir contigo.

-Me alegro mucho de tener tan buenos vecinos.

Netta continuó parloteando hasta que una monja llegó en rescate de Luke y la hizo salir de la habitación.

-Gracias -dijo cuando la hermana volvió junto a él-. Es una mujer encantadora, pero...

-Se acabaron las visitas por hoy.

-Hermana, si viene la *signora* Manfredi, quiero verla. Es mi abogada y estamos proyectando entablar una acción legal contra el propietario de la finca.

Luke se quedó dormido nuevamente. Cuando despertó ya era de noche y Minnie se encontraba junto a él, otra vez dueña de sí misma.

-¿Te encuentras mejor?

-Creo que sí -murmuró-. Lo suficientemente bien como para oírte decir: «Te lo advertí».

-Lo dejaremos para otra ocasión -replicó con una leve sonrisa.

-Vamos, dilo de una vez. ¿No te alegra verme convertido en mi propia víctima? ¿No debería servirme de lección? Minnie, ¿qué ocurre? -preguntó al ver que ella se había llevado las manos a los ojos.

-No digas eso. No, por favor -rogó con la voz entrecortada.

-No estás llorando, ¿verdad?

-No, por supuesto que no -se apresuró a responder al tiempo que se frotaba los ojos-. Luke, pudiste haber muerto por la explosión.

-Teresa podría haber muerto -dijo con la voz enronquecida-. Es anciana. La impresión tal vez habría bastado para acabar con ella. Y yo tendría que haber cargado con esa culpa el resto de mi vida.

-Fue una suerte para ella haber cambiado el piso contigo -comentó Minnie, con suavidad-. Todos hemos tenido suerte. Gracias a Dios que lo tuyo no ha tenido más consecuencias que unas lesiones en el brazo y en la cara.

-Bueno, tampoco es una gran pérdida. Las mujeres nunca me han perseguido por mi belleza.

-Vamos, ni siquiera te quedarán cicatrices. Mira -dijo al tiempo que ponía ante sus ojos un pequeño espejo que sacó del bolso.

Luke se examinó con mirada crítica y dejó escapar un gruñido.

-Mi cara parece una langosta cocida.

-Sólo en un lado. Por lo demás, es una mancha roja que desaparecerá con el tiempo.

-Háblame de mi apartamento.

-Quedó negro por el humo. Apagaron el fuego casi de inmediato, pero no está habitable.

-Deseo que hagas algo por mí, por favor. Quiero termos nuevos para todas las viviendas de la *Residenza*, y eso será sólo para empezar. Cuando pueda volver a casa me ocuparé de las otras cosas. Y quiero vigilar las obras personalmente.

-Primero tienes que mejorar antes de pensar en algo más.

-¿Vendrás a verme otra vez?

-Desde luego.

La hermana a cargo de Luke apareció en la habitación y se acercó al lecho.

-*Signora*, me alegro de verla aquí -dijo con una sonrisa-. El *signor* Cayman me ha dicho que van a emprender una acción legal contra el dueño de la propiedad.

-¿Dijo eso?

-Oh, sí. Y me parece muy bien. Propietarios como él son personas despreciables. Si su casero estuviera aquí le pondría arsénico en el café.

-Y yo también -convino Luke con una mirada malévola dirigida a Minnie.

-Estás cansado dijo ella-. Es hora de irme.

Tras apretarle la mano, se marchó dejándolo al cuidado de la monja.

Tres días después, Luke se encontraba bastante mejor. Todavía estaba débil y tenía el brazo y la mano totalmente vendados.

La familia Manfredi en pleno lo visitaba todos los días.

-Netta, quiero irme de aquí -le dijo una tarde-. ¿Verdaderamente mi piso quedó tan mal?

-Lo siento, pero no podrás vivir allí durante un buen tiempo.

-¿Y qué me dices de un hotel? ¿Conoces uno cerca de casa?

-No puedes ir a un hotel. Te vendrás con nosotros.

-De ninguna manera, Netta. No deseo ser una carga para ti. Tendrías mucho trabajo conmigo.

Netta se puso a llorar ruidosamente. Entre hipos y sollozos intercalaba frases como que estaba claro que una vieja no podía disfrutar de la alegría de saber que alguien todavía la necesitaba, aunque estaba dispuesta a aceptarlo sin quejarse. Y así siguió imparable. Sus hijos escuchaban su gimoteo con una expresión que indicaba claramente que era un discurso muy conocido. Entonces, el marido se acercó al paciente.

-Harías bien en ceder, amigo.

Con una sonrisa comprensiva, Luke accedió a los ruegos de Netta y las lágrimas de la mujer se secaron como por encanto. Luego aceptó de buena gana las condiciones económicas que él ofreció.

Quedaron en que irían a recogerlo al día siguiente. Minnie llegó más tarde y Luke le contó las noticias. Ella las recibió con cierta reserva.

Sin embargo, habría quedado perplejo si hubiera podido oír la conversación que esa noche la joven sostuvo con Netta en la cocina.

-¿A qué estás jugando? -preguntó Minnie, furiosa-. Y no me mires con esos ojos inocentes porque eres más taimada que una anguila.

-Chica mala, deberías respetar a tu suegra.

-La respetaré cuando deje de intentar llevarme al altar a toda costa.

-¿Llevarte al altar? ¿Quién habla de matrimonio? Voy a cuidar a un hombre que no se puede

valer por sí mismo, eso es todo.

-¡Que me cuelguen si eso es todo! Este plan es producto de tu mente enrevesada.

-¿Y qué? Siempre has dicho que soy tu *Mamma*, y se supone que una madre tiene que darse maña para ayudar a su hija.

-No necesito ayuda -declaró con la esperanza de parecer firme.

-Desde luego que necesitas ayuda. Hace cuatro años que eres una viuda fiel al recuerdo de tu marido. Ahora tienes ante ti la posibilidad de encontrar la felicidad en la vida.

Minnie le lanzó una mirada cariñosa, aunque no carente de ironía.

-Así que lo haces sólo por mi felicidad, ¿eh?

Netta se encogió de hombros expresivamente.

-Luke es rico. Si te casas con él, no tendremos que pagar el alquiler nunca más en la vida.

-Netta, no sabes lo que haces. Esto no es un juego en el que puedas mover a las personas como si fueran peones en un tablero de ajedrez. No quiero a Luke aquí. Debe quedarse un tiempo más en el hospital.

-Si Luke viene a casa estará en tu poder, y eso es lo que quieres.

-¿De veras? ¿Así que ahora te has convertido en una experta en interpretar mis deseos?

-Por supuesto. Tú quieres un hombre.

-No a ese hombre -declaró la joven, con tozudez.

-Sí, a él. Es el hombre de tu vida, Minnie. Te lo dice tu *Mamma*.

-¿Quieres bajar la voz, por favor?

-Entonces compórtate como una buena chica y haz lo que se te dice. Como cualquier mujer inteligente, sabes que si está cerca de ti podrás conquistarlo.

-Bueno, puede que no sea inteligente.

-Tienes razón. Como letrada eres muy lista, pero como mujer eres una tonta.

-Gracias -dijo Minerva, enfadada.

Tomaso asomó la cabeza por la puerta de la cocina.

-Hija, escucha a Netta porque tiene razón. Además, lo tiene todo calculado.

-Deberíais sentir vergüenza -dijo Minnie, más calmada.

Sabía que sus suegros la querían sinceramente y eso le llegaba al corazón. Aunque no ignoraba que eran unos bribones bien intencionados que también confabulaban en su propio beneficio buscando la forma de salir adelante.

Así que, como siempre, se dejó seducir por el consuelo que encontraba en el afecto de esos seres que eran como verdaderos padres para ella.

Al día siguiente, no pudo presenciar el regreso triunfal de Luke a la *Residenza* porque pasó la jornada entera en los tribunales.

Cuando llegó a casa por la noche, vio que Charlie hacía guardia en la escalera.

-Ya está aquí -oyó que avisaba en el piso de Netta.

Todos salieron a recibirla y la hicieron entrar en la sala. Luke, arrellanado en un sillón, se levantó para saludarla.

Netta la obligó a sentarse a la mesa y fue a la cocina a calentar cena para ella.

-A juzgar por tu aspecto, ya deberías estar en la cama -dijo Minnie en voz baja.

-Estoy un poco cansado, pero Netta me cuida maravillosamente. Todos han hecho que me sienta como un miembro más de la familia.

-Eso es lo que me atemoriza -murmuró la joven-. Son encantadores, pero...

-Pero agotadores. Lo sé. No te preocupes. Netta dice que será como una madre para mí. Verás, ya tengo órdenes para mañana. Debo permanecer en cama hasta que la enfermera venga a cambiarme las vendas. Aunque más tarde me levantaré e iré a ver qué ha quedado de mi piso.

-No te fuerces. Necesitas toda tu energía para recuperarte. ¿Estás cómodo en la habitación?

-Sí, Charlie me ha cedido amablemente la suya y se ha mudado a una más pequeña.

-Habría sido mejor que te quedaras con ésa. Lo digo porque está al final del pasillo y es más tranquila. La de Charlie queda junto a la sala y no tendrás paz ni intimidad.

-Bueno, en todo caso ha sido una gentileza de la familia Manfredi. Además, no me quedaré demasiado tiempo.

Antes de marcharse, Minnie hizo un aparte con Netta.

-Está muy cansado -comentó.

Netta asintió con un suspiro.

-Tal vez no haya sido una buena idea. Con tanta gente dando vueltas por la casa no puede descansar como debería dijo en tono sombrío. Segundos más tarde, la cara se le iluminó-. Ya tengo la solución. ¿Por qué no le cedes la habitación de invitados en tu casa?

-Es lo que has estado tramando todo el tiempo, ¿verdad? Netta, no tienes vergüenza, eres... No se me ocurre un adjetivo suficientemente horrible para calificarte.

-Lo sé. Pero lo llevarás a tu casa, ¿verdad?

-No, me niego a participar en tus intrigas, ¿me oyes? -exclamó al tiempo que recogía su bolso y se marchaba apresuradamente.

Minnie decidió mantenerse alejada unos cuantos días, aunque no podía olvidar el rostro tenso y agotado de Luke.

Una parte de ella deseaba llevarlo a su casa, cuidar de él y disfrutar con ello. Pero a la otra parte le asustaba la idea y ese temor estaba relacionado con los minutos que Luke había estado en sus brazos, con parte de su cuerpo quemado, sangrando y totalmente desamparado.

Su desnudez no había hecho más que comprobar lo que ella ya sospechaba. Tenía un cuerpo poderoso, de anchos hombros y fuertes muslos. Y la fuerza de ese cuerpo había desaparecido repentinamente. En su lugar, había quedado un ser vulnerable, con los ojos cerrados y la cabeza apoyada contra el pecho de Minerva. El deseo de protegerlo a toda costa había sido abrumador y eso era lo que ella temía: ser arrollada no por él, sino por la fuerza de sus sentimientos hacia él.

Minnie le había acariciado la cara y los hombros y lo había sostenido contra su corazón mientras lloraba desesperadamente. Y durante unos minutos, nada había sido más importante en el mundo.

Y en ese momento, a pesar de la decisión de mantenerse alejada del peligro, sabía que Luke no estaba bien y la inquietante sensación de abandonarlo cuando más la necesitaba persistía en su mente. Así que fue a verlo la tarde siguiente con la intención de quedarse sólo unos minutos.

Encontró a Netta llorando a mares.

-Quería que todo saliera bien, pero las cosas se han estropeado y no sé qué hacer.

-¿Qué ha sucedido?

-Mi hermana Euphrania y Alberto, su marido, vienen a visitarnos. Llegarán mañana y esperan quedarse aquí, pero no disponemos de más habitaciones. ¿Qué voy a hacer?

Minnie la tomó del brazo con firmeza y se encerró con ella en la cocina.

-Ésta es otra de tus tretas, pero no va a funcionar. Luke no irá a mi casa.

-¿Y qué va a ser de él? -preguntó con una mirada patética.

-Tendrás que pasar al plan C.

-¿Qué dices?

-Ayer fue el plan A y no funcionó. Éste es el plan B y tampoco va a funcionar.

-El día aún no ha acabado -replicó la madre con una mirada resplandeciente.

-Tu día acabará para siempre si no pones fin a esto. De ninguna manera lo llevaré a mi casa, Netta. De una vez por todas debes comprender que la respuesta es no Y ésta es mi última palabra.

Tras salir como una tromba de la cocina, chocó contra el huésped que se acercaba por el pasillo. Luke no pudo evitar una mueca de dolor y, en el breve instante en que estuvo tan cerca de él, Minerva notó que ya no podía más de agotamiento.

-Lo siento. No quería hacerte daño.

-No ha sido nada -mintió-. Minnie, ¿hay un buen hotel cerca de aquí?

-No irás a un hotel. No estarás con extraños.

-Ya soy mayor y puedo cuidar de mí mismo. Ah, Netta, estás aquí. Preguntaba por un hotel.

-No creo que sea una buena idea -intervino Minnie, a su pesar.

-Desde luego que lo es -dijo Netta, para asombro de la joven. Luego dio el nombre de un hotel-. Es un lugar encantador. Estarás muy cómodo allí.

-No estará bien -replicó Minnie acaloradamente-. Es un tugurio regentado por timadores que despluman a sus clientes. Y además la comida es pésima. Luke podría morirse en su habitación y no lo descubrirían hasta pasados unos buenos días. No, definitivamente, no. Vendrá conmigo.

-Ni en sueños se me ocurriría causarte problemas -protestó Luke al instante.

-No me causarás problemas -disparó la joven.

-¿Y entonces por qué antes dijiste que por ningún motivo lo llevarías a tu casa? -preguntó Netta.

Se produjo un pesado silencio y los ojos de Luke pasaron de la una a la otra.

-¿Dijiste eso?

-Puede... puede que haya dicho algo parecido, pero he cambiado de parecer. No quiero cargar con tu destino en mi conciencia, así que vendrás conmigo.

-¿Y yo no tendría algo que decir?

-No. Y ésta es mi última palabra. Netta, por favor, recoge las cosas de Luke.

-Supongamos que me niego. Tal vez no quiera ir a tu casa -dijo Luke.

Minnie se volvió a él, echando fuego por los ojos.

-¿He preguntado cuál es tu deseo? Te vienes conmigo y punto final. Se acabó la discusión.

-Será mejor que la obedezcas, Luke. Cuando toma una decisión es imposible hacerla desistir.

-Entonces no me queda más que aceptar -dijo él con una mansedumbre que no contribuyó a mejorar el humor de Minnie.

La joven alzó la vista esperando ver a Netta con una sonrisa de triunfo. Pero la mujer había abandonado el campo de batalla en plena victoria.

Toda la familia ayudó a Luke a trasladarse al piso de Minerva. Netta fue a preparar la cama.

-Ven a ver si todo está a tu gusto -dijo más tarde, mientras lo guiaba al dormitorio de Minnie, que era más grande que la habitación de invitados y con una cama doble.

-Yo me iré a la otra -dijo la joven-. Netta dice que no duermes bien, que tu sueño es muy agitado, así que estarás mejor en esta cama más amplia.

-No puedo quitarte tu habitación.

-Ya está todo arreglado, así que deja de discutir.

Luke no quería discutir. Lo único que quería era tumbarse en la cama que parecía maravillosamente invitadora. Minnie leyó sus pensamientos y de inmediato despidió a la familia. Netta fue la última en marcharse y Minnie la acompañó a la puerta.

-Eres una sinvergüenza. No había razón para hacer el cambio esta misma noche -comentó con suavidad.

-Era mejor no daros la oportunidad de cambiar de opinión.

-No funcionará, Netta. Luke y yo no estamos en la misma onda.

-¡Y tú que sabes! Buenas noches, *cara*.

Minnie cerró la puerta y fue a su dormitorio. Luke estaba atravesado en la cama, profundamente dormido.

CAPÍTULO 8

LUKE se instaló en una pacífica rutina en la que dormía mucho, recibía diariamente a la enfermera que iba a cambiarle las vendas Y luego atendía a sus visitas.

Todos los días, Teresa iba a verlo con Tiberius. Si antes Luke había sido su héroe, en esos días lo era aún más. Él había sido la víctima de una explosión destinada a ella y posiblemente también a su gato.

Minnie todavía era su adversaria, pero las discusiones habían perdido la acritud que antes las caracterizaba. Más bien eran bromas que se prodigaban como si fueran hermanos. Por las mañanas, tras levantarse, ella le preparaba café. Y cuando se iba a la oficina, Luke se dedicaba a la incómoda tarea de lavarse con la mano izquierda y más tarde se vestía con la ayuda de la enfermera.

Luego solían llegar los Manfredi acompañados de otros vecinos. Llevaban cosas para comer y normalmente se entretenían jugando a las cartas.

Cansada y siempre con una cartera llena de documentos, Minnie llegaba al atardecer. Una vez, Luke intentó prepararle la cena y armó tal lío en la cocina que la joven cortó de raíz sus buenas intenciones.

Era Netta la que voluntariamente se encargaba de preparar las comidas. Solía aparecer por las tardes y, tras una breve charla, se iba rápidamente a su casa y no volvía hasta la mañana siguiente, lo que sorprendía mucho a Luke.

Tras la cena, Minnie se instalaba a trabajar mientras él veía la televisión.

Una noche, tras estirarse con un largo bostezo, Minnie apartó los libros. Desde la puerta entreabierta del dormitorio pudo oír que Luke hablaba por teléfono con su madre.

Cuando hubo cortado la comunicación, la joven abrió la puerta.

-¿Te apetece una taza de chocolate?

-Me encantaría.

Cuando volvió a la sala con las dos jarritas humeantes, encontró a Luke instalado en el sofá.

-¿Le has contado a tu madre lo ocurrido?

-Todavía no. Se lo diré cuando me haya repuesto totalmente.

-Cuéntame algo más de tu familia. ¿Cuántos sois?

-Ocho, padres incluidos.

-¿Seis hermanos y hermanas?

-Sólo hermanos. Hope, mi madre adoptiva, a los quince años fue madre soltera. Sus padres entregaron al niño en adopción y a ella le dijeron que había nacido muerto.

-¡Canallas!

-Comparto tu opinión. Durante muchos años no supimos nada de él. Hope se casó con Jack Cayman, un viudo con un hijo llamado Pietro, porque su madre era italiana. Y ellos me adoptaron. Creo que no fue un matrimonio feliz y se rompió cuando Franco, un tío de Pietro, fue a visitarlos a Inglaterra. Mi madre adoptiva y él se enamoraron y más tarde tuvieron un hijo. Tras su divorcio, Hope pidió mi custodia y Pietro se quedó con su padre. Pero Jack falleció dos años después y la familia Rinucci se hizo cargo de Pietro en Italia. Hope fue a buscarlo y así fue como conoció a Toni Rinucci, hermano de Franco. Y se casó con él.

-¿Y qué fue de Franco? Si ella se había quedado con el hijo, ¿no formaron una familia tras el divorcio?

-No, Franco ya estaba casado y tenía dos hijos. No quiso abandonar a su esposa.

-¿Y no se crean tensiones en las reuniones familiares?

-No se ven a menudo. Franco vive en Milán, a muchos kilómetros de Nápoles, como sabes.

Minnie contó con los dedos.

-¿Cómo es que dices que hay seis hijos?

-Toni y Hope tuvieron mellizos, Carlo y Ruggiero. El año pasado, Justin fue a Nápoles a conocer a su madre y celebramos una gran reunión familiar en la Villa Rinucci. Y tiempo después volvió a Nápoles para casarse.

Luke guardó silencio como si acabara de darse cuenta de algo que le sorprendía.

-¿Qué pasa?

-Justin se casó hace apenas seis semanas.

-¿Y por qué te sorprendes?

-Porque me vine a Roma al día siguiente, lo que significa que he estado aquí sólo seis semanas.

Habían pasado tantas cosas, que le parecía conocer a Minnie desde siempre. Sus ojos se encontraron y Luke supo que ella había comprendido. De pronto la verdad estaba entre ellos, innegable, incluso para ella. Luke le acarició suavemente la mejilla.

-Minnie... -susurró.

-Luke..., por favor. Sigue hablándome de tu familia.

La magia del momento se rompió al instante. Fue como si jamás hubiese existido. Incluso Luke, el menos sutil de los hombres, supo que si intentaba prolongarla se produciría un desastre.

-Bueno, parece que somos una extraña familia.

-Sí, aunque tú eres un Cayman en medio de una familia de Rinuccis. ¿No te consideras un

poco excluido?

Luke reflexionó un instante.

-No lo sé bien. Justin tampoco es un Rinucci. Se llama Justin Dane.

-Y posiblemente, Pietro también es un Cayman.

-No, adoptó el apellido de la familia hace muchos años. Yo también pude haberlo hecho. Mi querido viejo Toni dijo que me consideraba tan hijo suyo como los demás, y que le complacería que adoptara el apellido si lo deseaba.

-¿Pero tú no quisiste?

-¿Piensas que es extraño?

-No comprendo que alguien prefiera no pertenecer a una familia si tiene la posibilidad de hacerlo. Fuera de la familia todo es tan... frío.

-No me siento excluido exactamente. Creo que hay una cierta terquedad en mí, algo que me impulsa a permanecer fuera, o al menos a sentirme libre cuando lo desee. ¿Tiene alguna importancia?

-Es posible que sea importante para los que te han acogido. Pueden sentirse rechazados.

-Creo que lo comprenden.

-Si te quieren, desde luego que sí; aunque eso no excluye que tal vez se sientan heridos -observó Minnie, pero al ver que Luke fruncía el ceño, añadió-: No debí haberlo dicho. Eso sólo te concierne a ti. Es que a mí me encanta formar parte de una gran familia y tiendo a olvidar que algunas personas se sienten un poco agobiadas entre tanta gente.

-No, agobiado, no. Es sólo que... Tienes razón. Soy el único que no está emparentado biológicamente con los demás hermanos. En realidad, nunca antes lo había pensado. Sin embargo, supongo que de alguna manera nunca he dejado de sentir en mi interior que ellos están unidos por lazos de sangre y yo no.

-Pero eso no tiene importancia -objetó Minnie, con sinceridad-. Yo no estoy unida a los Manfredi por lazos de sangre, pero me considero una más de la familia porque tanto ellos como yo lo queremos así.

No dijeron nada más, pero las palabras de Minnie lo mantuvieron despierto varias horas. Había en ella una sincera aceptación de la vida y una necesidad de amor y seguridad de la que él carecía. Y nunca como en esos tiempos había sido más consciente de ello.

Por esos días, Luke empezó a realizar el cambio de los termos en todas las viviendas. El personal técnico que examinó la finca identificó varios termos peligrosos, aunque concluyó que la mayoría de ellos eran seguros.

-No importa, quiero que los cambien todos -le dijo Luke a Minnie una noche mientras examinaban los presupuestos-. Y deja de lanzarme esa mirada tan cínica.

-Porque me siento así. Otra vez empiezas a jugar al gran héroe.

-¡Dame paciencia, Señor! -exclamó furioso-. Mujer, ¿por qué piensas lo peor de mí a la menor oportunidad?

-No necesito una oportunidad y no me llames mujer.

-¿Cómo quieres que te llame? De todas maneras, esto no tiene nada que ver con jugar al héroe. Lo hago por Netta. No hay necesidad de cambiar su termo, pero no me atrevería a mirarla a la cara si se entera de que la *signora* Fellini, que vive al lado, tiene uno nuevo.

Minnie se echó a reír.

-¡Cobarde!

-¡Claro que lo soy! Netta me asusta, aunque no tanto como tú.

-¡Oh, sí, yo te causo mucho miedo! ¿A quién pretendes engañar?

Minnie había estado cocinando y en ese momento, con la cara enrojecida por el calor de la cocina, estaba más bonita que nunca. Todas las buenas intenciones repentinamente abandonaron a Luke y le puso la mano izquierda en la nuca para atraerla hacia sí.

-Arpía, si no te tuviera tanto miedo, te besaría ahora mismo.

-Pero me temes -le recordó ella con voz temblorosa.

Luke pensó que esas palabras podrían indicar tanto un rechazo como un desafío. Aunque siempre le habían gustado los desafíos.

Con bastante torpeza, se las ingenió para rodearla con el brazo lesionado. A esa distancia tan corta, Minnie no pudo dejar de notar la inquietante sonrisa de sus labios y la ardiente mirada de sus ojos.

-Cada vez me vuelvo más valiente, aunque tu derechazo todavía me pone nervioso.

-No te pongas nervioso -murmuró-. Nunca golpearía a un hombre lesionado. Sería... incorrecto.

-Tienes razón -susurró en tanto inclinaba la cabeza hacia los labios de la joven-. Podría demandarte.

En cuatro años de soledad, Minnie había coqueteado algunas veces, aunque habían sido relaciones que morían antes de empezar. Un beso, y eso era todo. Y después una desesperada desilusión.

Sin embargo, el beso de Luke fue muy diferente. Una caricia que la impactó por su intensidad. Minnie alzó una mano para protestar, pero la dejó caer al sentir los labios de Luke sobre los suyos. Había desterrado de su vida sensaciones tan cálidas como las que se apoderaron de ella en ese instante y que amenazaban con hacerle perder el control. Eran sensaciones puramente físicas que nada tenían que ver con la ternura y, sin embargo, intensamente excitantes.

Minnie pensó que era una locura devolverle la caricia, pero lo hizo. Incluso puso una mano en la nuca de Luke para besarlo con mayor plenitud.

Por lo demás, incluso si lo hubiera deseado ya no había vuelta atrás, aunque era lo que menos deseaba en ese instante. Toda la sensualidad suprimida durante tanto tiempo había aflorado a la superficie. Y esa sensualidad le gritaba que todavía podía vivir su vida, le recordaba la dulce sensación de volver a encontrarse en los brazos de un hombre, especialmente de un hombre como Luke, que sabía cómo utilizar la boca para complacer a una mujer hasta dejarla derretida.

Minnie separó los labios de un modo invitador, mientras sus manos le acariciaban la cabeza, los hombros y se deslizaban por la espalda. Cada caricia era una violación a las reglas que se había impuesto, pero no le importaba. Más tarde habría tiempo para arrepentirse, aunque no lo haría... nunca se arrepentiría.

De improviso, sintió que esas palabras gritaban en su interior sacándola de la dulce oscuridad en la que estaba sumida. Minerva vivía con un secreto que encerraba un arrepentimiento, y era tan amargo que en su vida casi no había espacio para nada más. Había sobrevivido gracias a la cautela, y en ese instante sintió que temerariamente la arrojaba lejos de sí.

Debía salir de la trampa que su propia locura había creado. Y había una sola forma de hacerlo.

Minnie intentó recuperar el control de sí misma y, cuando al fin lo logró, puso las manos sobre el pecho de Luke para apartarlo de ella. Entonces, él la miró con unos ojos en los que se leía interrogación y esperanza a la vez.

-No es una buena idea -murmuró la joven.

-Minnie... -susurró con urgencia.

-De verdad que eres un hombre muy valiente -comentó con la esperanza de controlar el temblor de su voz y de que sonara graciosamente ligera.

-¿Me vas a golpear después de todo? -murmuró Luke con una mirada tan tiernamente burlona que Minnie casi anheló volver a sus brazos.

-Mucho peor que eso -dijo al tiempo que se reclinaba en el sofá con una mirada divertida-. Luke, para ser un hombre tan inteligente, me asombra que no te hayas dado cuenta.

-¿Darme cuenta de qué?

-Del astuto plan de Netta. ¿Crees que fue una casualidad que sus parientes anunciaran repentinamente su visita cuando tú estabas allí?

-Me pareció un tanto extraño, especialmente porque no han aparecido por su casa.

-Y no lo harán. Esa visita fue cancelada en cuanto Netta logró lo que se proponía: que vinieras a mi casa. ¡Luke, entérate! ¿No ves lo que está tramando?

-¿Te refieres a ti y a mí?

-Sí, intenta llevarnos al altar.

-¿Qué?

-Sí, lo que oyes. Ella piensa que todos los problemas de la *Residenza* se resolverán con nuestro matrimonio. He intentado hacerle comprender que se equivoca, que eso nunca va a suceder. Pero en cuanto logro derribarle un plan, ella sale con otro.

-¿Netta intenta...?

-Es una conspiradora llena de malicia. Pero no te aflijas, yo no tengo proyectos respecto a ti. Te he traído a casa porque estabas en tan mal estado que no podía dejarte a su cuidado. Aquí estás seguro. Lo que acaba de pasar entre nosotros... Bueno... no significa nada.

Los ojos de Luke se encendieron.

-¿Nada?

-Oye, han sido cuatro años. ¿Cuánto tiempo crees que una mujer puede vivir como una monja? Y tú eres un hombre atractivo. De acuerdo, caí en la tentación. ¿Nunca te has sentido tentado aun cuando una parte de ti dice «mejor no»?

-Ah, sí -repuso en tono irónico-. Esas palabras describen exactamente mi estado mental desde que nos conocimos. Tienes un «mejor no» escrito en toda tu persona, aunque debo confesar que me atraen los riesgos.

-Bueno, te arriesgaste y fue agradable, pero ahora hemos recuperado la razón.

-¿Sí?

-Bueno, a menos que quieras llegar al altar conmigo bajo la mira del rifle de Netta -comentó y luego se paró a pensar un instante-. Oh, Luke, lo siento. ¿Dices que quieres casarte conmigo? Nunca pensé que...

-Por supuesto que no -replicó al instante-. No quiero ser grosero, pero...

-Ni yo tampoco, pero... -lo interrumpió ella-. Ésa es la cuestión, Luke. ¡Pero! Dos personas se besan y eso no tiene mayor trascendencia-. Dejémoslo así. Sólo espero... -Minnie se paró en seco y con una convincente expresión de alarma se precipitó a la ventana para examinar las cortinas-. Afortunadamente estaban corridas. Nadie nos ha visto, así que podemos decir que nuestro secreto está a salvo.

-Gracias al cielo -dijo Luke imitando el tono divertido de ella-. Y gracias por avisarme.

El infierno se congelaría antes que permitirle sospechar que no tenía el menor deseo de reír.

Más tarde, ambos se alegraron de poner fin a la velada. Y tras asegurarse mutuamente que todo había sido una broma, escaparon del otro lo más pronto posible.

Luke se quedó largo rato en la sala, sumido en sus reflexiones. No estaba de humor para burlarse del plan de Netta. Más bien habría querido decir que era la mujer más sabia del mundo. Lo único que deseaba era entregarse a Minerva totalmente, en ese mismo momento y sin vuelta atrás.

Sin embargo, como hombre sensato que era, decidió resistirse a esa locura con la esperanza de que el sueño reparador le devolviera la cordura.

Cuando Netta supo que le iban a instalar un termo nuevo, loca de alegría anunció que lo celebrarían con una fiesta.

-¿Y por qué no esperas que lo instalen primero? -preguntó Minerva.

-Porque cuando esté instalado habrá otra celebración.

-Por supuesto. Debí haberlo imaginado.

-Hasta yo lo pensé -intervino Luke, con una sonrisa.

Netta llevó a Minerva a la escalera para que nadie las oyera.

-¿Cómo van las cosas?

-No van. Simplemente nos tratamos como hermanos -declaró en tono desafiante.

Netta la miró horrorizada.

-¿Él no ha...?

-No.

-Porque no te empeñas lo suficiente -sentenció antes de marcharse.

Minnie se quedó a solas unos minutos. Habría sido imposible confesarle la verdad. No era una chica inexperta, sino una mujer que durantes largos años había vivido un amor apasionado. Sin embargo, el beso de Luke la había impactado dejándola desorientada, como si hubiese sido el primer beso de su vida.

Le parecía que relacionarse con Luke era como estar con dos hombres a la vez. Uno que podía llevarla a la ira y al rechazo y otro capaz de llevarla a las profundidades del deseo hasta hacerle anhelar fundirse en él.

Pero no eran dos seres. Era un solo hombre que la estaba volviendo loca. Desesperada, había optado por revelarle el plan de Netta con la esperanza de poder reír juntos de las artimañas de la mujer. Su idea había funcionado en parte, aunque no podía evitar las sensaciones que se apoderaban de su cuerpo cada vez que pensaba en él, especialmente por las noches.

La fiesta de Netta se celebró la noche siguiente y durante la primera hora, todo sucedió como Minnie había esperado. Luke fue recibido como el salvador de todos los vecinos.

Entonces, se acercó a ella con una sonrisa.

-Intenta no parecer como si te hubieras tragado un erizo -murmuró.

-No seas injusto. Te lo has ganado y no te guardo rencor por tu popularidad.

-Mentirosa -susurró en el oído de la joven y su cálido aliento le produjo escalofríos.

Más tarde, Minnie observó que algo le pasaba a Luke. La sonrisa se había convertido en una mueca y tenía la frente perlada de sudor.

Entonces se acercó discretamente y lo alejó de una chica que intentaba coquetear con él.

-Es hora de irse a casa.

-Tonterías, me encuentro bien.

-No es verdad, te duele mucho, y como buena madre que soy te llevaré a casa.

Luke asintió, incapaz de negarse. Minnie dijo unas palabras a Netta y luego bajaron al piso.

-Sabes lo que están comentando ahora, ¿verdad?

-¿Porque nos hemos marchado temprano? -preguntó Minnie.

-Sí. Seguro que mañana Netta espera un anuncio formal. ¿Qué le dirás?

-Nada. Me limitaré a sonreír enigmáticamente. Eso la volverá loca.

Luke se echó a reír al tiempo que indicaba el brazo y la mano vendados.

-Mírame. ¿Cómo se imagina Netta que yo podría...?

-Como lo hace un erizo, con mucho cuidado.

Luke volvió a reír, pero a Minnie no se le escapó la mueca de dolor.

-¿Por qué no dijiste que no te encontrabas bien?

-Supongo que por un estúpido orgullo. He estado ejercitando el brazo y posiblemente me excedí un poco.

-Más que un poco. ¿Has tomado los calmantes?

-No, pensé que ya era hora de empezar a prescindir de ellos.

-Deja que los médicos lo decidan.

Minnie le llevó un vaso de agua mineral y dos calmantes que Luke tomó de inmediato.

-Creo que debes irte a la cama. Vamos, yo te ayudaré -dijo la joven.

Luke le pasó el brazo por los hombros y entraron en el dormitorio. Con una expresión absolutamente impersonal, le quitó la ropa hasta dejarlo en calzoncillos. Luego lo acomodó sobre las almohadas y lo cubrió con la colcha.

-Lo siento -suspiró Luke.

-No seas tonto -replicó ella al tiempo que se sentaba en la cama, junto a él-. No debí haber permitido que fueras a la fiesta. ¿Quieres que me marche para que puedas dormir?

-No, quédate y cuéntame algo -murmuró.

-¿Como qué?

-Dime, ¿fue cierto lo que dijiste? -preguntó de improviso.

La joven lo miró intrigada.

-¿Decir qué?

-La noche de la explosión dijiste: «¡Oh, Dios, otra vez no!» ¿O lo soñé?

En ese instante, Minnie comprendió lo que quería decir. Desesperada al verlo en el suelo y cubierto de sangre, lo había acunado en sus brazos con una intensa sensación de haber vuelto al pasado. A ese día. Y durante un instante terrible, Minnie no supo a cuál de los dos estrechaba contra su pecho.

Un nudo en la garganta le impedía contestar la pregunta de Luke. Tras dejar caer la cabeza

entre las manos, se quedó inmóvil con los ojos cerrados hasta que sintió que una cálida mano le acariciaba suavemente los cabellos.

-Cuéntame.

-No puedo -dijo con la voz enronquecida.

-Minnie, tienes que contárselo a alguien o vas a enloquecer. ¿Qué es lo que has estado ocultando tanto tiempo? ¿Por qué no puedes hablar de ello?

-Porque no puedo. ¡No puedo! -exclamó con vehemencia.

-Confía en mí, *carissima*. Puedes contarme cualquier cosa. Soy tu amigo.

Luke pensó que volvería a rehusar, pero Minnie alzó la cabeza con un estremecimiento.

Sus ojos estaban anegados en lágrimas. Y, tras una larga pausa, comenzó a hablar.

CAPÍTULO 9

-AMABA a Gianni -dijo suavemente-. Con todo mi corazón. Estábamos muy unidos, de todas las formas en que un hombre y una mujer pueden estarlo. Nos reíamos de las mismas cosas, veíamos el mundo con una misma mirada y todo era perfecto cuando hacíamos el amor. Pero el último año las cosas comenzaron a estropearse. Mi carrera de pronto había despegado y tuve que dedicarle mucho más tiempo. A él nunca le había importado, pero empezó a irritarse por mis continuas ausencias. Incluso cuando estaba aquí tenía que continuar con mi trabajo. Gianni se resintió y empezaron las discusiones.

-Comprendo -murmuró Luke.

-Al final, parecía que no sabíamos hacer otra cosa más que reñir -prosiguió la joven-. Tras una de esas peleas, acordamos hacernos un espacio sólo para nosotros; un acuerdo que intenté respetar. Un día decidimos pasar la mañana en la cocina preparando una comida muy apetitosa que disfrutaríamos juntos. Pensábamos que algo tan sencillo como eso ayudaría a solucionar nuestros problemas. Pero a última hora me llamaron para que representara a un cliente en un caso de urgencia.

»Tuvimos una horrible pelea. Gianni dijo que si me marchaba sería el fin de lo nuestro y que no me volvería a ver en la vida. Le dije que me parecía muy bien porque ya estaba harta de él. Entonces salí apresuradamente para llegar a tiempo a la reunión con mi cliente. Él me siguió a la puerta y me llamó a voces, luego bajó la escalera y salió corriendo a la calle. Yo oí que me llamaba, pero estaba tan furiosa que ni siquiera me volví a mirarlo. Así que no supe cómo sucedió, solamente oí un ruido como un golpe sordo, el chirrido espantoso de los frenos de un vehículo y los gritos de la gente en la calle.

Minerva se detuvo, estremecida. Luke la rodeó con un brazo y la atrajo hacia sí.

-Continúa -dijo en tono sombrío.

-Me volví sólo cuando oí el terrible impacto. Gianni estaba tendido en el suelo y la sangre manaba de su cabeza. Un camión lo había embestido cuando intentaba cruzar la calle. Me precipité hacia él. Con los ojos cerrados, yacía tan quieto que ni siquiera me permití pensar que podría estar muerto. Tenía muchas cosas que decirle y él tenía que escucharme. Así que me arrodillé y lo estreché entre mis brazos diciéndole que lo sentía, que no había querido herirlo con mis palabras, que lo amaba. Le grité una y otra vez que lo amaba, pero él no podía oírme.

Las lágrimas corrían a raudales por sus mejillas.

-Minnie... -murmuró Luke al tiempo que la ceñía contra su cuerpo, con los labios sobre sus cabellos.

-Yo lo amaba -sollozo-. Nunca tuve intención de decir las horribles palabras que le grité al marcharme, incluso pensaba pedirle perdón cuando volviera a casa. Pero cuando intenté decírselo,

él ya no podía oírme. Lo último que oyó de mí fue que estaba harta de él. Y eso fue lo último... lo último...

Minnie se derrumbó con un gemido angustiado y anegada en llanto.

-Minnie -susurró Luke-. Minnie...

-Eso fue lo último que Gianni oyó. Le dije una y otra vez que lo sentía, pero él no podía oírme. Estaba muerto y ahora nunca sabrá...

Minerva volvió a gemir y luego estalló en sollozos tan violentos que Luke temió que sufriera un colapso. Entonces la acunó entre sus brazos maldiciendo su propia impotencia. Sentía el dolor de Minerva como su propia agonía.

-No fue culpa tuya -dijo a sabiendas que sus palabras eran inútiles.

Todo lo que podía hacer era abrazarla con la esperanza de que el calor de su cuerpo le transmitiera algún consuelo. Sin decir palabra, dejó reposar la mejilla contra sus cabellos esperando que amainara la tormenta. Poco a poco, los sollozos se convirtieron en un suave quejido.

-Fue por mi culpa -repitió cuando al fin pudo hablar.

-¿Por qué dices eso?

-Si me hubiera vuelto a casa cuando me llamó desde la escalera, nada habría sucedido. Podría haber impedido lo que iba a ocurrir y él todavía estaría vivo.

-Minnie, pensamientos como ése pueden atentar contra tu cordura.

-Lo sé. Cuando a veces sueño con lo que ocurrió, creo que voy a enloquecer de dolor. Las escenas se repiten una y otra vez. En el sueño voy corriendo escaleras abajo, pero me vuelvo cuando Gianni me llama y él está vivo y a salvo. Entonces despierto y compruebo que no es verdad, que todo fue un sueño y vuelvo a enloquecer de pesar.

Minnie apretaba los brazos de Luke con tanta fuerza que él hizo una mueca de dolor, aunque por nada del mundo se habría movido un centímetro.

-Siempre pienso que si tuviera el poder de volver el tiempo atrás y detenerlo en el momento adecuado... -susurró.

-Lo sé, lo sé.

-Por más que lo intento, el tiempo no se detiene y yo no puedo hacer nada.

-Por desgracia, es así. El fin es lo más difícil de aceptar. No podemos hacer nada, por más que lo intentemos.

-Sí, y el recuerdo es una tortura.

-¿Qué dice tu familia? Estoy seguro de que ninguno de ellos te culpa de la desgracia.

-No lo saben. Nadie lo sabe.

-¡Oh, Dios! -susurró, conmovido por su soledad.

-Nadie nos oyó discutir esa mañana. Unos vecinos vieron que Gianni bajaba corriendo detrás de mí y que salía a la calle, pero no se enteraron de que habíamos peleado. Pensaron que intentaba alcanzarme porque se me había olvidado algo, o porque quería darme un beso de despedida. Nunca me he sentido capaz de contarle la verdad a Netta; no por mí, sino por no agravar más su pesar. Ya es suficiente con que piense que fue un accidente.

-Y de hecho fue un accidente.

-No, no lo fue -rebatió en un tono de amarga auto condena-. Sucedió porque yo estaba enfadada. Fui cruel y...

-¡Basta ya! -dijo Luke con vehemencia-. No hables así. No eres culpable. Fue uno de esos golpes terribles que se abaten sobre nosotros sin aviso. A él lo destruyó, y si sigues así, puede que te destruya a ti también.

-Sí -convino Minerva-. A veces miro a Netta y me pregunto qué diría si supiera la verdad. Es tan buena conmigo que a veces siento la tentación de decirle que no lo merezco.

-Sí que lo mereces. Mereces bondad, amor y todo lo que es bueno. ¿Cómo puedo convencerte?

Minnie guardó silencio largo tiempo y luego simplemente repitió`.

-Él nunca lo sabrá. He intentado decírselo tantas veces... Antes del funeral lo vi en el ataúd y le dije que lo amaba y que lamentaba tanto nuestra discusión de esa mañana, pero fue inútil. No era él. Estaba frío y su piel era como la cera y en él no pude reconocer a mi Gianni porque se había ido a algún lugar donde yo no podía seguirlo.

En ese momento un recuerdo asaltó a Luke.

-Esa mañana cuando te vi en el cementerio inclinada junto a su lápida...

-Vamos a visitarlo en días señalados, como aniversarios, su cumpleaños o el día de su muerte. Preferiría ir sola, pero Netta insiste en acudir con toda la familia.

-Recuerdo que cuando ellos se alejaron te volviste a mirar la lápida y vi tu rostro. Todo lo que me has contado estaba allí, sólo que entonces yo no lo comprendí.

-Me di cuenta de que me habías visto con la verdad escrita en la cara y te odié por eso.

-No me odies. No, por favor -rogó.

-¿Cómo podría hacerlo? Te he confiado algo que no sabe nadie más en el mundo, y todavía no comprendo por qué.

Su tono era el de una niña pequeña y confundida.

-Porque en el fondo de tu corazón sabes que puedes confiar en mí. Soy tu amigo y no te fallaré. Estoy aquí para cuidarte.

-Se supone que soy yo la que tengo que cuidar de ti -dijo al tiempo que cambiaba de posición para mirarlo de frente.

Su rostro todavía estaba desencajado por la angustia y las lágrimas no cesaban de fluir sin que se diera cuenta. Luke le pasó los dedos por las mejillas.

-Tenemos que cuidar el uno del otro -dijo cariñosamente.

-¿Quieres que te traiga algo antes de que te duermas? -preguntó Minnie al tiempo que intentaba incorporarse.

-No. Los calmantes empiezan a hacer su efecto. Pero, ¿y tú? Creo que no te encuentras muy bien.

-Estoy bien, de veras. Siento haber hecho esta escena.

-No has hecho ninguna escena. Arruinarás toda tu vida si no somos capaces de aliviar el dolor que te corroe.

-Nunca podré aliviarlo. Siempre estará allí y tendré que vivir con él.

-¿Cómo? ¿Bajo el peso de la culpa? Minnie, no puedes pasar la vida expiando por algo que no fue responsabilidad tuya.

-¿Por qué no? Le arrebataron la vida por mi causa. ¿Qué derecho tengo a la vida?

-¿O a la felicidad? ¿O al amor? -inquirió él, airado-. Su vida fue su vida y desgraciadamente se acabó. No puedes prolongarla sacrificando el resto de la tuya.

Minerva sacudió la cabeza e intentó alejarse, pero Luke la retuvo.

-Minnie...

-Déjame ir. No debí habértelo contado.

-Hiciste bien, porque soy la única persona que puede ayudarte a permitir que la luz del día penetre en la oscuridad de tu noche. Confía en mí, Minnie.

Su tono imperativo también encerraba un ruego, porque algo le decía que habían llegado a un punto crítico y todo dependía de lo que ocurriera en ese momento. Minnie se había acercado a él, pero en ese momento se alejaba y él sabía que no debía permitir que eso ocurriera.

El cuerpo de la joven repentinamente perdió su rigidez, como si el deseo de luchar la hubiera abandonado, y Luke volvió a atraerla hacia sí.

-Quédate aquí -ordenó-. No hace falta que me traigas nada, así que quédate conmigo.

-De acuerdo -dijo Minnie con voz apagada-. Sólo unos minutos.

Se tendió junto a él y Luke sintió que su cuerpo se relajaba, como si acabara de encontrar algo largamente esperado. Momentos más tarde, se quedó dormida.

Durante unos minutos, Luke escuchó su respiración acompasada y casi se atrevió a esperar que por fin hubiera encontrado un poco de paz. Deseó poder ver su rostro; pero le bastaba que estuviera allí, tranquila y segura en sus brazos.

Casi hubiera reído al pensar en las veces que había deseado tener a Minerva en su cama, su cuerpo contra el suyo. Y cuando al fin se cumplía su deseo, estaba más lejos de él que nunca. Sin embargo, había conseguido algo infinitamente más dulce, precioso y pleno de esperanzas.

El brazo bueno empezó a dolerle bajo el cuerpo de Minnie, pero nada le habría hecho moverse y cambiar de posición. Así que permaneció como estaba hasta que lentamente se quedó dormido. En la madrugada, Luke despertó de repente. El brazo estaba insensible y ella no se había movido un centímetro.

La primera visión que Minerva tuvo al despertar fue la ventana de su habitación, como siempre. Pero cuando fue capaz de recobrar la memoria, se dio cuenta de que se encontraba en el lugar equivocado. Tendría que estar durmiendo en el cuarto de invitados.

Sólo entonces fue consciente del cuerpo de Luke contra el suyo y pudo sentir su calor a través de la colcha que los separaba. El brazo bueno reposaba bajo el cuerpo de ella y el malo la cubría en un gesto protector.

Minnie se alzó con cuidado y cuando se volvió hacia él descubrió que la miraba con ojos soñolientos, tal como lo había visto antes de quedarse dormida.

-¿Te encuentras bien? -preguntó Luke.

-Sí, estoy bien -dijo y se dio cuenta de que era verdad-. Cielo santo, ¿ésta es la hora?

Eran las siete de la mañana. A regañadientes se levantó de la cama y salió de la habitación. Entonces notó que estaba completamente vestida. Los recuerdos de la noche anterior de pronto asaltaron su mente.

Lo había llevado a su casa para cuidarlo y resultó que él había cuidado de ella. Luke había hecho lo que nadie más podía hacer: había sacado a la luz el secreto que tanto la angustiaba y le había comunicado una sensación de paz y fortaleza que no había experimentado durante cuatro años.

Pero había sido más que eso. Minerva había dormido como un bebé en sus brazos, sin sueños, y esa mañana se sentía fuerte y bien. Había empezado el proceso de su curación y la maravillaba que fuera gracias a Luke. Y más maravilloso aún era que él la había mantenido entre sus brazos toda la noche sin hacer nada que no hubiera hecho un hermano. Se había dormido profundamente, pero el instinto le decía que en sus brazos encontraría seguridad y protección.

«No intentó hacer el amor conmigo. Eso es lo mejor de todo, aunque nadie lo comprendería», pensó con una sonrisa. Luke había dicho: «Arruinarás toda tu vida si no somos capaces de aliviar el dolor que te corroe». ¡Nosotros! No tú, sino nosotros, los dos actuando unidos como amigos y aliados.

Minnie pudo sentir a sus espaldas que Luke se acercaba a ella.

-Lo siento. Lo mantuve aplastado toda la noche, ¿no es así? -dijo cariñosamente al ver que él movía el brazo con mucho tiento.

-No te preocupes. Volveré a recuperarlo cualquiera de estos días.

Se echaron a reír al unísono y la calidez que Minnie sintió en ese instante fue muy diferente a la excitación sensual que se apoderaba de ella al besarlo.

Era la cálida sensación de seguridad que hacía mucho tiempo que no sentía.

-Ojalá no tuvieras que salir hoy -dijo Luke mientras desayunaban.

-A mí también me gustaría quedarme. Pero hoy tengo un juicio importante. Debo defender a un hombre en un pleito que nunca debió haberse entablado. La parte contraria lo hizo con el propósito de medir fuerzas con él. Esperan amedrentarlo para sacarle dinero y yo no lo voy a permitir.

-¿Así que vas a la batalla?

-Sí. Y puede que aquí no sea una buena compañía, así que...

-Minnie, no tienes que disculparte. Está bien -dijo Luke rápidamente-. Has prometido defender a ese hombre y debes dar lo mejor de ti misma.

Minnie le sonrió con alivio.

Luke aprovechó la ausencia de Minerva para hacer unas llamadas urgentes al banco y a un hombre llamado Eduardo Viccini que fue a verlo esa misma tarde. Pasaron varias horas en la sala de estar examinando documentos y posibles tácticas de actuación.

Luke había esperado que Minerva regresara tarde, pero llegó cuando el visitante se acababa de marchar. Respiró aliviado. No estaba preparado para un encuentro entre Minerva y Viccini.

La joven entró en la sala con una sonrisa y una pesada bolsa de comestibles que dejó caer en el sofá. Luego ella hizo lo mismo y se puso a rebotar con regocijo de arriba abajo en el asiento.

-Pareces una escolar en vacaciones -comentó Luke con una sonrisa.

-Y así es como me siento. ¡Libre! ¡Libre!

-El juicio no puede haber acabado tan rápidamente.

-Sí que terminó. La otra parte se echó atrás. Te dije que sólo intentaban amedrentar a mi cliente.

-Enhorabuena. ¿Eso significa que te tomarás un descanso?

-Debería estudiar unos documentos, pero sí que me puedo relajar un poco.

-Entonces vamos a celebrar tu libertad. Iré a comprar unas pizzas y vino. Hoy no se cocina, se descansa.

-¿Y veremos en la tele uno de esos estúpidos concursos de preguntas y respuestas?

-Mientras más tonto, mejor.

Cuando Luke regresó con la compra, la joven había cambiado su severo traje por un vaquero y un jersey. Sí, era la Minnie que él prefería.

Fue una velada maravillosa. Tras la cena, ella lo entretuvo contándole vívidas anécdotas sobre sus adversarios en el juicio de esa mañana.

Luke rió de buena gana.

-Debiste haber sido actriz. Tienes un don especial para ello.

-Ese don es muy necesario en el ejercicio de la profesión de abogado -comentó ella.

Más tarde, se dedicaron a ver los peores concursos de preguntas y respuestas que ofrecía la televisión.

Ninguno de los dos había mencionado la intimidad compartida la noche anterior, pero cuando Luke le puso la mano en el brazo, con toda naturalidad ella se estiró con las piernas en un brazo del sofá y la cabeza apoyada en un muslo de Luke.

-Te has equivocado en una respuesta -dijo mientras mordía una manzana, atenta a las respuestas de los concursantes en las que ellos también participaban.

-No me he equivocado -replicó él acaloradamente-. Había tres opciones.

-Y has elegido la incorrecta.

-Dejémoslo ya -dijo Luke-. Oye, ¿cómo llevabas eso de ser medio inglesa cuando eras pequeña? -preguntó de improviso, tras una pausa.

-No muy bien. Creo que mis padres no eran felices en su matrimonio. Mi madre era una persona bastante tensa y severa y, hasta donde puedo recordar, mi padre era muy italiano emocionalmente, con un corazón muy cálido. Él no se preocupaba por los detalles y eso enfurecía a mamá. Supongo que tenía razón, porque toda la carga recaía sobre ella. Pero entonces, yo no era capaz de comprenderlo. Sólo veía que mi padre era maravilloso y que ella reprobaba todo lo que yo consideraba agradable en él. Falleció cuando yo tenía ocho años y ella regresó conmigo a Inglaterra en cuanto pudo hacerlo. Sin embargo, allí nunca me sentí bien. Mi corazón ya era italiano y odiaba el modo en que mi madre intentaba hacer de mí una chica inglesa. No me permitía hablar ni leer libros en italiano, aunque yo siempre lo hacía. Solía sacarlos de la biblioteca y los metía de contrabando en casa. Sí, era terriblemente obstinada.

-¡No me digas!

-No te hagas el gracioso. De todos modos, aún no me has visto en mi peor momento.

-¡Que el cielo me asista! Bueno, continúa con la historia mientras todavía estoy a salvo.

-Afortunadamente, mi madre se volvió a casar cuando yo tenía dieciocho años. En realidad era una molestia para ella, así que pude venirme a Italia sin mayores impedimentos. De hecho...

Una irónica sonrisa de pronto torció sus labios.

-¿Qué hiciste? -preguntó, fascinado.

-No quiero decírtelo, es muy vergonzoso -admitió.

-No creo que hicieras nada vergonzoso.

-¿Y el chantaje no es algo espantoso?

-¿Chantaje?

-Bueno, creo que soborno sería el término más adecuado. Verás, mi padrastro era un hombre acaudalado y me hizo saber que si me esfumaba él estaría dispuesto a mostrarse generoso. Yo sabía que necesitaría una ayuda antes de poder valerme por mí misma...

Luke se echó a reír.

-¿Cuánto dinero le sacaste?

-Digamos que la cantidad sirvió para pagar mi formación profesional.

-¡Bien por ti!

-Sí, estaba muy complacida conmigo misma, aunque de un modo insufrible.

-De eso, nada. Fuiste muy lista. Si alguna vez te cansas de los tribunales, te haré participar en mis negocios. Piénsalo, en los negocios necesitamos un buen abogado.

-Si es así, debo confesarte que devolví ese dinero.

-¡Minnie, por favor! ¡Justo cuando empezaba a admirar tu astucia! Lo acabas de estropear -dijo en tono reprobatorio.

-Lo sé, incluso casi me arrepentí. Al fin y al cabo ambos habíamos ganado algo. Yo me había alejado de ellos y desde entonces nunca les causé problemas. Sin embargo, cuando empecé a ganar dinero, devolví a mi padrastro lo que me había dado. Tenía que hacerlo, aunque eso me dejó irritada conmigo misma.

Luke hizo una pausa. En su interior se libraba una batalla. Percibía que el fantasma rondaba bajo la superficie de la conciencia de ambos y no se sentía dispuesto a invitarlo a entrar. Sin embargo, sabía que debía hacerlo en beneficio de Minerva.

-¿Y cuál fue la opinión de Gianni? -preguntó al fin.

CAPÍTULO 10

LUKE esperó una reacción adversa ante la mención del nombre, pero Minerva esbozó una tierna sonrisa.

-Gianni dijo que estaba loca, pero no intentó disuadirme. Ahora que lo pienso, siempre fue así. Era un hombre tolerante, de trato fácil. Solía decir: «Haz como te parezca, *carissima*». Y yo siempre lo hacía -acabó con una breve risa.

-Eso suena al marido ideal -observó Luke, en un tono cuidadosamente ligero-. Tú decías «Salta» y él saltaba. ¿Qué más puede pedir una mujer?

-Me hace parecer la típica esposa dominante, aunque ahí había gato encerrado. Gianni simulaba ser un hombre dócil e inútil para ciertas cosas, y ésa era su manera de cargarme con todos los trabajos que lo aburrían. Si había formularios que rellenar, llamadas telefónicas a algún funcionario público y cosas por el estilo, siempre decía: «Lo dejo en tus manos, *cara*. Tú eres inteligente». Después de un tiempo, caí en la cuenta de que había delegado mañosamente en mí casi todo el trabajo.

-¿Y te importó?

-En realidad, no. Tenía algo de sentido porque debido a mi oficio, conocía mejor los entresijos de la burocracia, y bien sabes cómo es la burocracia italiana.

-¿Y si no hubieras sido abogada?

-Él habría encontrado otra excusa, desde luego -dijo con una sonrisa-. Gianni se parecía a mi padre en ese aspecto. ¡Todo menos rellenar un formulario! Aunque, después de todo, ¿qué importaba si uno de los dos podía hacerlo? Formábamos un buen equipo.

-Y tú eras la más inteligente de la pareja, ¿verdad?

Minnie se echó a reír.

-La verdad era que no me importaba cargar con el trabajo, porque a cambio él me dio amor y felicidad. Nuestro matrimonio era... bueno, no sabría cómo explicarlo.

-Vamos, como puedas.

Ella negó con la cabeza.

-¿Vas a decirme que no es asunto mío? -preguntó Luke, con buen humor.

-Estuvimos casados diez años. ¿Entonces cómo podría explicártelo? ¿Tendría que referirme al primer año, cuando empezábamos a descubrirnos mutuamente? ¿O a los años posteriores

cuando ya éramos una pareja asentada? Al principio congeniábamos casi en todo. Pasé algunos años en la Facultad de Derecho y luego hice mis prácticas en una firma. No ganábamos mucho entonces.

-¿A qué se dedicaba él?

-Conducía camiones para una empresa local que comerciaba con productos diversos a través de Nápoles y Sicilia.

-¿Así que pasaba mucho tiempo fuera?

-Cuando iba a Nápoles regresaba el mismo día. Y cuando tenía que viajar a Sicilia se quedaba una o dos noches en la isla.

-Para ti era cómodo ya que pasabas el día estudiando, ¿verdad?

-Claro que sí. Gianni solía comentar que otros conductores casados temían por la fidelidad de sus mujeres, pero él sabía que sus rivales eran mis libros.

-¿Pensaste alguna vez en tener hijos?

A Luke le pareció que ella vacilaba un instante.

-Hablamos sobre el tema, pero siempre había obstáculos que lo impedían. Deseaba darle hijos, y creo que habría sido un buen padre porque tenía un gran corazón.

Y ya no dijo más. Luego fue a la cocina a preparar un refrigerio y, de vuelta a la sala, se aseguró de que las cortinas estuvieran corridas.

-No estaban mirando, ¿verdad? -preguntó Luke.

-No, aunque no me extrañaría que lo hicieran. Cuando Netta se empeña en algo, no para hasta conseguirlo.

-¿Y no podrías armarte de valor y decirle que nadie en el mundo te va a convencer para que te cases conmigo?

-Ya lo he hecho, y no ha funcionado. Ella piensa que si nuestro matrimonio puede beneficiar a todo el mundo, es mi deber sacrificarme.

-¡Gracias!

-Me parece haberte advertido sobre las fuerzas alineadas en tu contra -observó con una sonrisa.

-Y piensas que no soy capaz de arreglármelas solo, ¿eh?

-¿Estás bromeando? Entre Netta y tú, yo apostaría por ella.

-Y yo también -observó en tono pesimista.

-No te preocupes. Yo te salvaré de ese horrible destino. Tengo fuerza suficiente para luchar por los dos.

-¿Y quién tiene la fuerza suficiente para luchar por ti? -preguntó impulsivamente.

Ella se encogió de hombros.

En ese momento, empezaba una vieja película sobre los tiempos de la Orden de la Caballería, en la Edad Media. Se trataba de un caballero que tenía que escoltar a la dama que viajaba para contraer matrimonio con un gran señor. Durante el largo trayecto se habían enamorado perdidamente. Sin embargo, mantuvieron una conducta virtuosa, simbolizada en la espada que el caballero colocaba entre ellos cuando dormían por las noches.

-Aunque en la vida real el truco de la espada ya no funciona. Uno de los dos acabaría cortado en pedazos -comentó Luke cuando acabó la película.

Minerva se echó a reír.

-¿Quieres algo más?

-No, gracias -dijo con un bostezo-. Me voy a la cama.

-Yo también.

Antes de entrar en el dormitorio, Luke hizo una pausa.

-No tengo espada, pero sí un brazo malo -comentó en tono ligero.

-No tienes que tranquilizarme -replicó ella con calma.

-Hasta pronto, entonces.

Cuando apareció en el dormitorio minutos más tarde, Luke ya estaba acostado. Entonces extendió el brazo izquierdo y ella acomodó la cabeza en el pliegue del codo. Él apagó la luz y, durante unos minutos Minnie estuvo tan quieta, que él pensó que dormía.

-Gracias, Luke -murmuró de improviso.

-¿Esto te sirve de ayuda?

-Nunca sabrás cuánto -dijo antes de quedarse dormida. Luke esperó un momento y, al sentir su respiración acompasada, también se entregó al sueño.

La joven se removió una sola vez murmurando palabras ininteligibles. Luke le acarició los cabellos con la mano vendada.

-Todo está bien. Yo estoy aquí -susurró.

Minnie se tranquilizó y no volvió a moverse.

En las noches siguientes, cuando Minerva yacía en la oscuridad junto a Luke, a veces pensaba que el destino de ambos era un misterio, pero sabía que no había nada que temer. Ignoraba qué profundo instinto hacía que Luke armonizara con sus necesidades, qué motivaba su buena disposición a subordinar todo lo demás en beneficio de ella. Ese hombre, que una vez había considerado duro e insensible, parecía poseer la facultad de penetrar en lo más profundo de su corazón y mostrarse amable y comprensivo con lo que encontraba allí.

Durante el día conversaban, o más bien ella hablaba y él escuchaba. Luke había dicho una vez que había que dejar que la luz del día penetrara en su oscuridad, y era cierto. Y por las noches ella encontraba el consuelo de un sueño reparador, sin pesares.

Sin embargo, esa situación no podía durar. La pasión que brevemente se había encendido entre ellos aún permanecía allí, escondida pero latente; siempre a la espera. Aunque en esos días era la experiencia más dulce de su vida.

Y la dulce experiencia llegó a su fin una noche, cuando casi se habían dormido y el teléfono móvil de Luke empezó a sonar insistentemente. Él intentó apretar el botón correcto con la mano izquierda, pero el aparato se le escapó.

-No te muevas -dijo Minnie al tiempo que lo recogía, apretaba el botón y se lo alargaba.

-Gracias -murmuró-. *Pronto*.

Era Tony Rinucci. De inmediato, Luke se dio cuenta de que algo iba mal. Minnie, pendiente de su rostro, lo oyó exclamar:

-¡*Mamma*! Sí, cuanto antes -dijo antes del cortar la comunicación.

-¿Qué pasa, Luke? -preguntó al notar su palidez.

-Es mi madre -respondió con dificultad-. Parece que ha sufrido un infarto. Se desplomó de repente y la llevaron rápidamente al hospital. Tengo que llegar a Nápoles lo antes posible.

-Llamaré al aeropuerto -dijo Minnie al instante.

El avión de Roma a Nápoles acababa de despegar y no había otro hasta la mañana siguiente.

-Llegaré a mediodía -gimió Luke-. Tal vez sea demasiado tarde. Tendré que ir en coche.

-No con el brazo y la mano vendados. No podrás controlar el vehículo.

-¿Es que no lo entiendes? Tengo que llegar a Nápoles ya.

-Entonces yo te llevaré. A esta hora la autopista estará despejada, así que llegaremos en menos de tres horas.

Sin darle tiempo a responder, Minnie fue a su habitación y se vistió rápidamente. Cuando estuvo lista, notó que Luke se las había ingeniado para ponerse la ropa lo mejor posible y la esperaba en la puerta, con una tensa expresión de urgencia.

Minerva sacó su coche del garaje y muy pronto se encontraron en la autopista que conducía a Nápoles. Entonces pudo pisar el acelerador y condujo a la máxima velocidad permitida.

Luke habló una sola vez durante el trayecto.

-Gracias. No sé qué habría hecho sin ti.

-Cualquier vecino de la *Residenza* se habría ofrecido a llevarte. Te consideran un amigo. Pero quiero ser yo quien te deje en casa.

-Gracias -dijo y se sumió en un pensativo silencio.

En las afueras de Nápoles, se encontraron con un atasco a causa de un accidente. Afortunadamente no había heridos, pero un camión volcado bloqueaba el camino. Sólo había un carril disponible y los coches se movían lentamente hasta que al fin se detuvieron.

Con un gemido, Luke agarró el móvil. Pero el de su padre estaba apagado.

-En los hospitales no se permite utilizar el teléfono móvil. Pero no te aflijas. Llegaremos muy pronto -observó Minnie en tono comprensivo-. Mira, la fila de vehículos empieza a moverse.

-Tal vez ya sea demasiado tarde. ¿Por qué no estaba allí?

-¿Tu madre se encontraba enferma?

-No que yo sepa.

-¿Entonces cómo podías haber estado alerta? Era imposible adivinar lo que iba a suceder.

-Eso es fácil de decir, pero ella podría haber muerto en este mismo momento y yo no lo sabría. Debí haberla llamado más a menudo. Tal vez me hubiera dicho que no se sentía bien...

-Aunque es posible que en ese momento se encontrara bien. Luke, no empieces con los «si yo hubiera» porque lo único que vas a conseguir es atormentarte.

-Es inevitable -comentó en tono sombrío-. Lo sabes mejor que nadie. De pronto me descubro repitiendo las mismas cosas que tú decías respecto a Gianni.

-Aunque tú no has peleado con tu madre -repuso Minerva con suavidad-. Ella sabe que tú la quieres.

-Debí haberme comunicado con ella ayer, pero no lo hice. De haber sido así, le hubiera dicho... -Luke dejó escapar un suspiro-. Bueno, tal vez no mucho. Pero ella habría sabido que me importa ya que me había acordado de llamarla.

Cuando el tráfico se detuvo otra vez, Minnie lo zarandeó para obligarlo a mirarla.

-Luke, escúchame. ¿Cuántos años ha sido tu madre? ¿Más de treinta? ¿Crees que no sabe lo que sientes por ella? ¿Piensas que un incidente puede borrar todos esos años? -inquirió con vehemencia en su afán por disipar la angustia que veía en su rostro.

-¿Por qué no? ¿No es lo mismo que piensas respecto a Gianni? Todos esos años de amor por él y todavía no puedes perdonarte por un incidente.

-No olvides que tú me has hecho ver mi error.

-Lo sé. Te has equivocado, como yo me equivoco ahora. Ambos lo sabemos, aunque eso no ayuda en nada, ¿no es así?

-No -repuso ella al tiempo que lo abrazaba-. No ayuda en nada, por más que intentemos razonar. A fin de cuentas, la razón no tiene nada que ver con los sentimientos.

-Si ella muere...

-Es demasiado pronto para decirlo, Luke.

-Si Hope muere antes de hablar con ella, entonces realmente seré capaz de comprender el infierno por el que has pasado, en lugar de hablar sobre ello. ¡Minnie, debes de haber pensado que soy un idiota! Palabras, muchas palabras, sin saber nada de nada.

-No, Luke, no ha sido así. Me has dado mucho más de lo que puedes imaginar. No han sido palabras solamente. Lo importante es que has estado conmigo todo el tiempo. Y eso era lo que más necesitaba. Ahora yo estoy a tu lado. Apóyate en mí.

Eso era todo lo que podía hacer por él. Ofrecerle algo de lo que él le había dado y rezar para que finalmente no tuviera necesidad de ello.

-Gracias, Minnie.

-Mira, la fila empieza a moverse otra vez. Sé fuerte, ya queda muy poco -dijo al tiempo que lo besaba una y otra vez.

-Sí.

Luke asintió con lágrimas en los ojos y se separó de ella muy a su pesar.

Un agente les hizo señas para que se movieran y ella arrancó otra vez hasta que al fin pudo conducir a buena velocidad.

-A partir de ahora tendrás que guiarme.

Luke le dio el nombre del hospital y la dirigió hasta que el enorme edificio apareció ante ellos.

-Te voy a dejar junto la puerta principal y luego iré a aparcar. Nos veremos más tarde.

-De acuerdo.

Antes de bajar del vehículo, Luke le dirigió una tensa sonrisa y ella supo que se temía lo peor.

-Buena suerte -dijo al tiempo que le apretaba la mano.

Luke se la estrechó con fuerza y luego se precipitó hacia la puerta principal.

A esa hora, el lugar de estacionamiento estaba casi vacío, así que Minerva sólo tardó unos minutos en llegar a recepción y un sanitario de guardia la guió hasta la tercera planta.

Al girar por un pasillo, la joven se detuvo.

Un grupo de hombres se encontraba junto a una puerta. Dos de ellos eran más jóvenes, muy parecidos entre sí y muy apuestos. Había otro un poco mayor, también parecido a ellos. Una sola mirada le bastó a Minnie para saber que se encontraba ante la familia Rinucci.

Todos notaron su presencia al mismo tiempo y se acercaron a ella en una actitud francamente amistosa. Minerva estrechó las manos de los hermanos, que le agradecían efusivamente el hecho de haber llevado a Luke a Nápoles. Para ella fue una experiencia un tanto excesiva, pero muy conmovedora.

-¿Qué se sabe de vuestra madre? -preguntó rápidamente.

-Ahora se encuentra bien. Yo soy Pietro Rinucci.

-Encantada, Pietro. Creí entender que se trataba de un infarto.

-*Mamma* empezó de repente a respirar con dificultad y luego se desvaneció. Así que la trajimos aquí rápidamente. El médico dice que sólo fue un desmayo, pero que debe cuidarse. Así que nos vamos a asegurar de que obedezca sus órdenes -explicó uno de los atractivos mellizos.

-De todos modos te agradecemos lo que has hecho -dijo el otro.

Entonces todos la rodearon mientras la abrazaban y besaban. Para Minerva fue como estar en casa. Las muestras de afecto de los Rinucci eran muy parecidas a las de los Manfredi.

La puerta de la habitación se abrió de pronto y apareció un hombre de edad madura. Por encima de su hombro, Minnie pudo a ver a Luke sentado junto al lecho con la mano de su madre entre las suyas. Luego se cerró la puerta. Los jóvenes se acercaron llamándolo *Pappa* y luego se apresuraron a presentarle a Minnie. Era Tony Rinucci, con una expresión fatigada a causa de una noche de tensión y miedo.

También dio las gracias a Minerva cálidamente y respondió sus preguntas con vehemencia.

-¡Los médicos dicen que se recuperará, gracias a Dios! Tienes que perdonarme por haberte obligado a hacer un viaje tan largo, pero soy su marido y estaba aterrorizado porque la quiero enormemente.

-¿Cómo podría haber sido de otro modo? -convino Minnie.

-Pronto llegarán los otros hijos. Justin viene de Inglaterra. Franco estaba en Estados Unidos, pero llegará más tarde. Mi esposa se sentirá muy contenta al verse rodeada de toda su familia. Y también deseará conocerte, pero mientras tanto sería bueno que descansaras un poco. Carlo y Ruggiero te llevarán a casa.

-¿Podemos ver a la *Mamma* primero? -preguntó Carlo.

-No, no puede estar con tantas personas al mismo tiempo, y ahora es el turno de Luke. Marchaos ahora y atended a nuestra invitada.

-Carlo conducirá tu coche y nosotros iremos en el mío -dijo Ruggiero cuando salieron del hospital-. No estamos lejos de casa.

Muy pronto, Minerva distinguió la villa enclavada en una colina. Sus luces parecían iluminarles el camino mientras ascendían la cuesta. Cuando estacionaron en el amplio patio, una mujer de mediana edad salió a recibirlos.

-Es Greta, nuestra ama de llaves -le informó Ruggiero-. Seguro que *Pappa* la ha llamado y ya tendrá preparada tu habitación.

Minerva subió las escaleras junto a Greta, que la condujo a su dormitorio. Aceptó el refrigerio que le ofrecía, aunque su único deseo era estar sola y aclarar sus pensamientos. Todo había sucedido tan repentinamente que casi se sentía mareada.

Minerva se dio una ducha reparadora en el pequeño cuarto de baño, pero aún tenía necesidad de descansar. Cuando despertó, el sol brillaba en el cielo y desde la ventana pudo ver un coche que subía por la colina. Cuando se detuvo en el patio, Minnie observó que Tony y Luke bajaban del vehículo. Sus caras sonrientes confirmaban las buenas noticias. Durante un momento consideró la idea de bajar y arrojarse en los brazos de Luke, pero entonces vio que los otros corrían hacia ellos, que reían y se abrazaban.

Minnie se dio cuenta de que allí no era necesaria. Luke estaba con su familia, donde pertenecía. El estado de su madre no revestía gravedad. Y el momento de desesperada e intensa emoción con que se habían abrazado la noche anterior parecía haber ocurrido en otro mundo.

La joven se sentó al borde del lecho con un sentimiento de desolada decepción.

A causa de su trabajo, que a veces la obligaba a desplazarse por el país, Minerva siempre tenía preparado un bolso de viaje con ropa limpia y artículos de tocador.

Antes de marcharse, lo había recogido apresuradamente y en ese momento se alegraba de poder vestirse apropiadamente.

Greta apareció con un café y le informó que el almuerzo se serviría en el comedor. Cuando bajó la escalera, Luke la esperaba en el vestíbulo. No se había afeitado, pero estaba feliz y le dio un formidable abrazo.

-Está bien -susurró en su oído-. Más tarde la traerán a casa, y está deseando conocerte.

-Debe de haberse sentido impresionada al ver tu brazo vendado.

-Sí, pero pudo comprobar por sí misma que me encuentro bien. Se enfadó mucho por no haberla avisado, pero seguro que me perdonará. Es posible que intente sacarte más detalles...

-Seré la discreción en persona, no te preocupes -prometió.

Luego, Luke le presentó a los demás, entre los que se encontraba Pietro, a quien había visto en el pasillo del hospital esa madrugada. Minnie recordó las palabras de Luke: «La madre de Pietro es italiana, así que me llama «el inglés» a modo de insulto».

Y junto a Pietro se encontraba Olympia, la mujer de cabellos negros que aparecía en la fotografía que Minnie había descubierto en el billetero de Luke. Minnie observó que la joven sólo tenía ojos para Pietro, así que la abrazó de buena gana.

Luke le explicó que Carlo había ido al aeropuerto a recoger a Justin, que llegaría con su esposa e hijo.

-¿Recuerdas que te hablé de él?

-Sí, el niño que separaron de su madre al nacer. Y ella creyó que había muerto.

-Sí. Hace unas semanas Justin y Evie se casaron aquí, en la villa, y ahora regresan de su luna de miel.

-La casa se llenará de gente. Debo marcharme pronto.

-De ninguna manera, primero tienes que conocer a la *Mamma*. Ella... -Luke se interrumpió al oír el sonido del teléfono móvil-. ¿Eduardo? -dijo, impaciente-. Siento haber tenido que marcharme tan de repente. No puedo hablar ahora. Te llamaré en cuanto pueda -añadió antes de cortar rápidamente.

Minnie estaba a punto de preguntarle quién era Eduardo cuando un ruido en el patio hizo que todos corrieran hacia las ventanas para ver la llegada de Justin y su familia.

Minutos después, Minnie se apartó discretamente mientras Luke conversaba con su familia.

«Una visión fascinante», pensó. Siempre lo había visto como un forastero. Y en ese momento se dio cuenta de que tenía su sitio en esa familia. Aunque ella sabía que todavía se consideraba un forastero, por decisión propia.

Cuando pudo escaparse, volvió a su habitación para llamar a Netta, que sentía gran curiosidad desde que descubrió que habían desaparecido de la Residenza. Netta se mostró muy compasiva cuando Minnie le informó de lo ocurrido, aunque añadió ansiosamente:

-Volverás con él, ¿no? *Cara*, no permitirás que se quede allí, ¿verdad?

-Desde luego qué no -respondió mecánicamente, y colgó de inmediato.

Minerva sintió que de pronto le faltaba el aliento. Tendría que haber sabido que eso sucedería. Y no se le ocurrió pensarlo siquiera. No había considerado la posibilidad de que Luke no regresara con ella a Roma.

Fue en ese momento cuando presintió el peligro. Era probable que Roma no hubiera sido más que un episodio pasajero para él, algo que podría abandonar cuando se le presentara la oportunidad.

La intimidad que los había unido quizá no hubiera sido más que una quimera, y con mayor razón al regresar al seno de la familia. Podrían mantener una correspondencia relacionada con los asuntos legales de la *Residenza* pero, en su esencia, la relación había terminado.

CAPÍTULO 11

ESA TARDE, Hope Rinucci volvió al hogar. Tony fue a buscarla al hospital tras insistir en que nadie lo acompañara porque quería estar a solas con su mujer.

Cuando la ayudó a bajar del coche, la madre miró sonriente al grupo que la esperaba y todos comprobaron que tenía buen aspecto. Sin duda, lo sucedido había sido una falsa alarma.

Un poco apartada de ellos, Minerva vio a una hermosa mujer en la cincuentena, una mujer capaz de atraer una admirada atención dondequiera que fuera, al margen de su edad. Minerva no pudo evitar una sonrisa cuando los hijos se acercaron a la dama. Más parecía un homenaje de los vasallos a su reina. Casi esperó que le besaran la mano.

Hope besó a cada uno de ellos. A Justin, el hijo mayor, a Evie, su esposa y a Mark, hijo del primer matrimonio de Justin. Luego se volvió a Pietro y Olympia.

-Ahora sí que podremos preparar vuestra boda -les dijo con una sonrisa.

Tras besar a los mellizos Carlo y Ruggiero, miró a su alrededor.

-¿Y Franco?

-Lo verás más tarde, *Mamma* -respondió Carlo- No olvides que hay una enorme distancia entre Los Ángeles y Nápoles.

Por último, los ojos de Hope se posaron en la joven que contemplaba la escena en silencio.

-¿Y tú eres Minnie?

-Sí, yo soy Minnie.

Hope la envolvió en un abrazo cálido y sincero y luego se apartó un poco para mirarla con atención.

-Luke me ha dicho que lo trajiste a Nápoles. Te lo agradezco de todo corazón.

Minnie, normalmente tan segura de sí misma, de pronto se sintió tímida frente a aquella imponente mujer.

-En realidad fue un viaje muy corto.

Una repentina tensión invadió a Hope. Algo indefinible, como una sensación de alerta que la obligó a ladear ligeramente la cabeza para escuchar mejor el tono de voz de la joven.

-Un viaje de tres horas no es muy corto, especialmente cuando a uno lo han sacado del sueño. Luke también me contó que lo has estado cuidando tras la explosión. Después me darás más detalles sobre el accidente.

-De todos modos me alegro de que se encuentre bien -dijo Minnie.

Sonriendo, Hope respondió con amabilidad y sus ojos se volvieron a Luke, que se había acercado a ellas. Tras repetir que se encontraba bien, la madre se opuso categóricamente a la sugerencia de ir a reposar. Media hora más tarde, un coche estacionó en el patio y por fin apareció el hijo que faltaba.

Franco había estado unas semanas en Los Ángeles y acababa de llegar a Nápoles tras trece horas de vuelo. Madre e hijo corrieron a abrazarse.

-Siempre he pensado que Franco es su favorito -comentó Olympia junto a Minnie-. Ella lo negaría, pero creo que se inclina un poco más hacia él. Aunque con Hope nunca se puede asegurar nada.

-A primera vista se ve que es una mujer fuera de lo común -convino Minnie.

-Hope lo ve todo, lo oye todo, lo sabe todo. Y luego empieza a hacer planes en silencio.

-¿Hacer planes?

-Ella piensa que ya es hora de tener más nueras y no es una mujer que cruce los dedos y se siente a esperar los acontecimientos. Justin y Evie habían roto su relación, pero ella viajó a Inglaterra y volvió a unirlos.

-¿Y que pasó con Pietro y tú? ¿También intervino en vuestra relación?

Olympia dejó escapar una risita.

-Debo admitir que Luke jugó el papel de Cupido entre nosotros. No lo creerías al verlo, ¿verdad?

-Diría que no tiene el aspecto de un Cupido -respondió al tiempo que lo miraba con la cabeza ladeada-. Aunque es verdad que Cupido se presenta de diversas formas. A veces aparece como un buen amigo, hasta que uno está preparado para algo más.

-Estoy segura de que bajo esa observación tiene que haber una historia fascinante -comentó Olympia.

-Y la hay -le aseguró Minerva.

Tras las nuevas presentaciones, todos notaron el cansancio de Franco antes de que pidiera hablar con su madre. Minerva descubrió un aliado inesperado en Mark, el hijo de Justin, un jovencito de trece años. Resultó que ambos había vivido en el mismo barrio de Londres, así que pasaron un buen rato juntos. «¿Te acuerdas de ese lugar donde...?», no dejaban de preguntarse mutuamente hasta que Evie, su madrastra se unió a ellos.

Tan pronto como la cena hubo concluido, Minnie se acercó a Luke.

-Es hora de dar las buenas noches a todo el mundo -le dijo en voz baja.

-¿Tan pronto?

-No pretendo ser descortés, pero en realidad aquí estoy de más. Tu madre desea estar con su familia y yo debo atender mi correo electrónico. He traído el ordenador portátil.

-¿Sueles llevar tu trabajo a todas partes? -preguntó sorprendido.

-Siempre es útil.

Minerva se despidió de Hope con la excusa de que todavía tenía sueño atrasado.

Ya en su habitación, tras conectar el ordenador intentó concentrarse en el trabajo, pero le resultó extrañamente difícil.

Desde abajo le llegaba el murmullo de los miembros de una familia feliz y eso aumentó la sensación de soledad que la invadía. «Éste no es mi sitio. Debo regresar a Nápoles con mi familia, que me necesita», pensó sorprendida de sus propios pensamientos.

Tras la muerte de Gianni, se consideraba una mujer autosuficiente. Por lo demás era natural que se sintiera como una forastera en medio de los Rinucci. Sin embargo, sentía como si la hubieran separado de Luke en el instante en que su corazón anhelaba estar junto a él. «Celos», pensó burlándose de sí misma. Y temor a perderlo, una emoción tan ajena a ella que le costó reconocerla.

Trabajó un par de horas mientras la casa lentamente empezaba a quedar en silencio.

Entonces apagó el ordenador y, tras darse una ducha, se preparó para ir a la cama. Luego

apagó la luz y se quedó contemplando el jardín junto a la ventana. Los árboles aparecían cuajados de luces de colores. Bajo la ventana de pronto distinguió una terraza con una escalinata que conducía al jardín y de inmediato sintió la necesidad de encontrarse entre los árboles. No había nadie en el pasillo que conducía a la terraza.

Minutos después, Minnie corría sobre el césped hacia los árboles. Mientras contemplaba la bahía, la suave brisa marina la ayudó a relajarse.

Anhelaba la presencia de él, aunque extrañamente también deseaba alejarse de la villa y volver a Roma, a la vida que conocía y a la que pertenecía, de vuelta a los tiempos antes de Luke.

Minerva deseaba a ese hombre, aunque era una amenaza para una parte de su ser y por eso deseaba escapar; sobre todo porque Luke desconfiaba de ella tanto como ella de él.

-¿Estás ahí?

Minerva se volvió y pudo ver que se acercaba de entre los árboles y su propia felicidad también fue una advertencia. «Aléjate de él ahora mismo».

-Sí, estoy aquí -dijo suavemente.

Luke se internó en las sombras con ella.

-Temía no volver a verte esta noche. ¿Saliste al jardín a buscarme?

-No, yo sólo... bueno, puede que sí.

-Toda la tarde he querido hablar contigo, pero no pude acercarme a ti. Aquí hay mucha gente. Me gustaría volver a Roma contigo, pero no puedo marcharme todavía.

Ella hizo una mueca irónica.

-El piso estará horriblemente vacío sin ti.

-Sí, y no tendrás a nadie que te sople las respuestas en esos tontos concursos televisivos.

-Es cierto. Luke...

Minnie le rodeó la cara con las manos al tiempo que lo miraba fijamente, llena de confusión, debatiéndose entre dos poderosas emociones.

-¿Qué hay, Minnie? ¿A cuál de los dos estás mirando?

-Luke, no...

-¿Quién es, Minnie? ¿Él o yo?

La joven lo atrajo hacia sí.

-Ahora no -susurró.

Él quiso decirle que necesitaba saberlo, pero su perfume lo silenció. Hasta entonces había resistido sólo por ella. Pero en ese momento era ella quien quería verle flaquear y le era muy difícil combatir su propio deseo.

Cuando sus labios se encontraron, Luke supo que no sería capaz de resistirse. La pasión que había mantenido bajo control afloró a la superficie, como si entre sus brazos Minnie fuese una llama que lo incendiaba impulsándole a besarla de un modo casi salvaje. Y la respuesta de la joven fue instantánea.

Minerva era una mujer experimentada que había vivido un amor apasionado, pero el celibato había ocultado el deseo siempre latente en su interior, a la espera de aflorar junto al hombre adecuado. Y percibía su ardiente deseo en el movimiento de su boca, en la sensualidad con que se ceñía al cuerpo masculino, en la calidez de su aliento que se mezclaba con el de Luke.

Minerva no se resistió cuando los labios de él se deslizaron por su cuello hasta la garganta y luego hasta el nacimiento de los pechos. Luke pudo sentir los fuertes latidos de su corazón y oyó el

suave gemido que se escapó de los labios femeninos. Todo su cuerpo le urgía a una deliciosa conclusión. O al desastre.

-Minnie... espera -oyó lejanamente su propia voz. Y apelando a toda su fuerza de voluntad, se separó de ella-. Espera. Así no.

-¿Qué? -susurró la joven.

-Mírame -pidió con urgencia. Ella alzó la vista casi sin verlo-. ¿Dónde estás, Minnie? Porque no te encuentras conmigo, ¿verdad? -murmuró.

«¿Y quién está contigo?», quiso añadir.

-¿Por qué te preocupas ahora? -susurró la joven.

-Porque te deseo demasiado para arriesgar lo que podría haber entre nosotros -dijo con la voz enronquecida-. O tal vez me engaño a mí mismo y nunca podrá haber nada entre nosotros.

-No, no te engañas, pero... Han pasado tantas cosas, Luke... Si tú me deseas...

-Sí, te deseo como nunca un hombre ha deseado a una mujer, pero no así.

-¿Qué quieres decir?

-¿Dónde está Gianni? ¿Me lo puedes decir? -inquirió. Minnie lo miró asombrada mientras se esforzaba por controlarse-. Él está aquí, ¿no es cierto? Está aquí porque siempre lo está, pero eso no es bueno. Quiero que vengas a mí, a mí, y no a una figura mitad yo mismo y mitad el hombre que realmente amas. Debes alejarlo de ti o decirme cómo deshacerme de él.

-No lo sé -exclamó con dolor.

-Debes saberlo si es que alguna vez ha de haber algo entre nosotros. Quiero hacer el amor contigo. Sólo Dios sabe cómo lo deseo, pero sólo cuando yo sea el primero para ti. Hasta entonces... -Luke se estremeció de ira y deseo-. Hasta entonces no puede haber nada entre nosotros -dijo entrecortadamente antes de apartarla de su cuerpo y alejarse rápidamente.

Fue un gesto brutal, pero tenía que hacerlo mientras todavía tuviera fuerzas. Cuando estuvo suficientemente lejos de ella, intentó calmarse y luego se atrevió a volver sobre sus pasos.

Luke alzó la vista y vio que había luz en la ventana de Minnie. Anhelaba subir a su habitación, rogarle que olvidara lo que había sucedido y decirle que aceptaría cualquier cosa con tal de tener un lugar en su cama y en su corazón. Pero ésa era la tentación más peligrosa de todas.

Para huir de esa tentación, tomó un sendero que se alejaba de la casa, cruzaba entre los árboles y pasaba junto a un banco que miraba a la bahía. Allí se sentiría seguro y en soledad.

Pero el banco estaba ocupado.

-Ven a sentarte a mi lado, hijo mío -lo invitó Hope, al tiempo que daba unos golpecitos al asiento.

Tras sentarse junto a ella, Luke se pasó la mano por los cabellos con un suspiro. Hope le dirigió una mirada comprensiva.

-Así que ya he conocido a la «camarera» -comentó con un guiño.

-¿Camarera?

-La que atendió el teléfono cuando te llamé esa mañana al hotel. ¿No te parece que para ser una vieja tengo buena memoria?

-Nunca serás una vieja, y a veces me gustaría que tu memoria no fuera tan buena. Por lo demás, tú sugeriste que podría ser una camarera y yo...

-Y tú aprovechaste mi sugerencia como una buena manera de evadir cualquier pregunta. Admítelo.

-De acuerdo, soy un cobarde.

-No sé si recuerdas que también dije que por su tono me parecía una mujer apasionada, y ahora que he vuelto a oír su voz sé que no me había equivocado.

-Sí, aunque no es lo que piensas, *Mamma* -murmuró Luke mientras intentaba calmarse.

-Tal vez haya llegado la hora de que me expliques qué es entonces. ¿Voy a tener otra nuera o no?

-No lo sé. Es complicado.

-¿Y por qué no me lo cuentas?

-¿Qué es esto? ¿La Inquisición?

-Curiosidad maternal solamente.

-¿Es que hay mucha diferencia?

-No mucha -admitió Hope al tiempo que le daba unas palmaditas en la mano-. Así que ríndete y cuéntamelo todo.

-De acuerdo, Minerva estaba en mi habitación aquella mañana, pero yo no estaba con ella.

-¿Y dónde estabas?

-Sí, dinos dónde estabas -se oyó una voz desde las sombras. Madre e hijo alzaron la vista. Olympia se acercaba con una copa de champán en la mano. La joven se acomodó en un tronco caído cerca de ellos y los miró sonriente-. Soy toda oídos.

-El problema de haberme hecho con una hermana es que ahora hay otra mujer que mete las narices en la intimidad de un hombre.

-Entonces hago lo que me corresponde -observó Olympia alegremente-. Vamos, ¿dónde estabas?

-En la celda de una comisaría del Trastevere -confesó tras un profundo suspiro.

Sin dar muestras de desconcierto, Hope se limitó a asentir con la cabeza y Olympia se echó a reír.

-¿Y qué hacías allí?

-Me vi envuelto en una pelea y me arrestaron. Charlie estaba conmigo... Ah, él es el cuñado de Minerva.

Luke también se echó a reír al recordar la escena sin advertir que su madre lo miraba fascinada.

-Así que Charlie y tú estuvisteis metidos en una riña callejera. ¿Y qué más? -inquirió la madre.

-Minnie fue a sacarlo del calabozo. Ya sabes que es abogada, así que también se hizo cargo de mi defensa.

Las dos mujeres prorrumpieron en carcajadas.

-Cómo me habría gustado estar allí. ¡Mi hijo, un hombre de negocios y ejemplo de sensatez, metido en una riña de borrachos!

-No he dicho que lo estuviera.

-Desde luego que sí -afirmó Olympia y Luke apretó los dientes.

-No olvido cuando partiste a Roma dispuesto a enfrentarte a ella -observó Hope.

Más relajado, Luke la miró con una sonrisa.

-Y lo hice. Por desgracia, lo hice en una celda y con la camisa desgarrada. Como no llevaba el carné de identidad, Minerva tuvo que ir a buscarlo al hotel, junto con mi teléfono móvil y ropa limpia. Así fue como atendió tu llamada.

-Te habías guardado lo mejor, hijo. Sólo me contaste que te habías mudado a la *Residenza*. Bueno, así que os habéis hecho amigos. Lo digo porque acudiste a ella cuando Toni te llamó.

Luke vaciló un instante.

-No tuve que ir a buscarla, Mamma. Estaba con ella.

-¿En tu cama?

-No, en la de ella. Minnie me ha estado cuidando en su casa. Pero no es lo que piensas.

-No pienso nada, hijo mío, porque en tu relación con esa joven nada parece seguir su curso normal. ¿Cuál es exactamente tu relación con ella?

-Ojalá lo supiera. Me siento muy cercano a Minerva, como nunca lo he estado con otra mujer. Sé que me necesita, pero no soy el hombre que ama.

Hope alzó las cejas.

-¿Ama a otro hombre y comparte tu cama?

-No en el sentido que piensas. Durante la última semana ha dormido junto a mí como lo haría con su perro. Todavía está enamorada de su difunto marido, Gianni Manfredi. Falleció hace cuatro años, aunque cualquiera pensaría que fue ayer, tan atada está a su recuerdo. No, me parece que es más que un recuerdo, es un fantasma del que no puede escapar. Constantemente ronda sus pensamientos, todo el tiempo está entre nosotros. Por las noches la he mantenido entre mis brazos mientras ella hablaba de él.

-¿Y eso es todo? -preguntó Hope en un tono incrédulo y ligeramente escandalizado.

-Sí, y me hace parecer un pobre hombre, ¿verdad? De acuerdo, soy un pobre hombre, pero es lo que ella necesita. O habla de él o se vuelve loca. Como no puede hacerlo con los otros miembros de la familia, me ha tocado ser su confidente.

-¿Y sólo le sirves para eso, hijo mío?

Luke dejó escapar una risa irónica.

-Sólo le sirvo para eso. Esta noche, por un momento albergué la esperanza... pero no, no era a mí a quien abrazaba.

-¿Y por qué no la dejas? Hay muchas mujeres en el mundo.

Luke guardó silencio un momento, pero cuando habló fue como si a través de sus palabras por fin hubiera descubierto la verdad.

-No, *Mamma*. No para mí. No hay otra mujer cuya sonrisa me llegue al corazón como la de ella, o que me haga desear lanzarlo todo por la borda con tal de verla feliz.

-En otro tiempo nunca habrías hablado como lo haces ahora -observó Olympia con suavidad.

-En gran parte te lo debo a ti. Fuiste la primera mujer que me interesó de verdad, aunque sabía que perdería la batalla, como así sucedió. Así que ya tengo experiencia suficiente para hacer frente al desdén de Minnie.

Olympia se inclinó hacia él y lo besó suavemente en los labios.

-Podría asegurar que ella no te desdeña.

-Continúa con la historia -pidió Hope-. Cuéntanos algo más del hombre con el que se casó.

-Minerva se culpa de su muerte porque esa mañana sostuvieron una fuerte discusión. Ella salió de la casa a su trabajo. Él la siguió a la calle, cruzó la calzada sin fijarse y cayó bajo las

ruedas de un camión. Murió en sus brazos. Era un tipo de buen talante, amable y cariñoso. Se ganaba la vida como conductor de camiones, así que dudo que hubiera sido un hombre capaz de deslumbrar al mundo, pero Minerva se sentía amada.

-¡Vaya! -exclamó Hope-. ¡Así que un camionero te ha ganado la partida! A ti, que sabes cómo deslumbrar al mundo pero, ¿alguna vez has sido capaz de enamorar tanto a una mujer como para que nunca se haya recuperado de tu pérdida?

-Ya sabes que nunca. Y no hace falta insistir en ello, *Mamma*.

-No, porque tú mismo lo has comprobado. Has dicho con mucha ligereza que lo dejarías todo por ella. ¿Eran simples palabras o verdaderamente lo harías? ¿Podrías hacer que te amara a su manera aunque no fueras capaz de ahuyentar al fantasma? ¿Podrías vivir con él entre vosotros, sólo por ella?

-Ése es el pensamiento que me atormenta. ¿Me ama o simplemente se aferra a mí por necesidad?

-Y si fuera lo segundo, ¿la amarías de todos modos? El amor no es como un libro de contabilidad, hijo mío. No siempre se recibe lo mismo que se da. ¿La amas lo suficiente como para contentarte con menos con tal de que ella se sienta feliz?

-Ojalá me conociera mejor, *Mamma*. Hace poco rato estábamos juntos aquí en el jardín y en un momento pensé que podría hacer el amor con ella. Pero algo me detuvo, algo aquí -dijo al tiempo que se llevaba la mano al corazón.

-¿Qué fue lo que te detuvo, hijo?

-El fantasma estaba allí, y yo no podía librarme de él. Y si yo no soy capaz, ¿cómo podría serlo ella? Le dije que nunca haría el amor si no era el primero en su corazón, pero...

-¿Y si nunca lo consigues? ¿Qué pasaría entonces? -preguntó Olympia con suavidad.

Luke guardó un prolongado silencio.

-No lo sé. ¡Que el cielo me ayude, pero la verdad es que no lo sé!

A la mañana siguiente, cuando Minnie estuvo lista para partir, fue a despedirse de Hope acompañada de Luke.

-Por supuesto que debes atender tu trabajo -dijo la madre amablemente-, pero debes volver pronto. Hijo, confío en que te encargues de traerla a casa.

Los otros hermanos se acercaron a la joven.

-Debes perdonarme por no recordar tu nombre. Anoche estaba con la mente embotada a causa del desfase horario -Franco se disculpó.

-Se llama Minerva Manfredi -dijo Luke.

Sólo el observador más sagaz habría percibido el estremecimiento de Franco al oír el nombre. Minnie estaba demasiado absorta en sus problemas como para haberlo notado.

Luke la acompañó al coche.

-En un par de días estaré en Roma.

-Quizá tu madre quiere que te quedes más tiempo.

-No puedo arriesgarme -repuso en tono ligero-. ¿Quién sabe qué travesura legal se te ocurrirá en mi ausencia? Llegaré lo antes posible. Cuenta con ello.

-Esperemos que hayan terminado de reparar tu apartamento -repuso ella en el mismo tono.

-¿Tan ansiosa estás por echarme de tu casa?

-Adiós -dijo Minerva al tiempo que le alargaba la mano con una sonrisa formal.

-Adiós -respondió Luke sin saber qué decir o hacer.

Luego se quedó contemplando el vehículo que se alejaba y lentamente volvió a la casa.

Franco se encontraba en la escalinata, también con la vista fija en el coche de Minnie y una expresión de perplejidad.

-¿Qué pasa? -preguntó Luke mientras entraban en la casa.

-Nada... ¿Dijiste que su nombre es Minerva Manfredi?

-Sí. ¿Has oído hablar de ella?

-Tal vez. ¿Y su marido se llamaba...?

-Gianni -dijo Luke. Franco aspiró una gran bocanada de aire-. ¿Qué sucede? ¿Lo conociste?

-No mucho, pero sí lo conocí. Nos vimos unas cuantas veces.

-¿En Roma?

-No, aquí en Nápoles. Solía venir a menudo.

-Sí, transportaba mercancías de Roma a Nápoles y también a Sicilia.

-Puede que sí. Aunque también venía a ver a una mujer.

Luke alzó bruscamente la cabeza.

-Eso es imposible. Estaba felizmente casado hasta que falleció, hace cuatro años.

Franco se encogió de hombros.

-Es posible, pero te digo que aquí tenía una mujer y un hijo.

CAPÍTULO 12

-YO DIGO que te equivocas. Lo confundes con otra persona.

-El hombre que conocí se llamaba Gianni Manfredi y su esposa era Minerva, una letrada que ejercía en Roma.

Luke apuró de un trago su copa de coñac con la sensación de estar sufriendo un terremoto interior.

-Me niego a creerlo. Ella lo adoraba y aún lo ama.

-Bueno, el tipo se las ingenió para pasarle gato por liebre. La mujer se llama Elsa Alessio y su hijo, Sandro. La dejó embarazada cuando vino a Nápoles un verano. Entonces él tenía dieciocho años y nunca se habló de matrimonio. Elsa era una mujer divorciada, mayor que él y tenía dinero suficiente para ella y el niño. Por la forma en que Gianni se refería a aquella experiencia sentimental, nunca estuvieron enamorados. Simplemente fue una aventura de verano, y tras el nacimiento del bebé mantuvieron una relación amistosa.

-Vaya...

-A menudo venía a Nápoles. Entonces iba a verlos y luego regresaba a Roma. Cuando se casó, nunca dejó de visitar a Elsa con el propósito de darle dinero y ver a su hijo.

-Creí que dijiste que podía mantenerse sola.

-Bueno, no tenía necesidad de casarse con él, pero un hombre decente se ocupa de la manutención de su hijo.

-Bastardo -dijo Luke en voz baja.

-¿Por qué? Gianni amaba a su esposa y lo que sucedió antes del matrimonio no era asunto de ella.

-Pero nunca se lo dijo.

-Desde luego que no. ¿Para qué herirla? Pero conocí a un amigo suyo que me contó que Gianni solía presumir de sus visitas a la madre de su hijo.

-Presumir, ¿cómo?

-¿Qué crees tú?

-Tal vez tú puedas explicarlo, hijo mío -dijo Hope desde un rincón de la sala.

Franco se sobresaltó.

-Mamma, no sabía que estabas aquí.

-Evidente, de lo contrario no estarías diciendo tonterías. Minnie ha sido una invitada en esta casa. ¿Cómo te atreves a propagar esas historias?

-No lo he inventado, Mamma. Es cierto.

-¿Y cuánto de eso en realidad es cierto? Tal vez lo único cierto es que hay un niño de por medio.

-Se jactaba de que podía disponer de Elsa cuando le apetecía.

-¿Y tú sabes con certeza que decía la verdad? ¿Es que alguien puede creer todo lo que habla un mozalbete presumido? Escucha hijo, no quiero oírte hablar una palabra más sobre el asunto. Los rumores hacen daño a laspersonas y por ningún motivo quisiera que alguien hiciera sufrir a Minnie. Por favor, prométeme que te olvidarás de esto y no volverás a repetir una sola palabra.

-De acuerdo, Mamma. Lo prometo.

-Será mejor que mantengas tu promesa o te retorceré el pescuezo -amenazó Luke.

-Lo juro.

Franco besó a su madre y se marchó sin mirar a su hermano, que luego se acercó a la ventana y se quedó mirando a la terraza pensativamente.

-No puede ser cierto, ¿verdad? -preguntó a su madre tras una larga pausa.

-Bueno, los nombres son correctos. Puede que lo del niño sea lo único cierto en esta historia.

-Bastardo -repitió Luke-. Y ella piensa que es maravilloso.

-¿Por qué te enfadas? ¿No te parece que esto soluciona tu problema?

-¿Cómo?

-Buscabas una forma de alejar a Gianni de su corazón. Ahora la tienes. Basta con decirle que el marido que idolatraba la engañó.

-La aventura sucedió antes de conocer a Minnie, así que no veo dónde está la traición.

-Siguió visitándola cuando venía a Nápoles.

-Como haría cualquier hombre decente que no abandona a su hijo. Gianni guardó silencio para no herir a Minnie, porque era la única mujer que quería de verdad. Se necesitaría algo más para destruirlo ante sus ojos.

-Pero siguió durmiendo con esa mujer -indicó Hope-. Ahí está la traición. Cuéntaselo a Minnie y procura hacerque acepte la verdad. Entonces tendrás el camino libre.

Sin decir palabra, Luke se volvió a mirarla.

El teléfono de Minnie sonó a las once en punto de la noche.

-He esperado hasta ahora para no interrumpir tu tra bajo -dijo Luke.

-A esta ahora podría estar durmiendo.

-No es cierto. A esta hora normalmente estábamos charlando y luego preparabas el chocolate. ¿Qué estás haciendo ahora?

-Estaba a punto de cerrar los libros e irme a la cama.

-Debiste haberte quedado aquí.

-No creo que hubiera sido una buena idea, Luke.

-Tienes razón -convino él, y Minnie supo que también recordaba la noche del último encuentro en el jardín.

-¿Y tú qué tal estás?

-He acompañado a mamá al hospital para su revisión. Todo va bien. Y me han quitado las vendas.

-¿Ha mejorado tu brazo?

-Bastante. Muy pronto estaré por ahí para volverte loca -dijo riendo. Minnie deseó preguntarle cuándo exactamente, pero no lo hizo-. Franco regresa a Los Ángeles este fin de semana. A propósito, a Hope le encantó la tarjeta que le enviaste.

-Quise agradecer su amabilidad y desearle lo mejor.

Cuado Minerva cortó la comunicación, la casa quedó en completo silencio. Entonces tomó la fotografía de Gianni y lo miró como solía hacerlo para invocar su presencia.

-¿Qué voy a hacer ahora? Dímelo.

Los ojos del joven sonrieron como siempre, pero su mirada carecía de ese brillo que la invitaba a la amorosa conspiración que solían compartir.

-No sé qué hacer, estoy confundida. Nunca me había sucedido antes, ni siquiera contigo. Siempre supe lo que pensabas, pero ahora... -murmuró Minerva con los ojos cerrados.

Todo lo que pudo sentir fue la mano de Luke acariciando sus cabellos y el susurro de una promesa: «Estoy aquí».

Minnie abrió los ojos. El rostro de Gianni era el mismo de siempre. Pero allí sólo había una fotografía... y así sería para siempre. Entonces besó sus labios sobre el cristal y por primera vez notó que estaban fríos.

-Gracias por todo. Por todos estos años. Gracias, mi amor. Adiós.

Luego guardó la fotografía bajo llave en su escritorio.

Minnie veía a Netta diariamente y ella siempre la recibía con una sonrisa obstinada. Rehusaba admitir el fracaso de sus planes. Incluso una tarde la encontró examinando una revista especializada en vestidos de novia.

-Mira éste -dijo indicándole un elegante vestido con un velo blanco.

-No podría llevar ese traje blanco. Soy viuda.

-¿Y qué? Tú te pondrás lo que quieras.

-Sólo si me fuera a casar, pero eso no va a suceder.

-Está escrito en tu destino. Y te casarás en la iglesia de Santa María del Trastevere.

-Veo que ya has elegido la iglesia y el vestido. Es una lástima que no haya un novio pero, ¿para qué preocuparse por un detalle insignificante?

-Eso te lo dejo a ti. En algo tendrás que colaborar.

Minerva la miró enfurecida, pero como Netta no le prestó atención decidió marcharse a su casa.

En la escalera se encontró con un hombre que miraba para todos lados, claramente perdido.

-¿Puedo ayudarlo? -preguntó Minnie.

El hombre se volvió con una sonrisa que, sin saber por qué, le causó alarma.

Diez minutos más tarde, conocedora de lo peor, Minerva corrió escaleras abajo en busca de su coche y luego enfiló a Nápoles a toda prisa.

La familia había ido a despedir a Franco al aeropuerto y luego disfrutaron de una buena cena en la villa.

Más tarde, cuando los demás empezaron a recogerse y la casa quedó en silencio, Luke y Hope dieron un último paseo por el jardín.

-¿Has pensado lo que vas a decirle a Minerva? -preguntó la madre.

-No tengo ni idea.

-Ya ha pasado casi una semana. No recuerdo haberte visto nunca tan indeciso.

-A veces pienso que le diré lo que sé, porque en el futuro no podría vivir con ese secreto. Pero luego pienso en el daño que le puede causar y entonces decido no decirle nada.

-¿Aunque eso significara vivir con San Gianni el resto de tu vida? ¿Podrías hacerlo?

-No lo sé.

Habían llegado al pie de la escalinata que conducía a la puerta de la casa y Luke se detuvo a mirar unas luces que subían por la colina.

-¿Qué sucede? -preguntó Hope.

-Me parece que se aproxima un vehículo. Y viene como un bólido -informó. Ambos se quedaron mirando las luces que se aproximaban a la villa-. ¿No es el coche de Minnie?

-Creo que sí -convino la madre sin poder ocultar el placer y la emoción en su voz.

El vehículo se detuvo bruscamente en el patio con un chirrido de frenos. Minnie bajó del coche y lo cerró de un portazo. Luego se acercó a Luke con los ojos anegados en llanto y una expresión que presagiaba el desastre.

-¡Lo sabía! Nunca debí haber confiado en ti, pero me conmovió tu estado y bajé la guardia. Juro que nunca más en la vida me dejaré llevar por la compasión.

-Minnie, ¿quieres explicarme qué es todo esto, por favor? -preguntó cuando pudo recobrarse de la impresión.

-Te lo diré en dos palabras: ¡Eduardo Viccini! -disparó. El gesto desesperado con que Luke cerró los ojos y su gemido le dijeron a Minerva todo lo que necesitaba saber-. Conoces al hombre del que te hablo, ¿verdad?

-Sí, lo conozco. Y parece que tú también.

-Fue a verte esta tarde. Debiste haberle advertido que yo ignoraba la turbia jugada que ambos habéis tramado. Eres un mentiroso, un traidor y un hipócrita -exclamó sin parar de llorar.

-Minerva... -dijo Luke al tiempo que intentaba tomarle la mano.

-No te acerques -le advirtió ella con un gesto de rechazo-. Se suponía que yo tenía que ignorar que proyectabas traicionarnos a todos hasta que hubiera sido demasiado tarde, ¿verdad?

Dentro de la casa se produjeron discretos movimientos producidos por el resto de la familia, que se acercó sigilosamente a las ventanas para no perderse el altercado de la pareja. Los más interesados eran Pietro y Olympia que, tomados del brazo, contemplaban el último acto del drama que se desarrollaba en el patio bajo el cerco de luz que proyectaban las luces de la fachada. Hope había desaparecido discretamente entre las sombras.

-No te he traicionado. Ni a ti ni a nadie.

-Claro, se supone que vender la *Residenza* a una empresa de promoción inmobiliaria no es una traición.

-No lo he hecho.

-¡No me mientas! -gritó-. Y ahora me vas a decir que nunca has oído hablar de Allerio Proprieta.

-He hecho algo más que oír hablar de esa empresa. La he creado yo. Yo soy Allerio Proprieta, con el respaldo financiero de Eduardo Viccini. Soy el jefe, pero necesito su financiación. Lo que estoy proyectando va a resultar muy costoso y no puedo hacerlo solo.

-Apostaría a que sí, empezando por echarnos a todos a la calle.

-No, te juro que no es así. Los que se quieran quedar pueden hacerlo. Tú misma has dicho que no puedo obligar a nadie a marcharse, y ni siquiera lo voy a intentar. Pero ofrecer una compensación a los inquilinos es otra cosa.

-Así que lo admites, ¿eh?

-No admito nada porque no he hecho nada incorrecto. Si alguien posee algo que a mí me interesa le ofreceré un precio justo. Esa persona es libre de rehusar, y si lo hace no habrá ningún problema. Y si acepta es porque también gana algo. A eso se le llama un intercambio justo.

-Algunos ya se están marchando. Debes de haberte esmerado para conseguirlo.

-¿Te refieres a Mario, del número ocho? Le han ofrecido un buen trabajo en otro barrio de Roma y quiere vivir cerca de la empresa. Va a ganar un buen sueldo y necesita una casa más grande porque su mujer está embarazada.

-¿Es una coincidencia que justo ahora le hayan ofrecido un buen trabajo?

-¡De coincidencia nada! El puesto se lo debe a Viccini, que conoce a alguien que siempre busca personal con las habilidades de Mario. Ha conseguido el puesto de sus sueños. ¿Crees que se siente utilizado? Te puedo asegurar que no. Y además puedo citar una decena de casos de inquilinos que deseaban tener una casa propia pero carecían de fondos para pagar la entrada.

-Y tú les regalaste esos fondos, ¿verdad?

-No. No soy Santa Claus. Les hice un préstamo sin intereses y ahora están más felices que las alondras. Y si no me crees, no tienes más que preguntarles. Mira, Minnie, ellos no están tan vinculados a la *Residenza* como nosotros. Para algunos el piso es sólo un lugar para vivir y nada más. Si pueden encontrar una vivienda mejor, no dudan en mudarse. Yo sólo les facilito los trámites.

-¿Y qué pasa con mi familia?

-Muchos quieren quedarse y otros se marcharán voluntariamente. Las obras comenzarán cuanto antes y pronto la *Residenza* se convertirá en un lugar seguro y agradable para vivir.

Minnie calló, llena de abatimiento y confusión.

-¿Qué quisiste decir con eso de que ellos no están tan vinculados a la *Residenza* como nosotros? ¿Nosotros?

-Sí, porque me encanta la finca y pienso vivir allí. Pietro, que como sabes es mi vecino de al lado, se mudará a un apartamento más abajo. Pienso derribar los dos pisos y convertirlos en uno solo, bastante más amplio para que dos personas puedan vivir con comodidad.

-¿Para... dos?

-Sí, tú y yo no podemos vivir en el tuyo. Es mejor comenzar una vida nueva en nuestra propia casa.

-Me parece que vas muy rápido. ¿Quién ha dicho que vamos a vivir juntos?

Luke inspiró profundamente.

-Me parece que es lo que normalmente hace la gente cuando se casa.

-¿Y quién ha dicho que nos vamos a casar?

-Netta, Charlie, Tomaso... En fin, toda tu familia. Aunque ellos están de acuerdo porque lo dice Netta. Y ahora lo digo yo. Lo único que hace falta es que lo digas tú.

-¡Espera un segundo! ¿Me estás proponiendo matrimonio sólo por complacer los deseos de Netta?

-¿Por qué no? Tu suegra es como mi madre. Tarde o temprano hay que hacer lo que ella dice. Netta lo decidió el primer día, así que no podemos hacer otra cosa que ceder a sus deseos.

-¿Y qué clase de proposición es ésta? ¿Es lo más romántico que se te ocurre?

-Bueno, confieso que no se me da bien hablar en público -dijo con un movimiento de cabeza que abarcaba a los que estaban en las ventanas disfrutando de la escena con una sonrisa.

-¿Cómo te atreves? Eres un descarado.

-Hago lo que se me ha dicho. Sabes que tengo razón en cuanto a Netta. No me sorprendería nada que ya hubiera elegido tu traje de novia e incluso la iglesia. ¿Qué pasa?

Tras una exclamación sofocada, Minnie se había llevado las manos a la boca. La mágica exactitud de la predicción de Luke la había dejado sin aliento.

-Santa María del Trastevere -murmuró.

-¿Es la iglesia donde celebraremos la boda?

-Es lo que dijo Netta.

-¿Y ha fijado la fecha? Ven aquí -dijo con fiereza al tiempo que la atraía hacia sí.

Entonces el resto de la familia salió al porche a contemplar a la pareja que se besaba. Sólo Hope contenía la respiración a la espera de la cuestión que sabía que tenían que resolver.

-¿Cómo pudiste creer que yo podría haber hecho trampa? -preguntó Luke cuando al fin se separaron.

-No lo sé. Cuando pensé que nos habías engañado fue como si el mundo se hubiera hundido a mis pies. Hasta entonces no sabía cuánto me importas. Luke, ¿no comprendes que lo más terrible que puede suceder es descubrir que la persona que amas y en la que confías te ha engañado?

-Sí -respondió Luke, suavemente-. Sí que lo comprendo... Hay algo que quiero decirte y escúchame bien, porque es importante.

-¿Sí? -Minnie lo miró con los ojos resplandecientes.

-Una vez te dije que no haría el amor contigo si yo no era el hombre más importante en tu vida.

-Sí que eres el más importante en mi corazón, en toda mi vida.

-Entre los vivos, pero yo quería ahuyentar su fantasma...

-Luke...

-Déjame acabar. Quería alejarte del fantasma de Gianni, pero me he dado cuenta de mi actitud egoísta. Tenía celos de él. Quise quitarte los más dulces recuerdos porque a mí me convenía. Intenta perdonarme y no te desprendas de tu fantasma, mi amor. Ámalo como él lo merece.

Los ojos de todos los espectadores estaban fijos en Luke, así que nadie notó la sonrisa de orgullo maternal en los labios de Hope.

Minerva lo miró atentamente.

-¿Tienes algo más que decir? -preguntó ella.

-Nada más.

-¿No me vas a hablar de Elsa Alessio?

Luke la miró conmocionado.

-¿Qué sabes de eso?

-Todo. Sólo te puedo decir que Gianni fue un buen padre y que yo fui el amor de su vida.

-¿Te lo contó... todo?

-Por supuesto. Nunca me habría engañado. Me contó todo lo que yo necesitaba saber -añadió en un tono ambiguo.

-Comprendo...

Luke estaba a punto de preguntarle si creía que Gianni le había sido fiel cuando visitaba a la madre de su hijo. Sin embargo, repentinamente decidió que nunca en su vida haría esa pregunta y que nunca comentaría con ella las presuntas jactancias de Gianni respecto a Elsa.

-¿Irías a vivir a Roma por mí? -preguntó Minnie maravillada.

-Puedo trasladar mis negocios a Roma, incluso creo que voy a disfrutar el desafío de explorar nuevos territorios. Sin embargo, tú no puedes dejar Roma porque ahí es donde ejerces tu profesión.

-¿Y no pensarás que no te atiendo lo suficiente por mi trabajo?

-Jamás, lo juro.

Minnie le rodeó la cara con las manos.

-Cuando pensé que te había perdido fue como el fin del mundo para mí. Te quiero. Sin ti nada puede existir.

-No lo digas hasta estar completamente segura.

-Estoy totalmente segura. Una vez pensé que nunca podría volver a amar a otro hombre, pero fue porque te esperaba a ti.

Mientras se besaban apasionadamente, pudieron oír murmullos de aprobación desde las sombras que los rodeaban.

-Mi familia está disfrutando esta escena romántica. Los Rinucci son como los Manfredi. El amor y el matrimonio les conciernen a todos -murmuró al oído de la joven.

-Luke, hay algo que quiero decirte.

-¿Qué es, mi amor?

-Ayer me despedí para siempre de Gianni. Y él lo comprendió.

Bastante tiempo después todavía se comentaba el encuentro de Netta Manfredi y Hope Rinucci como el de dos reinas, tras la visita oficial de los Rinucci a Roma.

Ambas inspeccionaron los pisos que se iban a convertir en uno solo y dieron su aprobación.

-Hijo, desde el principio supe que nunca le ibas a decir a Minerva lo que sabías -comentó Hope mientras probaban un delicioso bizcocho casero en el salón de Netta-. La amas demasiado para herirla, aunque no estaba segura de que tú también lo supieras. Te conozco más de lo que tú te conoces a ti mismo.

-Aunque creo que todavía puede sorprenderte -observó Toni, que se había acercado a ellos-. Cuéntale, Luke.

-Hace años Toni me ofreció la posibilidad de convertirme en un Rinucci. Hace una hora le pregunté si el ofrecimiento seguía en pie.

-Y yo le dije que sí -declaró Toni.

Hope abrazó a su hijo con los ojos llenos de lágrimas.

El día de la boda, Minerva llevó el elegante traje de novia con su blanco velo que Netta había visto en la revista y se casó en Santa María del Trastevere.

Y tras la ceremonia, pasearon en calesa por las calles aledañas a la *Residenza* aclamados por los vecinos del barrio. Hasta que por fin llegaron a la finca, donde los esperaban los familiares y los inquilinos para dar comienzo a la celebración del banquete nupcial.

Cuando los novios cruzaron el arco del patio, totalmente decorado con flores blancas, una lluvia de pétalos cayó sobre ellos mientras contemplaban maravillados el espectáculo.

Y las que iniciaron los vítores de alegría, las que más rieron y lloraron, fueron Hope y Netta, las reinas de los Manfredi y de los Rinucci.

Fin